El brazo de Pollak

Hans von Trotha

PERIFÉRICA

El brazo de Pollak

Hans von Trotha

PERIFÉRICA

El brazo de Pollak

Hans von Trotha

PERIFÉRICA

COLECCIÓN FUERA DE SERIE, 10

Hans von Trotha

EL BRAZO DE POLLAK

TRADUCCIÓN DE JORGE SECA

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2024

TÍTULO ORIGINAL: Pollaks Arm

© Verlag Klaus Wagenbach, Berlín, 2021

Casanovas and Lynch Literary Agency

© de la traducción, Jorge Seca, 2024

© de esta edición, Editorial Periférica, 2024. Cáceres

info@editorialperiferica.com

www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-96-5

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Y, aunque hubiera hecho mejor tiempo…

Eso no habría cambiado un ápice las cosas.

En esto tiene usted razón, por supuesto. Un capitán de las SS no se guía por las condiciones meteorológicas.

Más bien las condiciones meteorológicas se guían por él.

¿No dijeron eso de Goethe en el pasado? Seguro que sí.

Tal vez prefiera usted escribir. Si es así, me retiraré. Puede utilizar este cuarto el tiempo que desee. Nadie va a molestarlo. De tiempo andamos siempre muy sobrados en el Vaticano.

La pequeña sala está ubicada en la planta baja, por lo que no entra mucha luz por el ventanal de dos hojas. Una lámpara de escritorio con una pantalla de metal negro ilumina el teclado de una enorme máquina de escribir; por encima del carro se lee Remington en unas deslucidas letras doradas. Hay una hoja en blanco ya dispuesta.

K. está sentado a la máquina de escribir y tiene a monseñor F. frente a él. Cae la tarde del 17 de octubre de 1943. K., catedrático de instituto en Berlín, atrapado en la Roma ocupada y alojado en el Vaticano, se ha dirigido a la sala de visitas, de sobrio mobiliario y ubicada en un edificio cercano al Campo Santo Teutónico, en donde lo espera monseñor, un prelado jubilado, antiguo miembro del servicio diplomático papal que habla un alemán perfecto con un acento italiano apenas perceptible. K., delgado, musculoso y pálido, da la impresión de estar tenso. Parece cansado. Tiene muy abiertos los ojos, azules, y parecen desproporcionadamente grandes en esa cara enjuta sobre la que se extiende una piel clara y tirante. Monseñor le pregunta a K. si prefiere relatar de viva voz o escribir. Preferiría narrar en voz alta, responde K., pero no me veo capaz, no sé por dónde empezar.

Contar las propias vivencias. Pollak decía siempre que teníamos que dar cuenta de nuestros actos. Qué importante es contar nuestras historias, transmitirlas. Ése fue el motivo por el que no dejó que me

marchara. Era mi oportunidad, dice K. No sé por qué, prosigue hablando sin pausa, se me pasa por la cabeza precisamente Dreyfus, el caso Dreyfus. Tal vez se me ocurrió porque Pollak, al mencionar a Dreyfus, se puso a hablar con detalle acerca de su diario personal. Pero también pudo ser porque nunca me había parado a pensar que la condena por alta traición del oficial judío Alfred Dreyfus, inocente a todas luces, por motivos tan manifiestamente antisemitas, no sólo enemistó a la sociedad francesa, sino que significó un bofetón en la cara de todos los judíos europeos, y con ellos de todas las personas de talante liberal.

Monseñor asiente con la cabeza. Por aquel entonces me encontraba en París, dice. Émile Zola fue condenado e incluso tuvo que abandonar el país. En un artículo de periódico denunció que se había absuelto al verdadero culpable de aquel caso y explicó cómo se había llegado hasta ahí. «J'accuse», decía el titular, «Yo acuso».

Pollak vio una vez por casualidad a Dreyfus aquí en Roma, dice K. Tuvo la impresión de que era un hombre roto. ¿Cómo no? Cuando me habló de ese asunto, Pollak se hallaba junto a la ventana. A sus espaldas estaba a punto de extenderse el crepúsculo sobre Roma, pensé; luego caería la noche. Y las noches son muy oscuras en Roma en estos tiempos.

Todavía recordaba bien, según me dijo Pollak, que había escrito en su diario el nombre de Dreyfus. A la vista de las pruebas, en aquellos momentos todavía creía que lo absolverían. Todos lo creían. El siglo acabará con dignidad, escribió en su diario. Patético, ¿no es cierto?, dijo él, pero es lo que pensaba por aquel entonces. 1 de julio de 1899. Todavía se veía a sí mismo escribiendo la fecha en la página con tinta negra, el uno, el ocho, los dos nueves. Pollak lo contó con todo detalle. Juicio en Rennes, acusación de alta traición contra el oficial judío Alfred Dreyfus. Quién puede describir esa emoción, apuntó, cuando la justicia vence, cuando ninguna infamia es capaz de detenerla. Luego, en septiembre, el veredicto. Cinco votos a favor, dos en contra, diez años de prisión, y eso gracias al reconocimiento de circunstancias atenuantes. Fue la primera vez que pensó en hacer trizas alguna página de su diario. Pero uno no podía anular de esa manera lo que había sido. Y lo que uno pensaba formaba parte de lo que había sido. El triunfo de la verdad, en palabras de Pollak, no llegaría sino mucho más tarde, en 1906.

Aquel fue el año en que Pollak publicó el texto del brazo, interrumpe monseñor.

Sí, confirma K. El brazo de Laocoonte, un texto breve, de unas pocas páginas, sencillo y objetivo; ni una palabra acerca de que ese brazo lo cambió todo.

Hay una pausa. Por lo visto, monseñor espera que K. responda a su observación y se ponga a hablarle sobre aquel brazo. Sin embargo, el relato de K. no acaba de arrancar.

Cuando usted me dio aquella orden, permítame decir que fue una orden y no una petición, la acepté sin pensármelo dos veces. No podía imaginar que saldría de la vivienda del Palazzo Odescalchi convertido en otra persona. Tampoco podía intuir lo agotadora que iba a resultarme aquella visita. Lo cambió todo. No me había dado cuenta de lo peligrosa que podría ser. Ni tampoco se me pasó por la cabeza en ningún momento que fuera a permanecer tanto tiempo allí. Si me lo hubiera pensado tan sólo unos instantes, no habría ido. Lo mío no es ser un héroe. Sea lo que sea ser un héroe, tiene usted toda la razón, por supuesto, añade K. en respuesta a la objeción que le hace monseñor. Así pues, prosigue, al final incluso ha tenido sentido que yo no consiguiera regresar a Alemania.

La situación en Roma, y por consiguiente también en el Vaticano, se ha complicado después de que Italia capitulara ante los aliados el 8 de septiembre y dejara de tributar lealtad a Alemania. Los alemanes tienen ahora el control absoluto de la ciudad. Por primera vez desde el 20 de septiembre de 1870, cuando Roma fue tomada por los italianos en la batalla contra los franceses por el Vaticano, la basílica de San Pedro ha estado cerrada varios días. Mucha gente, mucha más que antes, intenta encontrar refugio en el Vaticano por miedo a los alemanes. Hasta han enviado aquí a los nietos del rey, sin aviso previo. Por el temor constante a los bombardeos, muchos de los que no consiguen entrar en el Vaticano se agolpan alrededor de San Pedro con la esperanza de que la sombra de la basílica les ofrezca protección en caso de emergencia. Los soldados de la Guardia Suiza portan armas modernas desde el 9 de septiembre. Son muy pocos los automóviles que salen del Vaticano; la mayoría de ellos regresa enseguida.

Usted fue quien primero me lo dijo. Casi me avergoncé después por haber sido capaz de creer que simplemente podría subirme a un tren y viajar a casa. Dada la situación, no habría podido hacerlo. Desde la KLV… Le ruego que acepte mis disculpas, en Alemania se utilizan muchas abreviaturas en estos días. Viene de Kinderlandverschickung o «evacuación infantil al campo», una medida para sacar de las ciudades

a los niños y a sus madres a causa de los bombardeos. Para nosotros, los maestros, eso significa tener las escuelas vacías. Por eso ya no me esperan en Berlín, sino en el campo, en el sur. No me queda tan lejos desde aquí. También eso me hizo creer que podría funcionar. Y, según he oído por ahí, las vías en dirección al norte continúan asombrosamente intactas. Al parecer las están usando. Además, tampoco sabía dónde quedarme ni dónde podía sentirme seguro en Roma, o al menos tener la mínima seguridad que es posible tener en estos días. Le estaré eternamente agradecido por el cuarto de huéspedes que me ha procurado usted aquí en el Vaticano. Aquí estamos a salvo. Porque lo estamos, ¿verdad que sí? De ahí que fuera algo más que una locura quedarme tanto tiempo en el domicilio de Pollak. Una locura, de acuerdo, y sin embargo ha sido lo más importante que he hecho nunca en la vida.

Monseñor, en su día un hombre espigado y ahora un tanto encorvado, pero de apariencia aún robusta, está sentado en una butaca de espaldas a la puerta, junto al escritorio de madera oscura, que claramente forma parte del mobiliario desde hace mucho tiempo; el catedrático de instituto está sentado frente a él en una butaca similar aunque no de idéntica construcción. Entre ellos, la Remington. Al lado de la máquina de escribir y el cubilete de cuero viejo que contiene algunos útiles de oficina, hay un paquete plano, rectangular; por su aspecto se diría que es el marco de una foto envuelto en papel marrón de embalar. Por debajo asoma una pila de hojas finas de papel en blanco. ¿Qué es, pregunta K., esa construcción de madera que han levantado en la plaza de San Pedro, junto a la línea blanca? ¿Hay motivos para preocuparse?

Monseñor tranquiliza a K. diciéndole que se trata de un refugio para los soldados alemanes que desde el 13 de septiembre hacen guardia junto a la línea divisoria trazada con pintura blanca por los trabajadores del Vaticano. Ni siquiera los ciudadanos alemanes están autorizados a cruzar esa línea. Y los soldados alemanes, así se expresa monseñor, son también personas.

De lo que acabo de darme cuenta, dice K., es de que no he dormido nada bien en todo ese tiempo. Sólo desde que me despierto en el Vaticano, he vuelto a conciliar el sueño como es debido. Roma se ha transformado en un lugar amenazador. La ciudad, sobre todo por las noches, da la impresión de estar bajo el dominio de una bestia gigantesca, impredecible. Pollak dijo eso mismo, de un modo un poco diferente pero similar. Hay un monstruo al acecho; por fuera parece

calmado, pero puede atacar en cualquier momento. Y todo monstruo ataca en uno u otro momento. Forma parte de su naturaleza. A quienes hemos encontrado refugio aquí en el Vaticano, nos invade una sensación máxima de alivio y de gratitud cuando llegamos a uno de los edificios en los que figura el certificado de la embajada alemana que acredita que esa casa pertenece al Vaticano. Es como un conjuro que mantiene a raya al monstruo. Quien se halla en su interior puede sentirse a salvo.

Pollak siempre ha sido un enigma para mí. Es impactante, es una persona extraordinaria tal como suele decirse, pero también tiene algo de inaccesible, una gran dignidad que infunde a todo lo que hace y dice. Siempre me sentí un tanto intimidado al encontrarme con él. Y eso que es la amabilidad en persona, al menos la mayoría de las veces, algo que usted sabe mejor que yo. También puede ser mordaz, cortante. Entonces presta una atención especial a sus palabras. Siempre es muy riguroso con el lenguaje, con esa entonación agradable y cálida, con esa habla alemana que suena a la antigua Austria, a Praga, pero que desde hace mucho también suena a Roma.

Puede que lo intimidante sea su propio mito, el mito Ludwig Pollak. Un aura como la suya no pesa sólo sobre la persona a la que envuelve, sino también sobre su interlocutor. No me lo encontraba muy a menudo, tan sólo unas pocas veces, y de eso hacía ya mucho tiempo. Yendo hacia la piazza dei Santi Apostoli intenté acordarme de esas situaciones. Se me da muy bien recordar sucesos del pasado, algo que me viene de mi oficio de profesor, ya que se me exige que presente las cosas de modo que tengan sentido para los demás. En el automóvil caí en la cuenta de que habían sido muy escasos aquellos encuentros. No sabía mucho sobre Pollak. Tenía conocimiento de que el Vaticano le estaba muy agradecido por lo del brazo. Y no sólo por lo del brazo, algo que no he sabido hasta ahora.

Monseñor escucha con suma atención, presionando con suavidad las yemas de los dedos de ambas manos. De tanto en tanto y sin alterar esa postura, apoya los codos sobre el tablero de la mesa y la barbilla sobre los dedos índices, de modo que los dedos corazones parecen acariciarle los labios. Sólo en raras ocasiones interviene para preguntar o comentar algo con brevedad.

Es más bajo de como lo recordaba yo, y calvo, dice K. Ya no tiene la

barba poblada, sino un mero bigote. Cuando estuve frente a él en los primeros instantes no supe qué decir. Me sentía como si me hallara fuera de mí mismo, como si estuviera viendo aquella escena en lugar de vivirla. Allí estaban todavía los dos caballeros. Sí, ya estaban allí cuando llegué al Palazzo Odescalchi. Uno de ellos se marchó enseguida. Me pareció que se iba con prisas. ¿Es importante eso? Su apellido empezaba con eme; tenía dos sílabas. Mohren o algo similar. También podría llamarse Mohnen, sí. El otro era el profesor Volbach. ¿No conoce usted a Volbach? Profesor Wolfgang Fritz Volbach. Es de los que se alojaron aquí en el Vaticano hace diez años ya. Por la conversación me pareció inferir que al profesor Volbach lo estaba informando el otro, me refiero al hombre que se fue nada más llegar yo. Sin embargo, no parecía que hubieran llegado los dos juntos. Ni tampoco se marcharon juntos. Mohnen, eso es, así se llamaba. Casi estoy seguro de eso ahora.

Wilhelm Mohnen, interviene monseñor. No sabemos a qué atenernos con él. Trabaja para la embajada alemana aquí en Roma, pero por lo visto también en París, de una manera no del todo oficial. Sin embargo, nadie tiene detalles más concretos. Se dedica a la compra de objetos de arte. Es evidente que conoce bien ese sector y que alguien requiere sus servicios, sea quien sea. Por esa razón sabe muy bien quién es Ludwig Pollak y eso lo habrá movido seguramente a informar al profesor Volbach y a dirigirse a continuación en persona al Palazzo Odescalchi.

Mohnen me vio, pero apenas se fijó en mí, dice K. Se marchó de la vivienda con estas palabras: «Así pues, señor consejero áulico, no volveremos a vernos nunca más». El profesor Volbach tampoco se quedó mucho más tiempo. Me lo he encontrado con frecuencia aquí en el Vaticano y, anteriormente, una o dos veces en Berlín, en el museo. Trabajó en el museo Kaiser Friedrich. Lo despidieron en el 33. Su madre es judía. Y eso que él es católico, mucho más que yo. Me contó que su tatarabuelo por parte materna se había convertido a la fe protestante, y que su madre posteriormente había cambiado la fe protestante por la católica. ¿Se puede ser más cristiano? Con todo, no le sirvió de nada. De alguna manera, pero no le he preguntado hasta el momento cómo, consiguió un puesto en el museo Sacro. Está en Roma desde el 34. Por eso di por sentado que usted lo conocería, pero lo cierto es que ha estado usted mucho tiempo en el extranjero.

Si lo entendí bien, Volbach se encarga también de los catálogos del Museo Sacro. Ahora que le hablo a usted de Volbach, me doy cuenta de que ese entusiasmo por los catálogos es lo que lo une a Pollak. Volbach me contó un día que concluyó un volumen sobre los fondos

del museo Kaiser Friedrich y luego lo arrojó al río Spree por la ira que le entró cuando lo despidieron. El museo al fin y al cabo está situado en una isla. El hombre seguía airado cuando me lo contó, pero también se sentía orgulloso de lo que había hecho.

La agitación de Volbach era manifiesta; parecía, cómo se lo diría yo, desesperado. Luego entendí la razón. No se habían sentado, lo cual indicaba que los dos caballeros no llevaban demasiado tiempo en el Palazzo Odescalchi antes de mi llegada. El profesor Volbach llevaba puesto el abrigo, sostenía el sombrero en las manos y lo hacía girar continuamente entre los dedos. Yo estaba en la puerta. Volbach le dio la mano a Pollak y abandonó la sala pasando a mi lado; poco después salía de la vivienda. A mí me saludó con un gesto breve de la cabeza. Las palabras del otro, «no volveremos a vernos nunca más», resonaban todavía como si Volbach las hubiera repetido al despedirse, pero creo que no dijo nada más. Entonces me quedé a solas con Pollak. Al menos me reconoció enseguida y me invitó a entrar.

El hecho de no saber cómo va a terminar un viaje, dijo, no es motivo para no iniciarlo.

Tal vez lo incitó a esta réplica un comentario mío previo. O tal vez se trataba también de una frase de uno de los caballeros que acababan de marcharse. Le siguió la coletilla «¿no es cierto?», que tanto le gusta añadir haciendo hincapié en el no.

Sin embargo, repliqué yo, sabemos cómo podría acabar este viaje. Ése es el motivo por el que estoy aquí, dije.

Lo que en realidad vaya a depararnos el futuro, objetó Pollak, eso, con su permiso, no puede saberlo ni siquiera la autoridad suprema de quienes lo han enviado a usted aquí. Él no es el responsable del tiempo, añadió, únicamente lo es del tiempo de después. Y por tanto no lo es de mí, aunque…

No completó la frase.

Pero por favor, volvió a retomar la palabra finalmente, dígales a todos en el Vaticano lo muy agradecido que les estoy. Sí, dijo, me conmueve que lo hayan enviado a usted.

Le pedí que se apresurara, lo exhorté a que se preparara para su partida. No reaccionó. Eso me desconcertó. Estaba convencido de que enseguida iría a buscar a su familia y a prepararse. Sin embargo, se quedó allí de pie, erguido y cansado. Fue en aquel momento cuando me di cuenta de lo mucho que había envejecido. Sigue siendo un

personaje imponente, con esos ojos penetrantes que pueden mirarlo a uno durante mucho rato sin apartarse. Pero ofrece una dolorosa impresión de debilidad. ¿Qué edad tiene? Setenta y tantos, creo. Sí, debe de tener unos setenta años largos.

Rápido, tenemos que dirigirnos al Vaticano ahora mismo. Usted, su esposa, su hija y su hijo. Todo está preparado. Sólo tenemos que bajar. Nos está esperando un automóvil.

Pollak cerró los ojos. Pareció abrumarlo la mención a su familia, que debía de encontrarse en las habitaciones contiguas, supuse que durmiendo, pues todo se hallaba en completo silencio.

Tenemos que darnos prisa, dije al cabo de otra pausa que me pareció larga. Hablé en voz más baja a causa del silencio precedente. No sabemos, añadí para darle aún más énfasis a mi requerimiento, cuándo vendrán.

O si vendrán, replicó él para sorpresa mía. Ignoré el comentario. De ninguna de las maneras deseaba iniciar un debate sobre lo concreto del peligro que él corría, y que yo también corría por estar con él, algo de lo que fui consciente en aquel mismo instante. Me imaginé lo que pasaría si las tropas en acción de las SS se fijaran primeramente en la dirección del Palazzo Odescalchi que figuraba en sus listas. Eso era improbable, yo era consciente de tal cosa, pero cuando un pensamiento de este tipo se origina en tu cabeza, se enquista y comienza a recorrerte el cuerpo entero. Le dije que podría ocurrir en cualquier momento. Ya casi en voz alta volví a exhortarlo a prepararse para marcharnos de allí y poder trasladarnos en el automóvil, rápido, porque de lo contrario él y su familia se expondrían a un peligro muy serio. Y yo con ustedes, añadí bajando de nuevo la voz. No sé si llegó a oírlo.

Siempre me pongo contento, dijo él, cuando duermen. Para nosotros no hay muchos motivos para querer estar despiertos, ya me entiende usted. Para ellos tal vez incluso menos que para mí. Yo, para bien o para mal, tengo mis recuerdos.

Yo continuaba de pie en la puerta. El vestíbulo de la vivienda de la primera planta del palacio es realmente de una belleza muy especial. Situada frente a la basílica Santi Apostoli, con galerías abiertas y vistas a otras estancias, con una pequeña serie de habitaciones, modestas tan sólo a primera vista, majestuosas en verdad a la vez que de una elegancia discreta. ¿No ha estado usted nunca allí? ¿Se encontró con él sólo aquí, en el Vaticano, o en el museo?

Por la ventana se divisa la basílica al otro lado de la calle, que se ensancha entre el palacio y la iglesia hasta formar una plaza. Cuanto más te fijas, más te das cuenta de que todo, absolutamente cada detalle de la vivienda, es de una calidad selecta. Los techos artesonados confieren a las habitaciones un discreto carácter señorial. Los suelos, alicatados y con un diseño que varía ligeramente en cada habitación, tal como suele ocurrir en las viviendas romanas, ponen un contrapunto de ligereza a los recargados techos. No puede pasarse por alto que es el piso de un coleccionista. Muchas de las piezas de sus colecciones se encuentran colgadas de las paredes, dentro de armarios, encima de mesitas; en medio hay una estantería repleta de libros de gran formato de evidente gran valor. No obstante, me fijé también en que había muchos espacios vacíos; en la estantería había huecos, manchas en la pared donde en su día debió de haber algo colgado, sombras oscuras en donde hubo algo alguna vez. Me llamó la atención una vitrina de elaboración primorosa y rodeada de retratos de mujeres hechos en diversos estilos, en la que guardaba unas piezas que evidentemente poseían un valor especial, y en ella había también algunas ausencias. A su lado, en uno de los rincones a mano izquierda de la galería por la que se ve la sala colindante, hay colocada sobre un pedestal una figura antigua, con el cuerpo apoyado levemente en una pierna, a la que le falta el brazo derecho.

Parecía observarme mientras miraba a mi alrededor, por lo visto con menos discreción de la que yo había supuesto.

Sí, contemple usted todo sin cortapisas, me dijo. Quién sabe cuánto tiempo seguiremos estando aquí, y luego, como un eco debilitado de su propia voz, añadió: cuánto tiempo seguiremos viviendo.

Ya nadie viene a vernos a casa, y así es desde hace mucho tiempo. La gente sabe que digo lo que pienso. Por eso dejaron de venir en algún momento, por miedo a que no fueran ellas las únicas personas que oían lo que les decía.

Se está bien aquí, prosiguió. Lo sabemos. Se está incluso muy bien. Hay que ser agradecido, pero esto no es nada en comparación con lo de antes. Me va usted a perdonar el tono irrespetuoso y la ingratitud que delata, pero es que la diferencia es simplemente abismal. Aquí se está bien, esto es bonito, pero no tiene nada que ver con el Palazzo Bacchettoni. Esta vivienda y el propio Palazzo Odescalchi representan lo que puede ser el mundo. El Palazzo Bacchettoni era el paraíso, con absoluta independencia del dios en el que uno crea. Vivimos allí a partir de 1903. Margarete, mi primera esposa, y yo; nuestros hijos eran muy chiquitines. El pequeño Wolfgang, el mayor, acababa de

nacer un año antes de que nos trasladáramos a vivir al palacio. Cuando cumplió diez años, comencé a enseñarle Roma. Justo después de su décimo cumpleaños estuvimos en San Pietro in Vincoli, la basílica cerca de la cual encontraron el Laocoonte. Allí le mostré a mi hijo el Moisés de Miguel Ángel; después, la ciudad entera. Mi ciudad. Sí, lo fue en su día. Y Angelina nació en el Palazzo Bacchettoni.

Al mencionar a su hija, se le saltaron las lágrimas. No se las enjugó; simplemente dejó que se le deslizaran por las mejillas. Allí estaba él, de pie y muy erguido, llorando.

Nació en el Palazzo Bacchettoni, dijo con un hilo de voz, y murió en el Palazzo Odescalchi.

Usted, monseñor, habrá oído decir que una de sus hijas, la menor de las dos, falleció hace unos pocos meses. Hacía mucho tiempo que padecía de tuberculosis.

El Palazzo Bacchettoni, prosiguió Pollak –que tardó un buen rato en recuperar la serenidad, pero el respeto y la veneración me impidieron aprovechar la oportunidad para apremiarlo de nuevo–, el Palazzo Bacchettoni se llamaba anteriormente Palazzo Alberoni all' Angelo Custode. Menudo nombre, dijo Pollak, y repitió «all' Angelo Custode».

Cuánto necesitamos a nuestros ángeles de la guardia, dijo. Ojalá hubiera podido intuir cuánto en aquella época. No los necesitaba por aquel entonces. O eso era lo que pensaba al menos. Cuando eres joven, piensas así. Todos los peligros son lejanos, ¿no es cierto? Pero, cuando te haces mayor, y sobre todo cuando el mundo que es tu hogar, o creías que era tu hogar, se vuelve contra ti, y cuando no puedes hacer otra cosa que mirar cómo sucede todo eso a tu alrededor, te acuerdas de tu ángel de la guarda. Y, a la inversa, esperas que él se acuerde de ti. Pero parece darse el caso de que se va y desaparece. Se va volando. Se estrella. ¿O dónde está, si no?

Mis angeli custodi desaparecieron hace tiempo, dijo a continuación. No te das cuenta de inmediato sino únicamente cuando los llamas y no recibes respuesta ni en ese momento ni después; nada, no recibes ninguna respuesta. Sí, los han expulsado, igual que a nosotros, a mí y a los míos, porque teníamos que hacer sitio para que pudieran construir salas más bonitas para el Senado. Via del Tritone, 153. Ésa era la dirección. La vivienda ya era bonita de todos modos, pero entonces…

Era una especie de pausa intencionada con la que él incrementaba el

suspense. Lo hace a menudo.

Por la abertura de una puerta tapiada se añadió otra sala después de que lleváramos diez años viviendo allí. Mi sala, nada menos que, para mí, la habitación más bonita de todas, cuyos techos estaban adornados con frescos de Giovanni Paolo Pannini. Era la primera vez que yo tenía un hogar, desde Praga. Como persona, pero también como coleccionista. Y como padre. Y como romano. Un coleccionista romano con su familia en su estudio, espléndidamente decorado con frescos. Desde entonces sé lo que significa la felicidad, lo mucho o también lo poco que se necesita para percibir una felicidad semejante. Y lo fugitiva que es. Se me permitía vivir y trabajar en aquel espacio. Y yo llevaba un registro. Allí recibí a ciento ochenta y tres coleccionistas. No olvidaré en esta vida esa cifra, coleccionistas de todo el mundo, encuentros inter pares. Entiende usted.

No era una pregunta.

Al principio, cuando comenzó a correr la noticia de que iban a demoler toda la manzana de casas, no podía creérselo. Toda la manzana, dijo con indignación a pesar de los años transcurridos, hasta el palacio. Demolida. Para el Senado. Mi sala, dijo Pollak, incluso la conservaron al final en el edificio nuevo para el Senado. Ahora bien, preguntó, ¿qué es una sala cuando ya no está encerrada en la casa a la que pertenece? Sé de lo que hablo, dijo. Sé lo que se siente cuando ya no se pertenece al lugar donde se está o cuando ya no se está en el lugar al que se pertenece porque ya no existe ningún lugar. Sé lo que significa que te priven de tus cimientos, lo difícil que resulta entonces permanecer firme, seguir en pie y ofrecer refugio a otros. Nadie puede imaginárselo. Hay que vivirlo. Pero mejor que no. No se lo deseo a nadie.

Nunca volvió por allí, así que no sabía cómo se sentía la sala con su nueva y extraña envoltura. Tampoco deseaba saberlo. El entorno impregna los objetos mucho más de lo que piensan muchos, dijo. La sala tuvo que ceder su sitio, y con ella los ángeles. Pollak, también tuvo que ceder, y con él los suyos. De ahí procedía su ingratitud cuando hablaba del Palazzo Odescalchi. Lo mejor, dijo, siempre ha sido enemigo de lo bueno, ¿no es cierto?

Eso no es del todo cierto, interrumpe monseñor. No conservaron la

sala, al menos no como un conjunto. Retiraron los frescos y los colocaron en una de las estancias del nuevo edificio. Yo tenía asuntos que resolver allí, pero no sabía que eran los frescos bajo los cuales por lo visto Pollak pasó sus años más felices.

Hacía ya un buen rato que se le habían secado las lágrimas, prosigue K., pero era como si se avergonzara de volver hacia mí su rostro, demudado por la tristeza. Su voz volvió a adquirir un tono firme, para sorpresa mía. Esa voz, con su cálido y penetrante timbre, puede irradiar una autoridad sensible única. Elige las palabras. Para él es importante el efecto que producen. Es perceptible su alegría al conseguir la formulación deseada. En otras circunstancias me habría complacido ese hecho, pero yo me encontraba confuso, sí, desconcertado de que alguien en la situación en la que nos encontrábamos pudiera iniciar aquella conversación, del todo inoportuna, como si yo me hubiera pasado por su casa para charlar.

Pollak parecía estar intentando eludir o hacer caso omiso de mi invitación a prepararse para salir y a comunicárselo a su familia. Se había acercado a la ventana y era como un personaje vuelto de espaldas de Caspar David Friedrich frente a la luz, de una tonalidad grisácea decreciente, de una tarde lluviosa de otoño. Saltaba a la vista que no había sabido comunicarle la perentoriedad de mi cometido. O tal vez él no quería comentar la situación. Yo no sabía qué hacer. Cuando partí hacia su casa no se me pasó por la cabeza que esa conversación pudiera alargarse tanto. El peligro era inminente. Resultaba palmario. Eso, pensaba yo, debería tenerlo claro él también.

¿Es ése el coche?, preguntó. El conductor se bajó. Iba hacia la casa. Llevaba un uniforme. De las SS.

Estas últimas palabras revelaban que Pollak estaba asustado por lo que veía, aunque ni de lejos tanto como yo habría considerado razonable. No obstante, eso me hizo albergar por unos instantes la esperanza de que el susto pudiera recordarle el presente y hacerle entrar en razón. Le puse al corriente de los detalles, le conté que el conductor era leal, es decir, leal a nosotros, y que el uniforme no era motivo de preocupación. Me acerqué a la otra ventana. Vi al conductor dirigirse a la casa y desaparecer entre las columnas por debajo de nosotros al atravesar el alto portal con la fachada barroca. El automóvil daba la impresión de estar abandonado en la calle. Poco después llamaron a la puerta de la vivienda de Pollak. Aunque sabíamos de quién se trataba, los dos nos estremecimos.

¿Quiere que vaya yo a abrir?, le pregunté. Salí al pasillo, abrí la puerta principal. El conductor me informó entre susurros de que no podía quedarse parado en la calle, y mucho menos cuando empezara a anochecer. Me dio una dirección, unas pocas casas más allá, a la vuelta de la esquina. Él esperaría con el coche en el patio. También él nos exhortó a que nos diéramos prisa.

Del toque de queda nocturno están exentos los médicos, las comadronas y los sacerdotes, le dije a Pollak cuando regresé. No pertenezco a ninguno de esos tres grupos. Por ese motivo tenemos que esconder el coche. Y hemos de apresurarnos. Debemos estar en el Vaticano sin falta antes de que anochezca.

Pollak no parecía estar interesado en la conversación que había tenido con el chófer. Se limitó a preguntar qué coche era, de qué marca.

Él continuaba junto a la ventana. Probablemente observó cómo el conductor salía de la casa, se subía al coche, daba una vuelta y subía la cuesta.

No lo sé, respondí. No estoy seguro. ¿Un Mercedes?

Strauss tenía el mismo, dijo Pollak. Uno igual que ése. ¿Puede ser? ¿O hace demasiado tiempo de eso?

¿Strauss?, pregunté yo. Él interpretó que mi pregunta espontánea era una invitación a proseguir su narración.

He guiado a muchas personas, a cientos de ellas, por las colecciones romanas, sobre todo por las grandes colecciones privadas. Nadie las conocía como yo. Y eso lo sabían en Europa, y no sólo en Europa.

Siéntese, dijo entonces por primera vez, y señaló con la mano en dirección a la estantería, frente a la cual había dos butacas a sendos lados de una mesa. Decliné su ofrecimiento con gratitud y recalqué mi negativa quedándome al lado de la puerta. Tampoco él se sentó; permaneció de pie junto a la ventana. Y entonces se puso a hablar de J. P. Morgan.

J. P. M. Deletreó las iniciales en inglés antes de pronunciar con solemnidad el nombre completo, John Pierpont Morgan. Su Majestad, el Rey del Dólar, lo llamó Pollak y dijo que quedó gratamente decepcionado tras su encuentro con él. Le encanta rematar las frases con pequeñas agudezas, a veces mordaces.

Morgan había reunido las piezas de su colección en Londres, pero tardó tanto que no pudo embarcarlas a tiempo en el Titanic hacia Nueva York. Siempre venía a Roma en primavera, a menudo desde Egipto, donde le gustaba pasar los inviernos. La noticia de su llegada inminente corría como un reguero de pólvora: era la señal para que los grandes anticuarios de toda Europa pusieran rumbo a Roma. En la primera planta del Grand Hotel había siempre una serie de habitaciones dispuestas para Morgan. La mayoría de las veces se quedaba algunas semanas. Después reemprendía su viaje hacia París o Londres.

Pollak narraba entonces con una tranquilidad pasmosa, inadecuada.

Morgan apreciaba la compañía de los diplomáticos extranjeros que vivían en Roma. El conde Pálffy, consejero de la embajada austrohúngara, le habló de la colección del embajador ruso, Alexander Nelidov, y del catálogo que yo había escrito sobre ella. Fue mi primer

gran catálogo. Un catálogo de ese tipo requiere muchos más conocimientos de los que cree la mayoría de la gente. Hay que estar muy versado en todos los ámbitos de la arqueología, no sólo en la teoría, sino sobre todo en la práctica. Y de la práctica no tienen ni idea, por regla general, esos distinguidos académicos en sus cátedras, la mayoría de los cuales ni siquiera sabe reconocer si una pieza es auténtica o falsa. Pero, claro, los señores gerifaltes de las cátedras desean utilizar los catálogos, cómo no, sin citarlos. Total, ¿para qué?, al fin y al cabo, no son más que catálogos.

Cuando Pollak se pone a hablar de los catálogos, se enciende un fuego que debió de arder en toda regla en sus años mozos. El catálogo es su oficio. Es su forma, su manera de dejar algo duradero para la posteridad, respuestas, y no sólo preguntas. Tal vez sea la expresión de un deseo de revisar y de clasificar ejemplarmente el confuso mundo que nos rodea, al menos en el ámbito acotado de una colección, convertirlo en un sistema, en un gran conjunto que sea accesible y comprensible para todos. Demostrar que sí es posible algo como el orden o la armonía, tal vez incluso la perfección. A los ojos de Pollak, tanto la creación de una colección como su reflejo en un catálogo son arte.

Esos catedráticos de pacotilla, prosiguió Pollak, prefieren escribir un undécimo libro sobre Fidias o Praxíteles empleando los diez anteriores, con lo que sólo es nuevo el título. Un catálogo es algo completamente diferente. Es investigación auténtica, algo nuevo, propio. Para ello se requiere mucha paciencia, un conocimiento profundo y un gran amor por la materia. En el transcurso de los años he catalogado muchas colecciones, entre ellas algunas de las más excelsas. Eso fue lo que me hizo famoso. Fue el comienzo.

Alexander Nelidov llegó a Roma como embajador poco antes del cambio de siglo. Casi nadie sabía que algunas de las numerosas maletas que traía consigo contenían un valioso tesoro. Y yo era quien tenía el permiso para examinarlo, documentarlo y evaluarlo. Aunque todavía era un perfecto desconocido, tuve el honor de juntar las piezas separadas, asignar a cada una su lugar y convertir esas maravillosas obras de arte individuales en una obra de arte nueva, una colección. Nelidov quedó más que satisfecho. Posteriormente guie a cientos de personas a través de esa colección. El embajador quería también que publicara su catálogo, pero eso era complicado. No existían todavía manuales sobre las joyas de oro antiguas, faltaba la procedencia de la mayoría de ellas. Le dije que con el fin de que esa publicación pudiera considerarse rigurosa sería imprescindible viajar a las regiones orientales de Grecia y más allá todavía, a los lugares de los que

procedían las piezas importantes de la colección. El embajador y su colega de la embajada austro-húngara me procuraron al instante las cartas de recomendación y los contactos necesarios para tal empresa. Así pues, en la primavera de 1900 partí con una pila de cartas y estuve casi tres meses viajando. Fue el viaje más importante de mi vida, y el más hermoso.

Pollak estaba de pie junto a la ventana y miraba hacia una lejanía imaginaria mientras relataba cómo se embarcó en Bari rumbo a Alejandría. Siguieron algunas palabras sueltas, separadas unas de otras por pausas y pronunciadas con tanta pasión y con tanto énfasis que se me fueron apareciendo todas las imágenes de aquel viaje en 1900, una tras otra, igual que una película, sólo que en color. Oriente, dijo él. La vida. Cada esquina, cada turbante y cada figura polvorienta era una imagen cautivadora. Un lujo extraordinario en las casas. Recordó haber subido a las pirámides, haber viajado veintiséis horas en tren hasta Lúxor, haber visitado Karnak, Edfu, Asuán, Menfis, Palestina, Haifa, Beirut, Damasco. En mayo de 1900 llegó a Constantinopla, el lugar más importante para sus estudios. Parecía que le faltaban las palabras, algo inhabitual en él, para describir las impresiones que le causó esa antigua metrópolis. Impresionante, dijo finalmente antes de retomar el hilo sobre el catálogo Nelidov.

Trabajé dos años en él. Acabó siendo un volumen magnífico de verdad. Yo tenía treinta y cuatro años, y mi nombre figuraba en la cubierta junto al del famoso y venerable coleccionista. También aquello fue impresionante. Me proporcionó una audiencia privada en la casa del rey. Éste hojeó el libro en mi presencia, desde el principio hasta el final. Recibí una invitación para el baile en la corte. Y me convertí en miembro honorífico del Instituto Arqueológico Alemán. Un miembro honorífico judío, imagínese. Yo ya era caballero comendador de la Orden de San Gregorio Magno por lo del brazo. Y entonces me enteré además por la prensa de que el emperador en Viena me había concedido el título de consejero imperial, a mí, Ludwig Pollak, investigador austríaco independiente en Roma. Me flaquearon las rodillas. Tuve que sentarme, me temblaba todo el cuerpo. Aquella noche apenas pude dormir de la alegría. Pensé en el pasado y en el futuro, en las muchas privaciones y dificultades, y en que todo eso había terminado. Viajé a Viena para la audiencia con el emperador. Su cara traslucía bondad y benevolencia. Jamás olvidaré aquella sonrisa.

Ahí estaba él, erguido junto al marco de la ventana, con el trasfondo gris de una luz que se iba debilitando cada vez más. El rescoldo de una gran felicidad parecía reflejarse en su cara, que ahora producía

una impresión de decrepitud.

Los pensamientos de Pollak continuaban en la vieja Viena. Abajo, en el patio de armas del castillo, una muchedumbre miraba sin pestañear la llegada de aquellos, decía Pollak, que tenían una audiencia. Él, feliz, avanzaba lentamente a pie entre la gente, tal y como había llegado.

¿Tendría que haberlo devuelto entonces a la realidad?

Nelidov murió en París, siguió finalmente Pollak. A petición suya, el zar me había concedido la Orden de San Estanislao, tercera clase. Primero el papa, luego el rey, luego el emperador, luego el zar. Me mimaron en una época en la que los judíos todavía recibían medallas, ¿no es cierto? Pero por lo visto, todo tiene su momento.

Posteriormente Dimitri, el hijo de Nelidov, vino a Roma y me rogó que viajara a San Petersburgo. La Duma Estatal estaba sopesando la posibilidad de comprar la colección. Mi misión era explicar a la Duma de qué colección se trataba, cómo encajaban las piezas individuales en el conjunto, qué proeza artística había llevado a cabo el anciano Nelidov al reunir de aquella manera precisa las diferentes obras. Es probable que no hubiera nadie más capacitado que yo para esa tarea. Pero llegó la guerra y no pude viajar. Después de la contienda descubrí por casualidad en un catálogo de Sotheby's que el gobierno soviético vendía piezas de la colección Nelidov. Piezas por separado, algo que me dolió en el alma. Esas cosas no se hacen. Subastaron la colección, la esparcieron por todos los puntos cardinales. Se perdió todo el trabajo, todo el tiempo empleado, la pasión, el amor, todo. Únicamente quedó el catálogo. Y todavía existe.

J. P. Morgan quería un ejemplar a toda costa. Por ello me invitó a través del conde Pálffy a hacerle una visita. La antecámara estaba llena de gente. Se podrían emprender infinidad de estudios psicológicos sobre las debilidades humanas que allí se mostraban sin disimulo ninguno. Hombres que en otras circunstancias se presentarían como grandes personas, adulaban de una manera casi repugnante al criado de Morgan, un hombre sin formación a quien ni siquiera habrían devuelto el saludo en otro entorno. Para disgusto de quienes ya estaban esperando, Morgan le había indicado que me hiciera pasar de inmediato. En una sala de aire palaciego estaba sentado un hombre vestido con elegancia, gordo, de pelo cano, con la cara roja y una enorme nariz de boxeador, que fumaba un puro habano. Me ofreció una cordial bienvenida y me preguntó de inmediato por el libro. Le dije que era una alegría para mí hacerle

entrega del único ejemplar existente. Morgan insistió en que le escribiera una dedicatoria, lo cual, para ser sincero, me halagó no poco. A cambio, me prometió corresponderme con un regalo. Hacía tiempo que me había olvidado de aquella promesa cuando unos meses después llegó de Nueva York una gran caja que contenía una serie de magníficos libros de gran formato. Se trataba de la publicación sobre la colección de copas antiguas de J. P. Morgan.

Pollak dirigió la mirada desde la ventana a la estantería de libros. A la luz de la última hora de la tarde, la habitación tenía el aspecto del trasfondo borroso de un retrato de estudio del siglo XIX, con aquel sabio anciano rodeado de las obras que le eran familiares. Pollak cruzó la habitación y se dirigió a la estantería, de la que extrajo cuidadosamente con ambas manos un enorme volumen de primorosa encuadernación. Lo depositó encima de la mesa, a todas luces ubicada con esa finalidad frente a la estantería.

Pollak no me hizo ninguna seña para que me acercara a la mesa. No abrió aquel libro, que supuse que era uno de los volúmenes de Nueva York, sino que se limitó a acariciar la cubierta varias veces, casi con ternura, como si deseara presentarle una vez más sus respetos a la obra por sus antiguos vínculos.

Morgan siempre mandaba escribir los catálogos de sus colecciones a los mejores conocedores en sus respectivas especialidades, prosiguió Pollak. A Wilhelm von Bode, por ejemplo, le pidió en Berlín que publicara sus bronces del Renacimiento, dos volúmenes que en aquel tiempo fueron la cúspide de las técnicas de reproducción, admirados en todas partes. Y Morgan recompensaba a sus autores con generosidad. A Bode, sin haber pactado anteriormente ninguna suma, le extendió un cheque de cincuenta mil marcos. Bode transfirió de inmediato esa suma al museo Kaiser Friedrich.

Nada menos que Bode, dijo Pollak. El contacto con él en la época en la que fue director general de los museos de Berlín, cuando éstos experimentaron un gran impulso, fue importante para mí como marchante, como experto, pero también como persona. Estuvimos juntos en Nápoles; debió de ser en 1910. Pero a Wilhelm von Bode no le podías enseñar nada. De él aprendías. En dos horas en el museo con Bode te enterabas de más cosas que en todo un año leyendo libros.

A Bode no le gustaba Roma; prefería Florencia. Cuando venía a Roma, sus visitas solían ser breves y prácticamente sólo confiaba en mí. En los años veinte estuve a menudo con él en Berlín. Entonces sucedía al revés: era él quien me ponía en contacto con los coleccionistas. Y

después yo los guiaba cuando se pasaban por Roma.

Pollak seguía narrando y narrando. Un recuerdo se unía al siguiente; era como un juego de dominó de la memoria. ¿Cómo impedírselo?

Bode estuvo enfrascado en la construcción de su museo, el museo Kaiser Friedrich, en Berlín. Y lo sacaba de sus casillas. Tengo centenares de cartas suyas. Están ahí en la habitación de al lado, dijo Pollak.

Me asusté al pensar que Pollak podía querer ir a buscar las cartas. No habría podido imaginar nada más emocionante que leer al lado de Ludwig Pollak las cartas que le escribió Wilhelm von Bode. Pero no entonces, no en aquel momento.

No se dirigió al cuarto de al lado. No sé qué se lo impidió. Se quedó parado junto a la mesa frente a la estantería contemplando aquel impresionante libro de gran tamaño. Tampoco yo me moví de mi sitio. Seguí al lado de la puerta.

Me encontré varias veces con Bode, interrumpe K. su relato. En Berlín algunos lo llamaban el Bismarck de los Museos Berlineses. En materia de arte, Berlín no podía medirse con París o con Londres, por no hablar de Roma. Hasta que llegó Bode. Fue el hombre que creó una colección razonablemente imponente para la nueva capital de un nuevo imperio. La gente estaba orgullosa del imperio y estaba orgullosa de la nueva capital. En mis clases de Historia solía utilizar ese ejemplo para explicar a mis alumnos en qué consiste la fundación de una nación. Si se quiere unir una nación, se necesita un rey, un héroe y un museo nacional. Nosotros teníamos incluso un emperador. Lo del héroe nacional resultó ser una tarea nada fácil. Primero pensaron en Schiller y luego en Beethoven, hasta que finalmente llegaron a la conclusión de que no podía ser sino Goethe, conclusión a la que el propio Pollak podría haber llegado, pues lo venera en un grado que yo nunca había visto. Lo nombra cada dos por tres. Lo idolatra de verdad. Sí, Goethe es un dios para él, un dios olímpico. El Olimpo para Pollak está donde está Goethe. En su opinión, no podría existir ningún otro héroe nacional. Cuando me exigieron que reemplazara al emperador por el führer en mi breve historia de la nación, preferí omitirlos a los dos por completo. Sin embargo, seguiré hablando del museo con mis alumnos. Si es que vuelvo a verlos algún día.

Pollak se sentó en una de las butacas frente a la estantería. Literalmente dejó caer su cuerpo. Yo me quedé donde estaba. Es probable que al verme cualquiera pensara que me hallaba tranquilo, pero en realidad me atenazaba la angustia. Allí estaba el miedo, estaba la esperanza, pero también una impresionante fascinación por lo que Pollak estaba narrando.

Al principio carraspeé, respiré hondo y moví las manos tratando de darle a entender que no, que aquél no era el momento de contar su historia. Pero él hacía caso omiso de todo, si es que se apercibió de mis gestos en algún momento. Permanecí junto a la puerta, casi con actitud porfiada. Eso me había propuesto yo con firmeza. Albergaba la esperanza de que aquella especie de protesta muda serviría para subrayar mi postura sin tener que repetir una y otra vez mi exhortación a que fuera a buscar a la familia para que se vinieran todos conmigo.

En algunos momentos, su narración traslucía una ligereza inapropiada, un tono que probablemente hacía mucho tiempo que no se oía en las salas del Palazzo Odescalchi. Me llamó la atención el cambio en su habla, en su manera de expresarse. A pesar de las pocas veces que lo había visto, su modo de hablar se me había quedado grabado en la memoria. Se volvió más prudente, más moderado, no en la elección de las palabras, sino en la dicción, en la modulación de la voz. Escuché su relato con atención durante mucho más tiempo del que habría deseado. Pensé que lo mejor era dejarlo hablar y que recobrara las fuerzas de esa manera. Era evidente que contar su historia le hacía bien. Y ya después nos iríamos de allí.

Algunos de los coleccionistas a los que guiaba en Roma le preguntaban si les mostraría también los alrededores de la ciudad.

Nunca había hecho visitas guiadas en automóvil, dijo Pollak. Ahora que las recuerdo lo primero que me viene a la cabeza son las averías. Hasta el coche de Richard Strauss se averiaba con frecuencia. La tecnología no estaba muy desarrollada todavía, ¿no es cierto? Hoy en día seguro que está más avanzada. Cuando hay una guerra, las máquinas mejoran con mucha rapidez. Siempre ha sido así. Hay personas de sobra para abastecerlas. No es que nuestras visitas de entonces fueran un tributo al progreso técnico, pero, tal como las recuerdo, tenían un no sé qué de despreocupado, de alegre. Eran

agradables. Las condiciones meteorológicas eran agradables también. Esto es lo que suele decirse a posteriori. Cuando te pones a recordar, te crees que siempre hacía bueno y que las personas eran amables. Aunque no sea la verdad, es cierto a su manera. Cada recuerdo tiene su verdad, de lo contrario no existiría. Simplemente las averías formaban parte del paquete. Y se podían reparar. A veces se tardaba un poquitín en hacerlo, pero parecía que siempre teníamos tiempo.

Antes de la guerra, dijo Pollak, es decir, de la anterior guerra, en primavera Roma siempre estaba inundada de visitantes, simpáticos y antipáticos, en su mayoría estos últimos, lo mismo que en la tierra hay una cosa buena por cada nueve malas. Ya antes de la contienda me propuse con determinación no volver a ocuparme de los visitantes, quienes, durante su estancia rebosan amabilidad, pero una vez que se han marchado ya no te conocen, a no ser que necesiten algo más.

Cuanto más tiempo pasaba, cuanto más hablaba, cuantos más detalles creía poder añadir sin provocar mi resistencia, tanto más tranquilo parecía y tanto más potente me resultaba su voz. Empleaba sus recuerdos para aplazar el presente. A mí me tenía encandilado. En cuanto notaba que hacía un ademán para interrumpirlo, cambiaba de episodio. De esta manera, en algún momento comenzó a hablar de Auguste Rodin sin motivo aparente.

En el invierno de 1914, Rodin había venido a Roma invitado por el famoso coleccionista John Marshall y por su esposa. Su intención era capear el inminente asedio de París. Había vivido ya el primero, entre 1870 y 1871. Llegó en compañía de la duquesa de Choiseul, una mujer ajada, charlatana y fea que, tal como dijo Pollak, tiranizaba gratamente al anciano. Pollak soltaba una y otra vez sus agudezas, algo que, saltaba a la vista, estaba acostumbrado a hacer, aunque puede que llevara mucho tiempo sin hacerlo. Entonces, mientras interrumpía unos instantes el flujo de su discurso, exhalaba un poco de aire. En otros tiempos eso probablemente habría sido una risa.

John Marshall vivía por aquel entonces frente al Palazzetto Zuccari, en la via Gregoriana, en el último piso del número veinticinco. Es la casa en la que vivió D'Annunzio. Desde allí las vistas de Roma son magníficas. Los Marshall invitaron a Pollak a un almuerzo que ofrecían en honor de Rodin. Fue allí donde conoció al famoso escultor. Para sorpresa suya, se encontró con un hombre bajito, jovial, rollizo, en realidad ya gordo, con una cara viva enmarcada por una larga barba blanca de poeta, un rostro al que asomaban unos ojos benévolos. No se comportaba para nada como un gerifalte.

Gerifalte es una palabra que Pollak emplea con frecuencia para designar a los especímenes con los que ha lidiado siempre y contra los cuales se ha rebelado. Denota una desigualdad de poder tan inapropiada como inaceptable y expresa una rebosante indignación y un profundo desprecio. Claramente esperaba que alguien como Rodin se comportara como un gerifalte y se quedó gratamente decepcionado, al igual que en el caso de J. P. Morgan.

A mí, dijo Pollak, Rodin me causó más bien la impresión de un amable burgués rechoncho que tras el trabajo hecho se refugiaba en la inactividad. Por cierto, no hablaba mucho y ni una palabra sobre arte. Lo volví a ver por casualidad unos días después. Fue una mañana antes del mediodía. Estaba solo en la Fontana di Trevi y dibujaba. No apartaba la vista de la fuente. No me atreví a molestarlo, pero estuve un buen rato observando de lejos cómo dibujaba, con enérgicos movimientos de la mano, en un cuaderno de bocetos.

En mi opinión, el artista más importante de Roma era el escultor judío Max Levi. Éste había estudiado en Berlín, en la Academia de las Artes de Prusia, y vino a Roma con una beca de la Fundación Michael Beer. Posteriormente regresó por sus propios medios. Tenía su taller en la Villa Strohl Fern. En aquella época también vivía en ella Rainer Maria Rilke, ambos completamente retirados del mundo. Levi tenía una constitución física llamativamente delicada. Parecía algo melancólico por naturaleza; era una persona sensible, increíblemente modesta. Era judío hasta la médula. Eso es lo que me atrajo de él desde el principio. Llevaba una vida solitaria; su única compañía era un perro, un chucho que había recogido en la calle y al que amaba con ternura. Levi vivía para y por su arte. Nunca se casó y murió joven en Berlín. Tengo dos obras suyas: un busto de terracota de tamaño natural de una modelo de Ciociaria muy conocida por aquel entonces en Roma y un retrato mío, también en terracota, un relieve de perfil.

Pollak se levantó a duras penas de su butaca, pero la voluntad de mostrarme algo le proporcionó la energía que precisaba. Caminó unos pocos pasos hasta la cómoda que había a la derecha de la estantería. Mire usted, me dijo cabizbajo. Dudé, pero no demasiado tiempo. No sólo habría sido descortés quedarme en la puerta, sino que me pareció inadecuado en aquella situación. Tal vez habría sido lo mejor. No lo sé. Aunque el miedo me había paralizado, en aquel momento algo me impulsó a acercarme a él: la simpatía que sentía por aquel caballero de avanzada edad, que me iba resultando cada vez más como un antiguo confidente, pero también, ¿cómo decirlo?, aquella energía con el aura del momento, el irresistible torbellino que su historia generaba. Atravesé la sala en diagonal y me coloqué a su lado, frente a

la cómoda sobre cuyo tablero reposaba el relieve, que tenía un marco negro cuadrado del que se había recortado un círculo para la obra.

Éste soy yo, digo siempre, la cuadratura del círculo, dijo Pollak. Volvió a aparecer ese asomo de una sonrisa lejana que todavía se concedía algunas veces. No mencionó que yo hubiera abandonado mi posición junto a la puerta. Ahora estaba a su lado y formaba parte del mundo de Pollak, un mundo que hasta ese momento había observado únicamente desde el exterior, como quien mira un cuadro. Me arrepentí de haber dado aquel paso. Y estaba fascinado.

Contemplé el relieve. No entiendo mucho de estas cosas, pero me pareció que estaba elaborado con primor. Nada más verlo, tocó alguna fibra en mi interior. Muestra a un hombre aún joven con una barba que le cubre una rotunda barbilla. Me llamaron la atención una hermosa oreja, una nariz que sin ser grande era prominente y un ojo que parecía brillar incluso en el relieve de terracota, una forma artística que tiende a sugerir más que a mostrar. Me agaché un poco más para poder reconocer la expresión de la cara con aquella luz atenuada. Intenté imaginar a aquel Max Levi delicado y sensible de quien yo nunca había oído hablar y que había trazado con tanto cariño el retrato de Pollak. Pollak observaba con palpable aprobación mi interés en el relieve. Era el acercamiento más íntimo que se había producido hasta el momento entre nosotros. Pero volvió a sorprenderme con un cambio abrupto de tema.

La mayoría de la gente tiene una idea completamente equivocada acerca del mundo de las obras de arte en Roma, dijo, y me pidió que me sentara. Al mismo tiempo me miró a la cara. Nuestros ojos se encontraron por primera vez, una mirada seria por ambas partes. Regresó a su butaca y se arrellanó en ella. Me pareció que no me quedaba más remedio que sentarme en la otra butaca.

Desde el otro lado de la mesa me preguntó si sabía lo que era un anticuario. Era una sensación extraña estar de pronto tan cerca de él. Era como si una escultura hubiera cobrado vida. Su cara era ahora la del relieve que acababa de contemplar. Con aquella luz mortecina el color de su piel era similar al de la terracota. Estuve tentado de decirle que por supuesto sabía qué era un anticuario, pero él, generoso, me ahorró aquella penosa situación.

En los siglos anteriores se entendía con ese término algo distinto de lo que se entiende en la actualidad. Hasta el siglo XVIII, los anticuarios eran eruditos que estudiaban la Antigüedad. Sólo a partir del siglo XIX comenzó a emplearse para denominar a los comerciantes de

antigüedades. La profesión de anticuario fue la quintaesencia de Italia, igual que los limones o la ópera. Los grandes coleccionistas, pero también la nobleza y los particulares ricos, todos contaban con representantes permanentes en Roma que los tenían al corriente sobre las oportunidades de compra. Incluso los maggiordomi de las casas nobles, los ayudantes de cámara de los cardenales y los pequeños funcionarios del Vaticano trabajaban como intermediarios y se ganaban un dinero extra de esta forma. Muchos de ellos visitaban las excavaciones arqueológicas y compraban piezas directamente a sus trabajadores. Los sábados por la tarde, los domingos y los días festivos llegaban los campagnoles a la piazza Montanara de Roma, que ya no existe. Todos los intermediarios y los pequeños comerciantes compraban allí lo que les parecía interesante. Incluso los dueños de las tiendas de los alrededores aprovechaban la ocasión. Había, por ejemplo, un fabricante de sillas de montar a quien todos llamaban simplemente Sellaio. Tenía una tiendecita llena de polvo muy cerca del templo de la Fortuna Viril. Las piezas que ofrecía las obtenía de los campesinos de la campagna que le dejaban sus monturas para que se las reparara. No tenía el menor conocimiento de lo que vendía, pero, con habilidad de psicólogo, siempre exigía el precio justo, ya que lo tasaba en función de la impresión que aquellos objetos causaban en los compradores.

A continuación, Pollak habló de un tallador de camafeos cuyo nombre no se me quedó grabado. Sin embargo, para Pollak se trataba de una persona importante. En 1899 redactó el catálogo para la subasta de su legado. Pollak lo concibió a modo de catalogue raisonné, tal como lo denominó él. Cree que fue el primer catálogo de ese tipo en Italia. Hasta entonces, los catálogos de las subastas se hacían de una manera primitiva, una suerte de pêle-mêle, como lo llama Pollak, sin ninguna clasificación científica de los objetos. En otros países, sobre todo en Francia, los catálogos de las subastas tenían un verdadero valor desde hacía mucho tiempo. De ello se había encargado sobre todo su amigo Wilhelm Fröhner, quien, tal como se expresó Pollak, demostró con creces su excelencia en ese terreno. Era evidente que con esa formulación Pollak pretendía expresar un aprecio especial, incluso un gran respeto, una admiración sumamente entusiasta y al mismo tiempo cariñosa, como la que Pollak manifiesta sobre todo por las personas mayores.

Me preguntó si había conocido a Wilhelm Fröhner. En efecto, lo conocía. De joven fui a verlo a París. Por entonces debía de sobrepasar con holgura los ochenta, pero estaba lúcido y mostraba curiosidad. Yo tenía una pregunta que hacerle acerca de una colección privada francesa. Me respondió con sencillez. La cadencia de su voz, originaria

de Baden, había adquirido un tono melodioso adicional después de los muchos años que había vivido en Francia. Contaba con mucho humor, pero siempre con respeto, sus vivencias de cuando estuvo contratado como lector en la casa del emperador francés, antes de convertirse en conservador del Louvre. No obstante, hablaba con entusiasmo sobre todo de su época de joven arqueólogo, cuando clasificaba las colecciones y redactaba los catálogos para el gran duque de Baden. Por aquel entonces me admiraba la importancia que Fröhner otorgaba a este catálogo. Ahora, después de las explicaciones de Pollak, entiendo los motivos. Se trataba del primer catálogo de Fröhner. Y ayer supe que, para alguien que escribe catálogos, ésta no es una actividad cualquiera, sino una tarea superior, una vocación. Es un mundo en sí mismo, un mundo propio, y a los ojos de quienes pertenecen a él es una forma especialmente meritoria de erudición fuera de la universidad. Es un servicio académico por parte de aquellos a quienes la academia no aceptó en sus filas. Es el mundo de los grandes conocedores, el ámbito de los genios que trabajan en la sombra, de las personas brillantes de segunda fila, una competición secreta entre virtuosos en gran medida desconocidos.

Pollak tenía con Wilhelm Fröhner una amistad profunda, la más importante de todas, me parece a mí. Era su mentor, su confidente paternal, su modelo, alguien respetable en todo. Se escribieron centenares de cartas. A nadie informó Pollak con tanto detalle como a Fröhner sobre las peores cosas que le ocurrieron, sobre las humillaciones que tuvo que sufrir. Si desean ustedes saber cómo fueron las cosas en realidad, dijo Pollak, tendrán que echar una ojeada a aquellas misivas. Por el octogésimo octavo cumpleaños de Fröhner, Pollak le mandó una carta a París en la que le escribía que, de estar en aquel momento a su lado, besaría sus venerables manos en señal de respeto, como en su día había hecho Felix Mendelssohn con el anciano Goethe.

Entretanto, Pollak había adquirido una especie de tono distendido. Su semblante se relajaba en la misma medida en que su relato se perdía en detalles banales. Era evidente que aquello le hacía olvidar. En tales momentos hasta yo mismo me olvidaba de dónde estábamos.

En opinión de Pollak, las excavaciones estaban a muy buen recaudo en manos de la familia Jandolo, una suerte de dinastía de anticuarios. Eran dos hermanos, Antonio y Alessandro. Antonio a su vez tenía dos hijos, Augusto y Ugo. Augusto era poeta y anticuario, tal vez más poeta que anticuario, como dijo Pollak. Su volumen de poemas Li busti ar Pincio se lo dedicó a Pollak, quien además lo persuadió para que escribiera una obra de teatro sobre la estancia de Goethe en

Roma. Goethe a Roma se estrenó en el Teatro Argentina, que Goethe había visitado. Pollak tradujo al alemán esa obra, pues estaba basada en gran medida en sus relatos. La traducción incluso vio la luz.

En 1935, Augusto Jandolo publicó las Memorie di un antiquario. Pollak se puso muy serio cuando comenzó a hablar de estas memorias; se le petrificó el semblante. Merece absolutamente la pena leerlas, dijo. De la segunda edición se publicó una versión alemana en la editorial Zsolnay. Pero en 1939, dadas las circunstancias del régimen nacionalsocialista, se suprimieron apartados esenciales.

La tristeza de Pollak por la autocensura de su amigo era patente. Era tristeza, no indignación. Pollak pasó a hablar del otro hermano Jandolo.

A Ugo lo asistía con regularidad, tanto en compras como en ventas. Un día, por ejemplo, se encontró con el torso desnudo de una estatua helenística de Afrodita Anadiómena en tamaño natural. Era obvio, o al menos yo me di cuenta enseguida, que había sido esculpida en dos partes. Ugo lamentaba mucho poseer tan sólo la mitad superior. Al cabo de unos días, en la penumbra del almacén de otro anticuario descubrí la parte inferior, tapada con una túnica. La compré de inmediato. Las piezas encajaban a la perfección. Era probable que los terrazzini hubieran encontrado la estatua entera y se la hubieran repartido entre ellos. Estaba prácticamente intacta. Sólo le faltaba el brazo derecho, alzado.

El recuerdo, dijo Pollak sin ningún motivo que yo pudiera entrever, no puede ser bello si el objeto mismo no es bello. ¿O puede serlo?, preguntó. Él creía que no. Anotaba todo lo que era importante, es decir, todo lo que a él le parecía importante, porque quién podía saber lo que continuaría siendo importante. Sin embargo, no escribió mucho, meros apuntes, ninguna historia; únicamente en raras ocasiones redactó descripciones de mayor extensión. Eran sólo para mí, dijo. Al fin y al cabo, eran mis vivencias. Escribí todos aquellos volúmenes, pero al final me limitaba a anotar aquello que podía recordar sin más. ¿O acaso se acuerda uno de las cosas sólo porque las ha escrito?

De nuestra expulsión de Italia y de la huida de Roma en 1915 siempre me he acordado, sin necesidad de leer mi diario, mucho mejor de lo que habría querido. En los meses anteriores a que tuviéramos que marcharnos de Roma, muchos de nuestros amigos se fueron por miedo. Al ser austríacos, éramos enemigos. No pude decidirme a marcharme hasta que no tuve la seguridad de que era realmente ineludible. Intuía que sería infeliz por fuerza en cualquier lugar que no fuera Roma. Por eso intenté quedarme aquí con los míos. En aquella época pasaba mucho tiempo enfrascado en la lectura de periódicos, incluso franceses e ingleses. Lo más razonable habría sido desentenderse del presente y leer tan sólo a Goethe. Sí, eso es lo que debería haber hecho. Y es lo que debería hacer ahora también.

En mayo de 1915 la embajada me envió una advertencia. Nos fuimos de golpe y porrazo. Una vez en Suiza, pudimos respirar aliviados. A cada paso nos saludaban viejos conocidos que probablemente nos tenían simpatía. Nos sentíamos como si hubiéramos renacido. Pero no por mucho tiempo.

Siempre he sido una persona alegre a pesar de que el mundo no siempre me ha tratado de la forma más propicia para serlo. Sin embargo, a partir de entonces las cosas fueron empeorando cada vez más. En 1913 murió mi padre. En 1915, la huida de Roma. Apenas habíamos dejado atrás Italia, cuando en Suiza murió Margarete, mi primera esposa, la madre de mis hijos. Me fui con ellos a Viena. Entonces no me quedó otra que detestar Viena, ¿no es cierto? El funeral se celebró en la sinagoga de Múnich. Posteriormente, Margarete fue enterrada en Praga, en el cementerio judío. Durante cuatro años, desde mayo de 1915 hasta mayo 1919, tuve que permanecer en Viena con mis hijos. Yo no quería. Mis hijos tampoco querían. Y Viena no nos quería. Acabas de convertirte en un arqueólogo famoso, en un estudioso respetado, en un asesor solicitado y en un marchante exitoso en tu amada Roma, y de repente eres un viudo apátrida sin empleo, soltero sin tu amada esposa, sin tus amadas colecciones. Y, por si fuera poco, me reclutaron para ir al frente. Y ahí estás tú, embutido en un uniforme odioso en una ciudad odiosa. Jamás olvidaré la sensación que tuve la primera vez que abandoné la casa vestido de militar. La chaqueta del emperador. Nunca había tenido una impresión tan extraña de mí mismo.

Todos mis recuerdos de los años de Viena son oscuros. Como si nunca hubiera brillado el sol. Sé que es imposible que el sol no luzca en cuatro años. Aun así, unas nubes plomizas sobre una ciudad gris

penetrada por la humedad y llena de mujeres y hombres descontentos y malhumorados: ésa es la Viena de mis recuerdos. De todas formas, en aquella época aún no había fascistas, pero sí antisemitas, muchos más que aquí en Roma. Y nadie podía barruntar que todo se volvería más oscuro, de una oscuridad creciente imposible de concebir. La gente pensaba por aquel entonces que no podía haber algo más oscuro que la oscuridad completa.

¿Conoces esa tierra donde florecen los limones?

Suena presuntuoso, lo sé, pero justo durante aquellos años en Viena era como si Goethe hubiera escrito para mí esos versos, porque encajan a la perfección. Cuando la situación era especialmente mala, los iba musitando para mis adentros mientras caminaba por las calles de Viena.

¿Conoces esa casa? El tejado reposa sobre pilares,

la sala está iluminada, el aposento resplandece

y las imágenes de mármol me miran en pie.

Ése soy yo, dijo Pollak, no hay mejor descripción. Goethe me ha resultado siempre un consuelo. Goethe es siempre un consuelo. La verdadera grandeza está en el consuelo, no en las ideas, que sólo giran en torno a algo que es grande pero no poseen una grandeza real. La noble sencillez, por ejemplo, es una de esas ideas. No procura un consuelo auténtico porque en sí misma no es grande, sino que expresa un deseo de grandeza. Una grandeza callada. ¿Existirá tal cosa? Probablemente no, aunque no lo sabremos hasta el final.

En 1915, cuando tuvimos que huir, Roma continuaba repleta de coleccionistas. Y me necesitaban. Muchos de ellos eran diplomáticos cuyos países dejaron de existir en parte en 1919. Todo ese tiempo transcurrió hasta que se nos permitió regresar. Los museos a los que había proporcionado tantas piezas y que se dirigían a mí una y otra vez, Berlín, Fráncfort, Hamburgo, Dresde, Copenhague, ya no estaban en condiciones de realizar grandes adquisiciones a causa de la miseria

de la posguerra y de la inflación. Tenía cincuenta años cuando me dejaron volver con los niños, sin su madre. Ya no era la Roma de la que nos habían expulsado.

Yo tenía a la vista la ventana, dice K. Tras el fracaso de mi último intento, me había propuesto aguardar el momento oportuno, cuando Pollak se sintiera alentado con su relato y me mirara a los ojos de modo que yo pudiera estar seguro de que me oía y de que me percibía, que no son lo mismo. La alternativa habría sido marcharme, dejar plantado al caballero anciano en el salón con su historia inacabada. Y darlo por perdido, a él y a su familia. Pero eso era lo último que deseaba.

Terra benedetta. Para los investigadores y los coleccionistas, los muchos tesoros que oculta el suelo de Roma convierten la ciudad en una terra benedetta, en una tierra bendita. Para mí, dijo Pollak, Roma ha sido una terra benedetta en todos los sentidos, la terra benedetta de mi vida desde que tengo memoria.

En Praga teníamos un criado, Matthes. De joven, entre 1848 y 1849, había combatido en la guerra en Italia, a las órdenes de Radetzky. Matthes me hablaba de la gran llanura lombardo-veneciana, de la catedral de Milán, de la robusta fortaleza de Verona, de Venecia, bañada por el mar. Yo me deleitaba escuchando sus recuerdos de las maravillas de aquellas tierras. Fue él quien despertó mi nostalgia por Italia, pero fue Goethe quien la plasmó en palabras. Nunca olvidaré la primera vez que leí el Viaje a Italia, la primera de tantas. Me lo sé casi de memoria. A veces se mezclan mis propios recuerdos con pasajes de ese libro único.

También el segundo encuentro con el país de mis sueños se lo debo al criado Matthes. En un almacén cercano a nuestra vivienda se guardaban libros viejos del legado de un canónigo de Praga. Matthes me permitió rebuscar entre los volúmenes. Encontré una guía turística de Roma escrita en alemán ilustrada con grabados realizados mediante planchas de acero, una guía Baedeker de finales de los años cuarenta. Matthes me regaló el libro. Yo tenía por aquel entonces doce años.

Pollak dirigió la vista hacia la estantería, pareció titubear y se levantó como si le costara menos fuerza que la vez anterior. En una de las baldas superiores, que todavía podía alcanzar sin excesivo esfuerzo, la edición casi centenaria de la guía Baedeker ocupaba, desde luego, un puesto de honor. La agarró con la mano izquierda mientras se apoyaba con la derecha sobre un estante en un hueco entre los libros. Contempló aquella antigua Baedeker, comenzó a hojearla con

cuidado. Aquella guía turística mostraba una Roma que hace ya mucho tiempo que no existe. Yo estaba seguro de que a Pollak se le pasó por la cabeza ese mismo pensamiento.

¿Sabía usted –preguntó, probablemente para ahuyentar esa idea– que Italia ha dejado huellas profundas en Praga? Eso fue, dijo asiendo firmemente la Baedeker con ambas manos, una de las consecuencias de los cuatrocientos años de pertenencia de la Italia septentrional a Austria. Estudié esas huellas de una manera sistemática cuando llegué a Roma.

También por esta razón había querido ver Roma desde siempre. Ir a Roma con la guía Baedeker y con Goethe: ése era el objetivo. No podía imaginar que aquella Roma alguna vez se convertiría en mi hogar, en una patria real para mí y los míos. Ni que los vástagos intelectuales de Goethe, Gerhart Hauptmann, Richard Strauss y todos los demás me buscarían un día a mí, a Ludwig Pollak, para que les enseñara Roma, mi Roma.

Mi padre, ha de saber usted, era el hijo único de un sencillo comerciante de lienzos y pañuelos blancos en Humpoletz, cerca de la localidad de Deutschbrod, donde había una pequeña comunidad judía. Sacó adelante a su familia a duras penas con la venta ambulante en las aldeas de los alrededores. No conocí a mis abuelos paternos. En casa siempre se dijo que a finales del siglo XVIII un pariente había ido a Italia y se había convertido allí en un artista reconocido. Creo que se trata de Leopold Pollak, el constructor de la Villa Reale y de la fachada de la catedral de Milán.

Mi madre descendía de judíos españoles que vivían en Praga desde hacía mucho tiempo, probablemente desde hacía siglos. Mi abuelo materno, David Löw Schlosser, vivía en una callejuela casi sin luz, la Meiselgasse, una de las más angostas del antiguo gueto de Praga. Era un piso con forma tubular. En la parte delantera estaba la tienda; en la trasera, las habitaciones. Once hijos nacieron y se criaron allí. Dibujé la casa poco antes de que la echaran abajo. Conservo todavía el esbozo.

Pollak parecía reflexionar si ir o no a por aquel bosquejo. Siendo el coleccionista apasionado y especialista en catálogos que es, seguramente no habría tenido que rebuscar mucho para dar con él. Entonces estallé de verdad, no sé si apropiada o inapropiadamente; en aquellos momentos no me preocupaba tal cosa. Se lo ruego, le dije sin florituras, le ruego fervientemente que nos vayamos ya. Él me miró con los ojos muy abiertos –me atravesó con la mirada– y continuó con

su narración.

La calle no tenía ni tres metros de ancho; las altas casas impedían que se colara un solo rayo de luz en la vivienda, situada en la planta baja. La generación de mis abuelos creció en aquella eterna penumbra. Sólo más adelante, cuando se autorizó a los judíos a vivir fuera del gueto, mis abuelos dejaron aquella casa y se mudaron a la Stockhaus Gasse. Un buen día mi padre llevó a casa a una hermosa joven, mi madre, cuyas manos todos admiraban. Abrieron la tienda muy al comienzo de Lange Gasse, en el lado izquierdo si uno venía desde el Grosser Ring, en un edificio conocido como Zum Roten Krebs, el Cangrejo Rojo, pues en su fachada lucía un letrero con un enorme crustáceo de ese color. Los negocios iban bien, sobre todo gracias a mi abuela. Pronto pudieron mudarse unas casas más allá, al final del Grosser Ring. Uno de mis tíos, el primogénito, cambió de domicilio y se fue a la Bergmann Gasse. Entiéndalo, éstas son las etapas que emprendieron los judíos de Praga en la emancipación. A comienzos de la década de 1870 apenas quedaban unos pocos judíos en el antiguo gueto, principalmente aquellos que trabajaban en las numerosas sinagogas, en el ayuntamiento judío, en el hospital y en las instituciones benéficas, además de los judíos ortodoxos, que estaban apegados al terruño. Mi abuelo Schlosser era miembro de la junta directiva de la sinagoga Zigeuner.[1] La fundó en el siglo XVII un hombre apellidado Zigeuner, de ahí su nombre. Mi abuelo era un hombre tan justo que rayaba en la injusticia y tenía un sentido del humor seco. Otorgaba una gran importancia a la crónica familiar, algo infrecuente en aquella época. Los escasos datos que poseo proceden de él.

En el sexto año de escuela me puse enfermo; pillé el tifus endémico, consecuencia de la mala calidad del agua potable de Praga. A causa de mi convalecencia perdí todo un semestre. Tuve que repetir curso. Vistas las cosas a posteriori, creo que debo agradecerle a esa enfermedad un horizonte más amplio y, sobre todo, la lucidez. Anteriormente había hecho las cosas como si vegetara. Después de recuperarme me sentí más decidido, tanto en mis acciones como en mis pensamientos. En Griego fui uno de los mejores alumnos de todo el instituto. En cambio, las Matemáticas siempre me resultaron difíciles. Y en Historia del Arte me sentía como una persona sedienta que bebe de una fuente sin tener ni idea de la procedencia del agua.

A veces, dice K., Pollak se deja arrastrar por el patetismo. Entonces emplea expresiones que parecen extemporáneas y gesticula de un modo irrefrenable. Creo que se ve superado cuando los sentimientos se apoderan de él más de lo que le gustaría. Lo hace también porque quiere compartir y, por tanto, preservar lo que desencadena esos

sentimientos, incluido el ímpetu con el que le impactan. Pollak quiere erigir monumentos con sus frases. Y, en el mundo de Pollak, los monumentos son los hitos decisivos de una cultura y de una vida, son lo que importa.

Extasiarme en Roma entre los monumentos: ése era mi sueño. En mi época de escolar no solamente leía la guía Baedeker, sino también otros libros sobre Roma, sus edificios y sus obras de arte, todo lo que caía en mis manos. Ya por aquel entonces me impresionaba especialmente el Laocoonte. Posee algo conmovedor, algo que sobrepasa con creces lo corriente, ¿no es cierto? Era algo que percibía aun en las reproducciones en blanco y negro.

Yo tenía claro, le dice K. a monseñor, que usted andaría preguntándose por nuestra situación. Sin embargo, fui entendiendo poco a poco que Pollak necesitaba contar su historia antes de abandonar el lugar al que pertenecía esa historia. Alguien de aquí, del Vaticano, ha hablado recientemente acerca del martirio de la paciencia. No pude sino pensar en eso mientras estaba sentado con Pollak, por un lado condenado a prestar atención contra mi voluntad, pero, por otro lado, seducido y atrapado por lo que estaba oyendo. Cuando mi mirada se dirigía hacia la ventana, deseaba levantarme. Sin embargo, continuaba sentado.

Pollak nació un domingo, un día nada especial para los judíos. En cambio, en su casa observaban lo que él denomina el descanso absoluto del sábado. Su padre iba a la sinagoga con un sombrero de copa; su madre, con elegantes vestidos. Pero, en la ciudad en la que nació y creció, la ciudad que amó por encima de todo hasta que se fue a vivir a Roma, el domingo era importante.

Praga, dijo Pollak, era especialmente hermosa los domingos. Solía subir las escaleras del castillo hasta la catedral o callejeaba por el barrio Hradčany sólo por disfrutar de las vistas de la ciudad y del silencio antes de que sonara el repique de las campanas, fuerte, penetrante, precioso. Ese sonido fue lo que hizo que me sintiera como en casa nada más llegar a Roma. ¿Qué día de la semana es hoy?

La pregunta me sorprendió, dice K. Me costaba creer que no tuviera presente que era viernes.

Los domingos, prosiguió Pollak, había mercadillo en la calleja más amplia del gueto. Los libreros de viejo exponían sus mercancías sobre bancos improvisados. Entre ellos había un gran comerciante, un hombre mayor con dos hijas que tenían fama en la ciudad de ser muy

hermosas. Ese hombre medía el valor de los libros por su extensión y su formato. De esa manera podías adquirir libros raros, ediciones antiguas de literatura alemana, por ejemplo, por unos pocos cruceros. Ésos fueron los cimientos de mi biblioteca.

Siempre me ha atraído todo lo antiguo y venerable. Un día, en el cementerio judío junto a la sinagoga Vieja-Nueva presencié cómo rociaban con cal y enterraban con solemnidad unos viejos rollos de pergamino de la Torá que se habían vuelto inservibles, rollos enteros y también fragmentos. No pude hacer otra cosa que llevarme uno de esos fragmentos. La venerabilidad que emana de un pergamino semejante, más aún cuando está descolorido, es irresistible. El trozo de pergamino que me quedé presenta una forma peculiar. En él reconocí de inmediato la estrella de David, una estrella arrancada al azar de una Torá que brillaba tenuemente en un fondo azul desvaído. El sello de Salomón. ¿Sabe usted que los dos triángulos de los que se compone la estrella de David representan la relación de los seres humanos con Dios? Uno señala hacia abajo: es el recordatorio de que nuestra vida procede de Dios. El otro señala hacia arriba porque regresaremos a Dios. Doce puntas para las doce tribus de Israel; seis triángulos para los seis días de la Creación. Así se origina un hexágono en el centro. Cada vez que lo miro, reconozco ese hexágono en mi fragmento de la Torá. Simboliza el sabbat, el séptimo día, en que los humanos deben descansar. Mañana es sabbat, dijo Pollak, y confirmó mi sospecha de que la pregunta por el día de la semana había sido de índole retórica.

Una especie de tensión, imperceptible cuando llegué a la vivienda, atenazaba aquel viejo cuerpo. Ya sólo en muy raras ocasiones se le quebraba la voz. Cada vez me resultaba más difícil imaginar cómo podría regresar desde su historia al importuno presente.

Antiguamente, en la Edad Media, la estrella de David servía a la gente de talismán contra el peligro, sobre todo contra el de incendio, prosiguió Pollak. Puede que yo la asocie con el trozo arrancado al azar de una vieja Torá tan sólo porque la estrella de David tenía una presencia muy especial en la sinagoga Vieja-Nueva de Praga. La estrella, y esto es algo que sólo unos pocos conocen, se usó primero en la sinagoga Vieja-Nueva de Praga y desde allí se expandió por toda Europa. Siento curiosidad, dijo Pollak entonces, una de las pocas veces que me habló directamente, siento curiosidad por ver si usted reconocerá también la estrella de David en ese fragmento. Lo dijo sin ningún comentario adicional. A pesar de las muchas vueltas que le he dado, esa observación continúa siendo un completo misterio para mí.

Cuando era joven, la lengua checa estaba ganando terreno en Praga,

dijo Pollak. La universidad alemana más antigua se encontraba en un país cuyo idioma predominante ya no era el alemán. Tal vez por eso he venerado tanto esa lengua, y en general todo lo alemán a lo largo de mi vida, porque a partir de entonces su presencia fue reduciéndose cada vez más en mi ciudad natal, con cada año transcurrido, con cada día, con cada criatura recién nacida que hablaba checo. Tal vez fuera ésa la razón por la que Goethe se convirtió en mi guía más importante, incluso en mi guía para Roma. Él me describió Roma, me la mostró mucho antes de que yo la viera. A su lado, yo, un alemán, pude encontrar mi hogar y mi paz en Roma. Bueno, cuando todavía se me permitía tener paz.

Mientras leamos a Goethe, estaremos a salvo. La lengua es sin duda lo más importante que tenemos, además del arte. En aquellos años, por primera vez la mayoría en el consejo municipal de Praga pasó a estar en manos de hablantes de checo. En ocasiones pienso que, si hubiera nacido tan sólo diez años antes, si hubiera nacido en el seno de la población mayoritaria de Praga y no en el de la minoritaria, tal vez mi vida habría transcurrido de una manera diferente, más sencilla. Estar con la mayoría es siempre más sencillo, ¿no es cierto?

Tres cuartas partes de los habitantes de lengua alemana de Praga eran judíos. Era conmovedor ver lo apegados que estaban a ese idioma que, más de cien años atrás, Moses Mendelssohn había introducido en la comunidad. En el Casino de Praga, el centro de la vida alemana, se hablaba ese hermoso alemán. El respeto al imperio alemán era enorme en Praga, mayor que el sentimiento de pertenencia a Viena. La victoria prusiana de 1866 y la de 1870-1871 causaron una honda impresión en los praguenses, sobre todo esta última. En la prensa praguense en lengua alemana, como el viejo periódico Bohemia, el Prager Tagblatt, el Prager Abendblatt o el Montagszeitung, pero también en el teatro, en la universidad, en los bancos, en la gran industria y en el comercio, en todas partes los judíos desempeñaban un papel desproporcionadamente grande en relación con su escaso porcentaje en la población. Además, siempre fueron los adalides de la lengua alemana en Praga. Los hablantes de checo, ahora mayoría, se lo tomaron a mal.

¿Sabe usted, me preguntó Pollak, por qué he llevado un diario durante toda mi vida desde que cumplí los veinte? No esperaba ninguna respuesta por mi parte. Ni siquiera estoy seguro de si me dirigió la mirada.

De joven mi padre, por la razón que fuera, encargó que le hicieran una libreta encuadernada en cuero y, con orgullo, grabó su nombre en

ella: Abraham Pollak. Una libreta sin estrenar que luego siempre anduvo tirada por todas partes. El nombre de mi padre y a continuación aquellas páginas en blanco. No sé qué uso pensaba darle mi padre ni cómo se le ocurrió esa idea; me preguntaba si tal vez no tenía nada más o si pretendía decirme algo al dármela. Mi padre me la regaló por mi vigésimo cumpleaños. La libreta, encuadernada y con sus hojas en blanco, llevaba el nombre de Abraham Pollak. Comencé a escribir enseguida, sin pensármelo mucho. No puedes quedarte de brazos cruzados cuando tienes un cuaderno vacío en cuya cubierta figura el nombre de tu padre. ¿Y qué otra cosa puedes hacer sino ponerte a escribir? Es lo mejor, ¿no es cierto? Las páginas desnudas me miraban fijamente, expectantes, y yo les devolvía la mirada, pero durante apenas unos breves instantes. La escritura me salía con toda facilidad de la mano. Tenía veinte años. Con esa edad piensas que todo es posible, especialmente todo lo bueno.

Cuando Pollak me habló de aquella libreta vacía, seguía estando de pie frente a la estantería con la guía Baedecker en la mano. Yo estaba sentado en mi butaca, admirándolo. En algún momento regresó a la ventana con la guía Baedecker. Miró al exterior, hacia aquella Roma que iba oscureciéndose.

Sí, dijo él, era justo ese modelo de coche.

Ya hacía un buen rato que el automóvil no estaba frente al palacio. Pero, por lo visto, mirar por la ventana había desencadenado el recuerdo del coche allí aparcado.

Para mí fueron momentos históricos, ¿sabe usted?, dijo Pollak. Esperar con Richard Strauss en la acera de la via Appia hasta que el chófer calmara el motor del vehículo y volviera a ponerlo en marcha. Uno no se olvida de cosas así. Como cuando Strauss, en el museo de las Termas, comparó el trono de Venus con una sonata de Mozart, o cuando, en el viaje a Palestrina, a la pregunta de dónde estaba enterrado Giovanni Pierluigi da Palestrina, respondió que en la ópera de Pfitzner.

También Hauptmann. Llegó por sorpresa; se diría que emergió de la nada. Imagínese, Gerhart Hauptmann un mediodía anunciando de buenas a primeras que llegará a primera hora de la tarde. Luego llega a las seis y media con su esposa y su hijo pequeño, Benvenuto, un niño gigante por cierto. Al ver a Hauptmann sentado con aquel coloso, cualquiera lo habría confundido con Goethe de anciano. Cabellera larga y cana, bien afeitado, buen color de cara, ojos azules. Me saludó con cordialidad. Me dijo que había oído hablar mucho de mí y que se había esforzado por encontrarme hasta que, al cabo de tres días, pudo dar finalmente conmigo. Al día siguiente recogí a Hauptmann y a su esposa en el Grand Hotel, sin el grandullón. Lo primero que hicimos fue ir al museo.

En ese momento Pollak pareció darse cuenta de que todavía tenía la guía Baedeker en la mano. Regresó de la ventana a la mesa para dejar el libro junto al magnífico volumen que había sacado anteriormente de la estantería. Volvió a sentarse. En la mesa había, además, una carpeta verde de cartón que contenía una pila de hojas escritas, un estuche de cuero para gafas, me acuerdo de la inscripción AUGOSTO MALATESTA, OTTICO, grabada en color blanco, así como dos libros. Uno llevaba el título de Sobre el centenario de la muerte de Goethe escrito con un tipo de letra manuscrita, con la palabra centenario en mayúsculas; debajo ponía: DE LUDWIG POLLAK. Y entre paréntesis: (ROMA). Los ornamentos azulados de la cubierta del otro libro se me han quedado grabados a fuego en la memoria; estuve mirándolos una y otra vez durante un buen rato. Lo editaba el Museo Metropolitano de Arte, el título era Classical Collection. Parece que se trataba del libro que estaba leyendo en esos días.

Sentado con Pollak a la mesa frente a la estantería, recordé que siendo estudiante fui una vez al casino, a jugar a la ruleta. Mi amigo, que jugaba mucho, me advirtió aquella noche que era preciso permanecer siempre de pie, que uno no debía sentarse jamás a la mesa de la ruleta porque sólo así era posible distanciarse de las emociones que desataban la bolita y las pilas de fichas sobre el fieltro verde. Si te sientas, formas parte del campo y pierdes la perspectiva. Supe entonces por qué me había quedado en la puerta tanto rato.

Los museos son maravillosos, dijo Pollak, pero no son nada en comparación con las colecciones privadas, ni tampoco los directores de los museos son nada comparados con los coleccionistas privados. Lo que la actividad de estos hombres significa para el saber y para los museos…

Interrumpió la frase, algo que Pollak acostumbra a hacer cuando habla. Su voz delataba que a continuación diría algo que removía alguna fibra de su interior más profundo. Ahora, al hablar de ello con usted, monseñor, tengo la sensación de que Pollak deseaba ponerme al corriente de algo que le preocupaba que cayera en el olvido. Se trata del patrimonio de los coleccionistas. Él se ve como su representante. Su legado son los catálogos.

Los coleccionistas privados, continuó Pollak, son el necesario correlato, éste fue el término que empleó, de los grandes museos estatales y municipales.

Ganarse un lugar entre los coleccionistas romanos era una tarea ardua y dura. Los recursos económicos que me faltaban tenía que compensarlos con conocimientos y buen olfato, y con una observación muy precisa. Sobre todo esto último. Y hasta esto tuve ocasión de aprenderlo de Goethe. Mientras que todo el mundo se entusiasmaba únicamente por el arte de un Guercino o de un Guido Reni, Goethe, durante los dos años de su primera estancia en Roma entre 1786 y 1788, coleccionó medallas y mayólicas de sublime sencillez del Quattrocento y de principios del Cinquecento que todos los demás tenían en poca estima.

En el macrocosmos de la Ciudad Eterna, los coleccionistas forman un microcosmos, un mundo propio, dijo Pollak. Roma ha atraído a los extranjeros desde siempre. Aquí los monumentos de la Antigüedad hablan a los visitantes más que en ningún otro lugar. Los viajeros que iban a Roma siempre tenían el deseo no sólo de admirar y de estudiar las obras de arte de la Antigüedad, sino también de poseerlas. El coleccionismo se respira en el aire. Son muy pocos los que pueden

sustraerse a esa magia. Ahora bien, los forasteros siempre han coleccionado más que los naturales de aquí. Quien vive en la abundancia pocas veces acaba convirtiéndose en coleccionista. Pero, una vez que comienzas, estás perdido. ¿Qué puede superar la euforia de un coleccionista que ha realizado un hallazgo importante o que ha conseguido poseer al fin una pieza anhelada durante mucho tiempo, ansiada en largas noches de insomnio? También a mí se me reveló ese reino de las grandes alegrías calladas, sí, dijo Pollak. Puede incluso que ésas sean las únicas alegrías absolutas. Los coleccionistas, prosiguió, son las personas más apasionadas del mundo, personas capaces de atreverse a avanzar en el terreno más sucio de las leyes penales con tal de apoderarse de una taza, de un óleo, de cualquier pieza rara.

Por el tono ligeramente afectado, por esa especie de declamación alzando la voz, pude colegir que las últimas frases eran una cita. Supuse que era de Goethe a pesar de que en realidad no sonaba mucho a él. Lo aclaró sin que yo tuviera que preguntarle. Balzac, dijo mencionando sólo el apellido. Y a continuación se puso a hablar otra vez de Goethe.

El núcleo de mi colección siempre ha sido Goethe, dijo. Me he pasado la vida entera coleccionando todo lo que tuviera relación con él, con Weimar y con el periodo clásico. En el cuarto de al lado se halla la última edición de cincuenta y seis volúmenes de su obra, un regalo de la señora Frida Mond. La señora Mond también me puso en contacto con Alexander von Gleichen-Russwurm, un bisnieto de Schiller. A petición de la señora Mond llevé a su casa todas las cosas de Goethe. Ella invitó al barón Von Gleichen-Russwurm a unirse a nosotros. Fue una sensación curiosa mostrarle los cuadros del amigo más íntimo de su bisabuelo. Tal como estamos nosotros ahora contemplando los libros encima de esta mesa, así nos sentamos juntos en casa de la señora Mond y hablamos de ambos héroes al tiempo que contemplábamos las piezas del legado de Goethe.

En total tengo cuarenta autógrafos, veintisiete del propio Goethe y los demás de su entorno. Tres los adquirí en Copenhague, del legado del pintor noruego Johan Christian Dahl, además de un rizo del pelo de Goethe en posesión de su nuera, con una irrefutable certificación de autenticidad; posteriormente adquirí un segundo rizo.

Pollak se levantó sin mirarme y, para sorpresa mía, pues de lo contrario habría tratado de intervenir, se metió en la habitación contigua atravesando a paso lento la puerta de dos hojas, que estaba abierta, y se apoyó unos instantes en la jamba.

Momentáneamente a solas, mi preocupación aumentó. El flujo de las historias de Pollak perdía su efecto tranquilizador en cuanto cesaba su voz. Me pareció oír unos ruidos en la escalera, presagios de un asalto a la vivienda que habría significado el final de ambos. Pero fue una falsa alarma. Y, a decir verdad, lo más probable es que Pollak no tardara mucho en regresar de la habitación de al lado con una caja archivadora de cartón gris que transportaba con mucho cuidado valiéndose de ambas manos. Aun así, a mí me pareció una eternidad. Depositó la caja encima de la mesa, junto a los libros. Con una maniobra a todas luces ensayada muchas veces, levantó la tapa de cartón, la puso a un lado, dobló con sumo cuidado algunas capas de papel de seda y sostuvo una carpeta verde exactamente igual que la que estaba sobre la mesa. Con un gesto casi de solemnidad, colocó la carpeta que acababa de sacar a la luz y la abrió. Contenía una carta en la que Friedrich Theodor Kräuter informaba a la condesa Hopfgarten sobre la fiesta conmemorativa en honor a Goethe celebrada el siete de noviembre de 1825, así como el manuscrito de Goethe de un poema de cuatro versos. Se podía aprender de memoria con facilidad si uno quería.

El consuelo del soldado

¡No, aquí no hay necesidad!

¡Doncellas negras, blanco pan!

¡Mañana, a otra ciudad pequeña!

Pan negro y blancas doncellas.

Después de recitar los cuatro versos, Pollak hizo una pausa solemne, igual que un sacerdote tras una oración de importancia litúrgica. Sus ojos brillaron casi como los de una persona joven, entusiasmada, cuando extrajo de la carpeta azul otro autógrafo amarillento de Goethe. Desde mi posición tan sólo pude reconocer los trazos de tinta sin poder leer lo que ponía.

De buenas a primeras me encontré en posesión de esta valiosa firma de la más grande de todas las mentes humanas, dijo Pollak.

Ustedes, los alemanes, y su Goethe, interrumpe monseñor. La suya es una relación, añade, que parece tener más que ver con la religión que con la lectura.

Puede que tenga usted razón, responde K. En opinión de Pollak, Goethe tiene el grandioso carisma del héroe universal que en todo descuella, inigualado porque es inigualable, sin tacha porque es intachable. Él no distingue siquiera entre las grandes obras del escritor y El consuelo del soldado. Goethe es Goethe, como el sol es el sol y Roma es Roma. Citó de memoria lo que escribió por aquel entonces en su diario. Götz, Werther, Epigramas, Egmont, Fausto, había escrito, todos desfiláis ante mí, y ahora poseo un manuscrito de aquel que os alumbró.

Eso es exactamente lo que decía yo, dice monseñor.

Pollak, prosigue K., extrajo otra hoja con los bordes negros de luto porque hacía poco que había fallecido el gran duque, según explicó. Aún se distinguía el sello de Goethe.

Un exquisito tesoro, dijo Pollak, y recordó un viaje tras las huellas de Goethe que realizó justo después de los exámenes finales de bachillerato en el instituto. Estrasburgo, Heidelberg, Fráncfort, Weimar, el ataúd de Goethe, después Ilmenau, donde habló largo y tendido con el alcalde, cuyo padre vivió el último cumpleaños de Goethe a la edad de nueve años. También hice una visita a Juliane Glaser, dijo Pollak. Con dieciséis años se encontró con Goethe en Marienbad. Tuve el honor de tocar una mano que había tocado la mano de Goethe. Imagíneselo. Cuando estuve en su casa, ella tenía ochenta y cuatro años. Me gustan las personas mayores, me han gustado desde siempre. Me han atraído toda la vida. En ellas hay algo vivo, algo que otras han olvidado ya hace mucho tiempo. Cuando desaparecen, el pasado continúa viviendo tan sólo en el arte. Y en los libros, por supuesto. Creo que a Pollak, dice K., le habría gustado besarle la mano a Fröhner como se la besó el joven Mendelssohn al anciano Goethe, y también a Bode y a todos los coleccionistas para quienes Pollak escribió los catálogos. Un mundo de venerables ancianos y, entre ellos, él rindiéndoles homenaje. El hecho de que él mismo hace ya mucho que haya entrado en la edad provecta, no parece importarle para nada. Y en la cúspide de todos esos hombres senectos, entronizado como personificación de la venerabilidad, está

Goethe.

En el octogésimo aniversario de su muerte, Pollak se refería al día, ochenta años atrás, en que el Incomparable cerró aquellos ojos que lo veían todo y se convirtió en inmortal en el verdadero sentido de la palabra, aquel día, Pollak dio un gran festín. Augusto Jandolo leyó fragmentos de su comedia Goethe a Roma; los autógrafos estuvieron expuestos en una vitrina. Así pues, en la conmemoración del centenario, es decir, a los cien años de la muerte de Goethe, acaecida en 1832, Pollak ofreció a la ciudad sus autógrafos para una exposición. Pero ya nadie los quería. No los suyos.

Entretanto, Pollak había vuelto a cerrar la caja. Puso las palmas de las manos encima de la tapa como si tuviera que sujetarla.

En 1933, siguió Pollak, compré mi último Goethe por correo en la casa de subastas Hellmut Meyer & Ernst de Berlín, el sobre de una carta, con el remite manuscrito JW punto V punto G punto, y el sello de Goethe.

Fue algo así como una conclusión, un cierre. Me levanté e hice de tripas corazón. Por favor, le dije, y entonces por primera vez me dirigí a él por su apellido, por favor, señor Pollak, despierte a su esposa, a su hija y a su hijo y vengan conmigo. Hablé en voz baja. En el Vaticano, dije, andan muy preocupados. Y con razón. Debemos partir inmediatamente. Ahora mismo. Entiéndalo. Estamos en peligro.

Mi mirada, obedeciendo a la suya, se dirigía hacia la mesa. Ahí estaban la guía Baedeker, la caja archivadora gris, el libro del museo Metropolitano y los dos magníficos libros de gran formato. Él seguía con las manos apoyadas en la caja.

¿Lo estamos de verdad?, preguntó él sin mirarme.

Sí, dije yo, lo estamos de verdad.

Entonces tuve la sensación de que por fin Pollak había comprendido lo que le decía. Volvió a crecer en mí la esperanza de que conseguiría resolver la situación y cumplir mi misión. Eché un vistazo a mi reloj y me asusté de lo tarde que se había hecho.

Ah, ¿sabe usted?, dijo él, hace ya tiempo que dejó de ser demasiado tarde.

Estaba a punto de volver a perderlo. Sin embargo, no quise dar rienda suelta a este pensamiento. Me aferré a la sensación de alivio, que

ahora se sumaba a mi expectación y mi miedo.

Mire, dijo, voy a enseñarle una cosa.

Lo observé coger otro gran volumen de la estantería que puso encima de la mesa. La decepción, el miedo y, por primera vez, cierto agotamiento aún no habían logrado desterrar mi esperanza, a duras penas alimentada.

Y luego nos vamos, dijo él como de pasada.

Abrió, más o menos por la mitad, el último libro que había extraído de la estantería y lo giró de manera que yo pudiera verlo con comodidad.

Mi catálogo de la colección de bronces de Alfredo Barsantini, dijo. Se la regalaron a Mussolini en 1934, junto con el catálogo. Se hicieron tres ediciones de regalo con encuadernación especial: una para el rey, otra para la reina madre y otra para el papa. La entrega al rey tuvo lugar a mis espaldas. Eso era nuevo. Puesto que yo era la persona que había realizado el trabajo y tenía un conocimiento cabal de los objetos, siempre me habían invitado a ese tipo de actos. De pronto dejó de ser así. De todos modos, el papa sí que me recibió en persona. Y, sin embargo, aquello, tal como tuve claro posteriormente, significó el comienzo, el comienzo del…

Titubeó.

… ocaso.

Había trabajado mucho para el personal de las embajadas, dijo retomando el hilo. Éstos iban y venían. También iban y venían los clientes. Quien siempre estaba ahí era Barracco.

Me había esperado que mencionara a Barracco, otro de los venerables ancianos moradores del Olimpo de Pollak. Era lógico, y yo tenía claro que su relato no podía acabar sin que se hablara de él. De Barracco, del museo y del brazo. Después de eso por fin podríamos irnos. Ésa fue la razón por la que al oír aquel nombre prácticamente sentí alivio.

Ningún hombre ha hecho más por la Antigüedad en Roma que el barón Giovanni Barracco, aseguró Pollak. Para mí fue un maestro y un sabio, y no sólo en cuestiones de escultura antigua. También me enseñó mucho sobre la historia moderna de Italia. Hubo épocas en las que iba a ver a Barracco casi a diario, siempre al atardecer. Por su carácter sereno, su distinción, su grandeza y su fina educación, aquel venerable anciano era para mí el prototipo de una especie humana que ya se ha extinguido. Y nadie parece darse cuenta de lo mucho que ha desaparecido con ella. Lo que hice por él no puede compararse de ninguna de las maneras con lo que él me dio. Me considero infinitamente dichoso de haber podido sentarme a sus pies y escuchar con atención sus palabras.

La reconstrucción de Roma después de que en 1871 fuera declarada capital de la nación italiana y la demolición de barrios enteros sacaron a la luz cantidades ingentes de esculturas antiguas. Los museos estatales y municipales no podían albergarlas todas. Muchas de ellas fueron a parar a las manos de los coleccionistas privados más avispados, con frecuencia las mejores piezas. Barracco, que nunca se casó, creó una magnífica colección gracias a sus elevados ingresos. Y tomó la decisión de donársela en vida a la ciudad de Roma. La construcción del edificio del museo se la encargó, a sus expensas, al arquitecto romano Gaetano Koch. El museo se inauguró en 1905, en el corso Vittorio Emanuele.

Uno de los últimos días de 1913, Barracco mandó que me llamaran para que fuera a verlo a su casa. Encontré al anciano guardando cama, con el ojo derecho vendado. Me tendió a duras penas su escuálida mano. Me dijo que sentía la muerte rondándole y que su mayor deseo era que el museo, su obra favorita, siguiera siendo administrado en la línea que él había establecido. Para ello no había ninguna persona más apropiada que yo, me dijo, porque conocía sus intereses y sus ideas, cada pieza del museo, cada volumen de la biblioteca como nadie. Y así era, en efecto. Barracco me preguntó si me haría cargo del museo. Por supuesto, le dije, asumo esa misión con alegría, se entiende que sin retribución alguna. Barracco me dio las gracias, lloró y se quedó dormido. De esa manera me convertí en director honorario del museo Barracco. Y todavía continúo sin estar a la altura de esa misión.

Pollak volvió a pronunciar en voz muy baja estas últimas palabras. Era evidente que estaba reprimiendo las lágrimas. Cambió de tema.

Pronto tuve la intuición, que luego me dejaron clara, de que no era persona grata en la cátedra, que no me querían en la universidad, prosiguió Pollak. Y uno tiene que aceptar su destino, ¿no es cierto? Sí, tiene que aceptar su destino a pesar de que en su fuero interno siempre haya sido un estudioso, sólo que no en la cátedra.

Me quedaba el comercio. Primero llegué a Roma con una beca. Corría el año 1893. Enseguida percibí un ambiente muy diferente al de Viena. Me puse contento como un niño al poner el pie en mi adorada tierra romana, al ver todas las grandes obras del pasado. Se había cumplido mi sueño. Era joven y podía viajar. Posteriormente, mis innumerables viajes me dieron ventaja sobre los demás. Cada vez que regresaba a Roma, tenía que buscarme una nueva vivienda hasta que formamos una familia y nos mudamos al Palazzo Bacchetoni.

Por suerte comprendí enseguida que no me aceptarían y, sin más dilación, me convertí en marchante. No como Arthur Mahler, por ejemplo, mi amigo de los tiempos de Praga.

Pollak volvía a divagar.

Los dos fuimos juntos al instituto alemán de las escuelas Pías, situadas en la calle Am Graben,[2] en el casco viejo de Praga. Mientras los muchachos más mayores de los cursos superiores seguían jugando como niños en los parques, Mahler ya se había aprendido Fausto de memoria y se había leído todas las obras de Schopenhauer. Estudió la carrera de Arqueología en la Universidad Alemana en Praga. En las primeras elecciones generales en Austria, se presentó como candidato para ocupar un escaño en el Consejo Imperial con el programa sionista de la circunscripción de Tremblova, situada en Galitzia. Con su larga barba, se parecía incluso a Theodor Herzl. Su viaje de campaña por la circunscripción electoral se convirtió en una marcha triunfal. La elocuencia de Mahler era simplemente fascinante. Salió elegido con una clara mayoría. En el Consejo Imperial gozaba de una gran autoridad, a pesar de que fueron elegidos muy pocos diputados del programa sionista. Poco antes de las elecciones se rechazó la solicitud de proponer a Mahler para una cátedra extraordinaria en Praga. Argumentaron que su periodo de docencia era demasiado corto. Pero no era así. Su abierta adhesión al sionismo no gustaba a los estudiantes ultraalemanes de Praga, que se manifestaron en contra de sus clases. Prácticamente le hicieron imposible la enseñanza en Praga. Apurado por las circunstancias, el Ministerio de Educación quiso trasladar la venia legendi de Mahler a Czernowitz, donde la antigua Austria enviaba a todos los profesores que resultaban incómodos por el motivo que fuese, sobre todo a los judíos. Profundamente

indignado, Mahler abandonó su carrera académica, se dedicó a su escaño de diputado y escribía editoriales para periódicos de Viena y de Budapest. En aquella época, en Praga se rumoreaba que, en unos años, Arthur Mahler, Rey de los Judíos, guiaría a todos los judíos a Palestina. Y, entonces, una tarde, corría el año 16, vi en el periódico vienés Acht Uhr Abendblatt que dos días atrás había fallecido y lo habían enterrado en la intimidad. Apenas podía dar crédito a mis ojos.

En calidad de marchante encontré muchas piezas buenas, las reconocí y la mayoría de las veces negociaba en nombre de las mejores colecciones. Encontré la Atenea de Mirón en el museo Liebieghaus de Fráncfort. Pero ésa es otra historia. Copenhague es también otra historia. Yo era una buena ayuda. A menudo encontraba lo que se buscaba. Hacía de intermediario, compraba o llevaba objetos a la gente idónea. Hice eso toda mi vida y siempre guardaba silencio. Cuanto más interesante es el objeto de una transacción, tanto más callado ha de ser quien negocia. Es preciso atenerse a esta regla. Carl Jacobsen, fundador de la gliptoteca Ny Carlsberg de Copenhague, me escribió una vez: usted es arqueólogo y comercia con antigüedades; yo soy cervecero y compro antigüedades, en el comercio y entre comerciantes rigen principios distintos a los que hay entre los médicos. En eso tenía razón. Pero, para ser un verdadero conocedor, uno ha de poseer además algo que sólo muy pocos tienen: un olfato especial. Pollak lo denomina el sentido de lo auténtico y de lo falso.

Se me pasó por la cabeza todo lo que Pollak encontró en el transcurso de su vida profesional, dice K., los objetos que reconoció y que los demás habían pasado por alto, el hecho de que siempre parecía saber dónde encajaba una pieza. Si alguien posee ese sentido de lo auténtico y de lo falso que dice Pollak es sin duda él mismo. Es un virtuoso de la mirada. Así lo llamó recientemente alguien de los Museos Vaticanos. Él mismo lo denomina un don divino inexplicable, igual que se nace con un talento poético o artístico. Citó el proverbio romano orator fit, poeta nascitur, que para él significa que cualquiera puede aprender a hablar y a pronunciar discursos, pero el poeta nace poeta. El poeta de la mirada, también, pienso ahora, dice K.

Era como si aquellas piezas hubieran estado esperándome, dijo Pollak. Muchos objetos solamente los ve el marchante. Cuando lo importante de veras es distinguir los objetos buenos, cuando todo depende de distinguir con rapidez, sólo entonces ve uno esas piezas del todo extraordinarias que se ocultan siempre entre las piezas corrientes. Uno las reconoce solamente cuando su existencia pende de ello. A los gerifaltes de las cátedras –volvía a mentarlos– nunca les pasa nada cuando se equivocan. Un marcharte no puede permitirse error alguno.

Por eso venían a buscarme, para que examinara sus piezas, para que les escribiera sus catálogos, para que los guiara por Roma. Sabían que yo, en un estado de inseguridad permanente, no podía cometer ni un solo error. Igual que un alpinista, para quien un paso en falso puede significar la caída. Conmigo se sentían seguros. Y lo estaban también.

En mi primera visita a París, justo el día de mi llegada, encontré la cabeza de la herma de Pastoret. Corría el año 1904, es decir, poco después de encontrar el brazo. La tenía un marchante. Otros llevaban años buscándola. Fue a parar a Copenhague, a la gliptoteca de Ny Carlsberg. En 1910 apareció la arcaica cabeza de un caballo; en 1913, el cáliz paleocristiano que muestra a Cristo entre Pedro y Pablo. Lo encontraron en el 1720 en la catacumba de san Calixto; luego pasó a ser propiedad de la Biblioteca Vaticana, de donde lo robaron en algún momento del siglo XIX. Vi el cáliz, lo reconocí, lo compré y se lo llevé a monseñor Misciatelli, en el Vaticano. Un guardia me condujo a los aposentos del monseñor, en el sótano, a la derecha del patio de san Dámaso. Unas salas hermosas con frescos antiguos y amuebladas con el mayor confort.

Yo intervine entonces, dice K., para decirle que justamente allí nos estaban esperando a él, a su familia y a mí. Pero no reaccionó. Se limitó a decir que eran unas salas hermosas y que donó el cáliz de oro al Vaticano.

Tuve una larga audiencia con el secretario de Estado, el cardenal Merry del Val, retomó Pollak. Esperé en una antecámara con colgaduras de color rojo y las cortinas echadas. El cardenal secretario de Estado me recibió con toda amabilidad. Me dio las gracias por el cáliz de oro en nombre del papa. Tuve que contar la historia del hallazgo con todo detalle; estuve allí un cuarto de hora o incluso más.

Hacía ya un buen rato, dice K., que se había disipado mi esperanza de que Pollak me mostraría un solo pasaje notable de la última publicación que había extraído de la estantería para luego ir a buscar a su familia y dirigirse conmigo al Vaticano, pues Pollak había vuelto a sumergirse en el torrente de sus recuerdos. Entretanto, se había sentado de nuevo. Al principio me quedé de pie, pero luego volví a sentarme otra vez. Me siguió con la mirada sin traslucir si se apuntaba un tanto por que yo volviera a sentarme y simplemente continuó su narración.

El cáliz de oro dio lugar también a una audiencia con el papa en la intimidad. Fui al Vaticano por la mañana; estaba citado a las once. Esperé una hora con otras quince personas más en una sala decorada

con tapices y desde allí nos condujeron a todos a otra sala denominada tronetto a causa del pequeño trono dorado que albergaba. El maggiordomo papal en aquella época era monseñor Ranuzzi. Me hizo señas para que me acercara y me dio a entender que me colocara con él junto a una puerta pequeña. El papa apareció en el umbral luciendo unas blancas vestimentas y un solideo, también blanco, sobre sus blancos cabellos. Todo el mundo se arrodilló. Monseñor Ranuzzi me presentó al papa, después de lo cual éste me dio unas palmaditas en el hombro y tendió la mano para que se la besara. Va bene, va bene, dijo el papa, y sonrió.

Al contar todo esto ahora, prosiguió Pollak, suena casi como un sueño, ¿no es cierto? Encontré al papa demacrado y envejecido, la cara apergaminada. Por último bendijo a todos y se dirigió a otras salas. Acarició a un muchachito al pasar. Antes de desaparecer definitivamente, volvió a tenderme la mano para que se la besara. Eso disgustó a los demás, especialmente a un capuchino.

Aquel prolijo discurso sobre el Vaticano era mi oportunidad, dice K. Era la ocasión que yo había estado esperando. Con un tono de máxima perentoriedad le dije que debíamos partir hacia allí sin mayor dilación. Sin embargo, la corriente de la narración lo arrastró.

En abril de 1920 me casé con Julia, Julia Süssmann. Está durmiendo. Dejémosla dormir. Está muy enferma. Diabetes. La señora Süssmann es diabética. ¿Sabe usted, me preguntó Pollak, cómo consigue insulina un judío en Roma? La respuesta es sencilla: de ninguna manera. Algunas veces recibimos insulina danesa por mediación de Jürgen Birkedal Hartmann. En realidad, lo que él desea es hablar conmigo sobre su colección. Pero yo necesito su insulina. Porque mi esposa la necesita. Así es como funciona ahora el comercio del arte.

El tiempo que no se nos permitió pisar tierra italiana, entre 1915 y 1919, fue también una mala época que nos marcó profundamente a mí y a los míos. Siempre me preguntaba cómo se había podido llegar a aquella situación. Hasta que lo averigüé. Lo que habían erigido contra mí era una construcción inimaginable compuesta de odio, envidia, ignorancia y maldad. Pero también hubo personas decentes que me apoyaron. De todas formas, al final mi salvación no estuvo en manos de mis viejos amigos.

Tras estas palabras, calló y espiró por la nariz.

No dieron la cara por miedo. Me habría librado de muchas cosas si Barracco hubiera continuado con vida. Pero debemos considerarnos

dichosos de haber disfrutado de él durante tanto tiempo y de habernos sentado a sus pies.

Ahí teníamos de nuevo el patetismo de Pollak, dice K.

Nos ayudaron personas decentes que reconocieron que este asunto no se trataba sino de una persecución personal. Una de aquellas personas fue Wilhelm von Bode, que redactó un escrito sobre mis servicios a Italia para mi defensa contra el secuestro de nuestros bienes y contra las acusaciones ligadas a ese hecho. Éstas ni siquiera las conocía yo.

Siempre me ha fascinado que el sustantivo alemán Sequester designe tanto «secuestro» como «secuestrador». Una misma palabra para el embargo judicial de unos bienes y para quien lo ejecuta. Es una palabra horrible. Este término posee, además, una tercera acepción. Sequester no designa solamente el secuestro de unos bienes por una autoridad, sino también un trozo de tejido necrótico en el cuerpo humano, algo que sigue estando ahí a pesar de que ya que no pertenece al cuerpo.

La noticia del secuestro de mis colecciones me llegó a Viena el verano de 1918. Un mediodía recibí una carta del conde Pálffy, desde Berna, en la que me comunicaba que el prefecto de Roma había ordenado la traba de mis propiedades, de todo lo que me pertenecía, con un decreto de prefectura fechado el 30 de junio. Como secuestrador se había nombrado al cavaliere dottore Ernesto Roncalli. Así pues, entonces sucedió lo que me había temido durante tanto tiempo. Otro golpe bajo. Y no me quedó más remedio que encajarlo también.

Nada más regresar a Roma, siguió Pollak, establecí contactos con todas las personalidades que tal vez pudieran ayudar. Sin embargo, no se revocó el secuestro. Como si quisieran darme a entender que la nueva Roma no me acogería ya más; a mis colecciones sí, pero a mí no. Aun así, me quedé. Me quedé a pesar de lo que pudiera ocurrir.

En noviembre del 19 apareció un artículo contra mí en la Idea Nazionale. Establecí contacto con el nuevo diplomático checoslovaco que habían enviado al palacio del Quirinal. Ahora había un diplomático checoslovaco, algo a lo que asimismo tenía que acostumbrarme. Enseguida me di cuenta de que no debía esperar ningún tipo de apoyo por su parte. El nuevo alto funcionario era un enemigo declarado de todos los alemanes y de todos los judíos.

En mi vivienda confiscada encontraron mi correspondencia, nueve mil cartas ordenadas con esmero. Al final de cada año tengo la costumbre

de organizar en fajos todas las misivas de las personas que son importantes para mí, las clasifico por remitente. Pollak citó algunos nombres de sus corresponsales. Probablemente, prosiguió, el secuestrador esperaba encontrar en ellas todos los secretos políticos imaginables, porque yo tenía amistad con algunos embajadores y porque en la embajada alemana, en la austríaca y durante un tiempo incluso en la rusa me movía como Pedro por su casa. Se tradujo la correspondencia secuestrada. No encontraron ni una sola mención relacionada con la política. ¿Cómo iban a encontrar algo así? Eso no me ha interesado nunca. Sabían fehacientemente que yo soy un marchante y que los embajadores se dirigían a mí para que los asesorara en cuestiones de arte. Sin embargo, a toda costa querían encontrar cualquier detalle que pudiera incriminarme.

El peor papel lo desempeñó el entonces director general de antigüedades, Corrado Ricci. Éste escribió un libro, una Historia del arte en la Italia septentrional. Se la traduje al alemán. Se vendieron miles de ejemplares de la traducción. Fue nada menos que este Corrado Ricci quien me denunció ante el juez de instrucción. Y éste finalmente me absolvió al cabo de un año y medio de investigación, sin que en aquel tiempo me interrogara a mí ni a nadie, alegando la prescripción de los hechos. No obstante, no cesaron de incriminarme en todo tipo de asuntos, pese a que nunca pudieron concretar nada. Por ese motivo yo tampoco podía defenderme. Todo era puro belicismo e ignorancia supina, una jurisprudencia que recordaba a la Edad Media o a las circunstancias en Rusia.

O al caso Dreyfus, añade K. Ahora me doy cuenta de que fue eso lo que primeramente me recordó a Dreyfus cuando hace un rato empecé a hablar, ese furor persistente de querer arrebatárselo todo a un judío exitoso y establecido, sobre todo su posición social.

Cuando en octubre de 1921 regresé a Roma sin sospechar nada, prosiguió Pollak, me enteré de que el consejo de ministros había emitido en verano un decreto de deportación en el que no constaban los motivos. Tal como era de esperar, no recibí apoyo alguno de mi legación checoslovaca. Fueron italianos quienes ayudaron, en especial Bartolomeo Nogara, director general de los museos pontificios. Me concedieron una prórroga. Y por fin pude echar un vistazo por primera vez al dosier y tomar nota de las acusaciones formuladas en mi contra. Con una malicia desmedida habían descontextualizado algunos pasajes de las cartas, en parte chapuceramente, y los habían tergiversado, eso por no hablar de los numerosos errores de traducción. Se afirmaba, por ejemplo, que asiduamente yo había sacado de contrabando algunas piezas de las embajadas, cuando la

verdad era que yo tan sólo me había dedicado a emitir informes en calidad de experto. Al final se archivó la causa, sine die.

Lo que contaba Pollak parecía haber ocurrido ayer, no veinte años atrás. En el tono de su voz se percibía todavía el espanto de la incredulidad ante lo inconcebible.

Ya ve usted, dijo Pollak, lo que he padecido. Si los tiempos no hubieran sido tan complicados y si hubiera estado yo solo, me habría ido, me habría marchado sin vacilar un solo instante. Pero en esa situación crítica no podía exponer a los míos, a mi esposa y a mis tres hijos de tierna edad, a un destino inseguro.

Ése, resumió en voz baja, lleno de amargura, es el destino de alguien incapaz de hacer el menor daño a nadie, que siempre quiso ayudar a todo el mundo, que ha ayudado a mucha gente. Y, a cambio, continuó Pollak empleando la tercera persona, lo trataban de esa manera.

Entonces las cosas empeoraron aún más si cabe, después de albergar la esperanza de que por fin iban a mejorar. Lo primero fue el decreto de deportación. Un día especialmente aciago entre otros muchos días aciagos. Pero al menos por aquel entonces estaba allí Bartolomeo Nogara. Llegó procedente de Milán a la Biblioteca Vaticana como scrittore en 1900. En 1920 se convirtió en el director general de los museos pontificios. Logró hacer muchas cosas, sobre todo después de que su viejo amigo, monseñor Ratti, se convirtiera en el papa Pío XI.

Usted sabe, intenté persuadir a Pollak otra vez, que en el Vaticano nos están esperando y que ahora deben de estar muy preocupados, dice K. No me escuchó. Ciertamente para él era importante que me formara una imagen clara de Nogara. Fue entonces cuando me di cuenta de manera definivita de que no me estaba hablando a mí. Necesitaba un oyente, uno cualquiera. Se trataba de un puro azar que aquel oyente fuera yo. Yo estaba allí por casualidad. No hay motivo aparente para que le importara lo que pensaba yo sobre Nogara. Pero claro que le importaba. Yo estaba allí sentado en representación de todos aquellos que debían escuchar su historia. Era un testigo porque él me había convertido en uno. Fue entonces cuando entendí que me hiciera esperar y que no hubiera querido venir conmigo al principio porque primero tenía que contar todo lo relevante.

Cuando quedó vacante la dirección de la Biblioteca Vaticana, el papa preguntó a Nogara a quién propondría como su sucesor. Nogara le recomendó a su paisano lombardo, el historiador Achille Ratti, por aquel entonces prefecto de la Biblioteca Ambrosiana de Milán. El

nombramiento en el Vaticano fue el comienzo de la carrera de Ratti: arzobispo de Milán, cardenal, papa. Nunca se olvidó de Nogara. Éste tuvo que mudarse con su familia cerca de las habitaciones privadas del papa. Y dicen que los dos se tuteaban cuando se hallaban a solas por la noche.

En una ocasión tuve el honor de entregarle una publicación en persona al venerado papa en su biblioteca privada. Era mi libro sobre los bronces italianos, la primera publicación de ese tipo en lengua italiana, dicho sea de paso. El papa repasó conmigo todo el libro, página tras página, hizo algunos comentarios ingeniosos y formuló preguntas. Finalmente extrajo un estuche rojo de un armario empotrado y me lo entregó con las palabras bronzo per bronzo. Contenía una moneda grande de bronce con un retrato del papa.

Esperaba que Pollak se levantara y sacara esa moneda de algún lugar. Sin embargo, se quedó sentado.

Continuará siendo inolvidable, dijo Pollak, la lucha de Pío XI contra la teoría racial y también, por supuesto, su traslado a Castel Gandolfo, cuando Hitler vino a Roma en mayo de 1938. Todo el Vaticano permaneció cerrado en aquella ocasión.

Una vez, a comienzos de los años treinta, hablé largo y tendido con Bartolomeo Nogara en la Academia polaca sobre Tirol del sur y el movimiento hitleriano. Nogara citó al papa. Unos días atrás éste había dicho que ahora dominaba y persistía el furor teutonicus, mientras que anteriormente siempre había habido un furor gallicus, pero de duración muy corta. Tenemos que esperar, había dicho el papa.

Esperar. Al repetirla, esa palabra se convirtió en la expresión de una insolencia cruel, hiriente, la expresión de un juicio.

La impetuosa oleada de nacionalismo comenzó con la marcha de los fascistas sobre Roma en 1922, dijo Pollak.

Así pues, cuando se levantó el secuestro de sus bienes Pollak ya había percibido que aquel cambio de aires no era pasajero. Eso ocurrió en la primavera de 1923.

Ahora bien, el asunto no quedó definitivamente aclarado. En todo aquel tiempo, durante siete largos años, hasta el verano de 1926, durante siete años bíblicos, tal como lo expresó Pollak, él no abandonó Italia ni una sola vez, preocupado por si no podía regresar.

En cuanto le fue posible, Pollak compró dos casas en las montañas,

cerca de Bolzano. En adelante, la familia pasaría allí los veranos; allí se sentían seguros. A partir del 26 pudo viajar de nuevo, es decir, que de nuevo podía hacer negocios. Pero no había ni de lejos el mismo poder adquisitivo que antes de la guerra. Entonces llegó la crisis económica mundial. De nada sirve que un marchante viaje de un lado a otro cuando ya nadie puede comprar, dijo Pollak. De todas formas, él volvió a Copenhague, a Múnich, a Berlín. Ocho esculturas antiguas que llevaban veinte años en su balcón de Roma fueron a parar a Berlín en 1926. Regresó a Berlín en el 27, en el 28, en el 30. Cada vez iba a ver al viejo Bode, a quien Roma no le gustaba, así que Roma iba a él. También estuvo con Liebermann en 1928, en la casa que tenía cerca de la Puerta de Brandeburgo. Liebermann lo entretuvo más de una hora; así lo expresó Pollak. Fue una de las conversaciones más interesantes de su vida, según dijo.

El coleccionismo, dijo Pollak, siempre ha sido mi vida, tanto mis colecciones como las de los demás. Incluso en los terribles años vieneses continué realizando mis búsquedas al menos de dibujos hechos a mano. Tres son los temas principales de mi coleccionismo: Goethe, Praga y el judaísmo. Goethe es para mí la cultura; Praga, el hogar, y el judaísmo, mi destino.

Deben de ser unas colecciones muy bien surtidas, dice K. No sé dónde se encuentran en estos momentos, a excepción de las piezas que se hallan en su vivienda.

La pieza más valiosa de mi colección de literatura hebraica, prosigue Pollak, es una hagadá del siglo XIV, procedente de Mantua. Es maravillosa, de un aspecto magnífico, pero muy afiligranada en los detalles. En algunas ocasiones la he llevado conmigo, incluso en viajes largos, para mostrársela a expertos y aprender más cosas sobre ella, y un poquito también, todo hay que decirlo, porque estoy muy orgulloso de ella. Es mi hagadá, ¿entiende usted? Me la llevé a Ginebra y la deposité en una caja fuerte. Allí está a salvo. Y, cuando yo ya no esté y haya paz de nuevo, entonces esa hagadá irá a parar a la comunidad judía de Roma. ¿Sabía usted que la comunidad judía de aquí es una de las más antiguas del mundo? Me tranquiliza saber que esa hagadá regresará aquí en cuanto sea posible. No sólo porque es un ejemplar muy valioso y especialmente bello, sino porque justo la hagadá es muy importante en épocas como la nuestra. Su nombre procede de una palabra hebrea que significa «narrar». Un manual para relatar: eso es la hagadá. Y lo que contamos será lo que quede al final, el arte y los relatos. Así la vida sigue adelante. Es la herencia que dejaremos a quienes vengan detrás de nosotros. En la víspera de la Pascua hebrea, los judíos se cuentan las historias del cautiverio en Egipto contenidas en la hagadá, una y otra vez se cuentan el cautiverio y la liberación. Sobre todo, la liberación.

Una vez fui a la sinagoga aquí en Roma, primero al gueto y luego a la sinagoga. Allí se me acercó una mujer mayor judía, rubia, y entabló conversación conmigo. Antes, dijo ella, había menos derechos, pero más religión. Ahora es al revés. En el pasado todas las noches se cerraban las puertas del gueto, y todos los crímenes se los endilgaban a los judíos. No había derechos. Ahora los judíos son funcionarios, incluso ministros, pero ya no saben nada de su religión. Eso fue lo que me dijo la judía rubia, prosiguió Pollak. Entretanto, habían abierto las puertas de la sinagoga. Entré. Junto al muro había un anciano ataviado con vestimenta oriental y una tupida barba blanca. Me sentí

involuntariamente atraído por él. Me senté a su lado. Iniciamos una conversación. Era el rabino de Livorno. Chapurreaba un poco el italiano y sabía unas pocas frases en alemán. Su lengua materna seguía siendo el español, como ocurre con muchos judíos italianos. Se llamaba Ben Halna. Tenía unos ojos despiertos y una personalidad exquisita. Pasó un buen rato hasta que caí en la cuenta de a quién me recordaba: a un dibujo de Durero que había contemplado en el museo Albertina, la cabeza de un anciano.

Corría entonces el año 1901. Cuando comienza un siglo y eres joven, te crees que lo tienes todo a tu alcance, ¿no es cierto? Todo es posible en ese momento. Qué ancho puede llegar a ser el mundo. Y qué estrecho. Ahora se ha estrechado el cerco en torno a nosotros; de hecho, se ha estrechado incluso demasiado alrededor de mí y de los míos. En aquella época, en los albores del siglo, el mundo era más amplio que nunca. Fue entonces cuando hice mi gran viaje por Oriente, a Egipto y más allá, hasta Jaffa. Vi las colonias judías que se habían desplegado. La tierra estaba mucho más cultivada de lo que me esperaba. Pero había mucho ruido, por todas partes un ruido infernal. Y agua. La abundancia de agua me sorprendió. Más ruido y más agua, más vida, ¿no es cierto?

Había viñedos, prosiguió Pollak, sembrados; más allá, unas colinas suaves; a lo lejos, sierras más altas. Y, detrás, Jerusalén. Ese nombre siempre había desatado en mí grandes sentimientos. En aquel momento me encontraba frente al Muro de las Lamentaciones. Sin que pudiera decir el porqué, las lágrimas asomaron a mis ojos. Ni siquiera los mendigos más pesados podían perturbar mi emoción en aquellos instantes. Medité sobre la grandeza, sobre el ascenso y el ocaso, sobre la justicia histórica y sobre la injusticia que se nos inflige, sobre el cambio de los tiempos, las viejas esperanzas y su tardío cumplimiento. Si en alguna parte se percibe la respiración de la historia, es en el Muro de las Lamentaciones. Me quedé allí un buen rato, completamente ensimismado frente a aquellos formidables sillares. Después pasé por el templo; sólo se permite echar un breve vistazo al interior. Al día siguiente, hacia el atardecer, volví al Muro de las Lamentaciones. Había muchos judíos, algunos ataviados con coloridos caftanes de seda y gorros de piel. Allí estaban, lamentándose, llorando, rezando. De nuevo me sentí incapaz de reprimir las lágrimas.

Es muy posible que a Pollak se le saltaran las lágrimas también al recordar su visita al Muro de las Lamentaciones. Puesto que ninguna luz contrarrestaba el avance del crepúsculo, los colores fueron perdiendo fuerza paulatinamente, así como nitidez los contornos.

En 1930 circularon las primeras noticias de un proyecto de demolición del museo.

Al principio no sabía a qué museo se refería Pollak, dice K., pero sólo momentáneamente. Pollak tenía que contar esa historia. Me quedó bien claro. La del museo Barracco y luego la del brazo. Y entonces por fin podríamos irnos de allí.

El edificio sólo tenía veinticinco años. Un pequeño y elegante templo de cabal estilo clasicista con un portal acogedor a través del cual la gente, después de ascender unos pocos escalones entre columnas dóricas, podía recorrer el mundo de la Antigüedad como en ningún otro lugar, ni siquiera en Roma.

He visitado con frecuencia ese museo, dice K., seguro que usted también. Monseñor asiente con la cabeza. Lo conservo en la memoria como un sitio realmente extraordinario, bello y misterioso. Siempre me conmovió especialmente la cabeza de un sátiro, Marsias, la cabeza de un hombre barbudo que mira al suelo. Esa mirada dirigida hacia abajo es tan íntima, realista y verdadera que siempre me ha cautivado. Es la mirada de un hombre extremadamente solitario que encontró por casualidad la flauta de Atenea y que, con esfuerzo y habilidad, ganó una competición musical y, acto seguido, los dioses lo castigaron por su hibris. ¿Quién entiende a los dioses?

El momento llegó en 1938, dijo Pollak. Echaron abajo el museo. La colección está guardada en los almacenes de los Museos Capitolinos. Pero algún día, un buen día, renacerá. Entonces el museo se reconstruirá. Eso es seguro, dijo en voz baja. Tiene que ser así, ¿no es cierto?

Tanto más importante es entonces, aproveché yo para meter baza, que partamos de inmediato, que nos dirijamos ahora mismo al Vaticano para que podamos luchar juntos en el renacimiento de su museo.

¿Acaso Pollak no acababa de expresar por primera vez algo así como una esperanza, o por lo menos había concebido un pensamiento que abría un futuro para él y para el mundo? Eso significaba que podía haber de nuevo un sentido para continuar. Tenía que convencerlo de que ese futuro sólo existiría si se salvaba él y salvaba a su familia, y eso en aquel preciso instante. En los almacenes capitolinos, dije yo, convencido de que eso fundamentaría sutilmente mi argumento, la colección está en estos momentos más segura que si estuviera expuesta.

Pollak calló unos instantes y eso alimentó mi esperanza. Estaba indeciso: no sabía si decir algo más o si en lo que pudiera decir existiría de nuevo el peligro de echarlo todo a perder. Fue él, entonces, quien siguió hablando.

Mussolini mandó demolerlo. Fue un acto de barbarie. Para mí se trataba del segundo espacio más bello, tanto en Roma como en mi vida. Mi museo y mi sala, ambos demolidos. ¿Cómo sabe usted en realidad que van a venir?

Su pregunta me pilló por sorpresa. El peligro era inminente, ¿y él lo ponía en duda?

Lo sé por distintas fuentes, todas absolutamente fiables, dije yo con la expresión más objetiva que pude. Los alemanes han filtrado, cosa que los caballeros que estaban aquí antes seguramente hayan confirmado, que mañana, es decir hoy, van a arrestar a los judíos de Roma. Arrestar…

¿A todos?, se limitó a preguntar.

Se lo imploro. Sí, posiblemente a todos. Hemos de ponernos en lo peor, sí.

¿En sabbat?

Entonces se lo conté todo, dice K. Le hablé de la lista que internamente lleva el nombre de Theodor Dannecker, capitán de las SS. Le dije que Adolf Eichmann en persona había enviado a Dannecker a Roma para resolver también aquí lo que ellos llaman la cuestión judía, y ciertamente de una manera definitiva y final, tal como dicen ellos. Que ese Dannecker es famoso por haber hecho eso ya varias veces, siempre para satisfacción de Eichmann. Que llevaban más de dos semanas trabajando en esa lista. Y que su apellido, Pollak, figuraba en ella con la dirección Palazzo Odescalchi, piazza dei Santi Apostoli.

Conque todos, dijo Pollak.

Se lo ruego, vámonos ya, volví a decirle. Pollak había tenido tiempo de sobra para recordar y narrar sus recuerdos. Eso había sido una prueba dura para él, pero me daba la impresión de que también lo había fortalecido. Entiendo que es necesaria muchísima fuerza para dar un paso así, para abandonar tu hogar sin saber durante cuánto tiempo ni lo que vendrá después, sin saber tampoco lo que ocurrirá entretanto con tu vivienda y con todo lo que dejas atrás, justo esos

espacios a los que tienes un apego especial por los objetos que contienen. Lo entiendo. Por supuesto que lo entiendo. Quién no lo entendería. Pero qué importancia tiene frente a la alternativa…

Conque mañana, volvió a decir él.

Sea lo que sea lo que signifique mañana para ellos, le contesté.

Nada menos que mañana, repuso él sin que yo pudiera inferir qué distinguía ese mañana, es decir, hoy, de otros días, excepto que se trataba de un sabbat.

¿Cómo sabe usted, preguntó Pollak, que eso es verdad?

No había contado yo con semejante escepticismo. ¿No era prueba suficiente mi llegada en automóvil o que hubieran ido a verlo a su casa el profesor Volbach y el otro caballero, que evidentemente sabían de la existencia de la lista? ¿No hablaba por sí solo el hecho de que llevara yo tanto rato en su casa y de que no me diera por vencido? ¿Acaso lo que acababa de comunicarle no era justo lo que cabía esperar desde hacía días, semanas o incluso mucho tiempo atrás?

Sí, dije, estamos seguros de que nuestras informaciones son veraces. De lo contrario no estaría yo aquí.

Sí, ¿por qué está usted aquí, me preguntó, nada menos que en mi casa y no en la de otro? ¿O irá usted a casa de los demás, de todos los demás, antes de que se los lleven? Tal vez otros le necesiten más que yo. Puede que a mí no vengan a buscarme. Soy viejo. ¿De qué les sirve un hombre tan viejo?

Estaba sentado muy erguido en su asiento, con la espalda tiesa, algo separada del respaldo. Se miró las manos, apoyadas sobre el tablero de la mesa, rodeadas por los objetos que se habían amontonado allí.

Además, tal vez, no, con toda seguridad, dijo, reconstruirán algún día el museo, mi museo, el único lugar en el que todo el mundo puede ver y comprender al instante lo que significan las obras maestras del pasado, el regalo más importante que ha recibido nunca esta ciudad en su larga historia llena de regalos, especialmente llena de construcciones regaladas sin ser solicitadas. Sí, dijo, tarde o temprano querrán reconstruirlo. Y entonces me necesitarán a mí, ¿no es cierto?

Era evidente que sus pensamientos habían vuelto a tomar otros derroteros.

Son mis hijos, dijo. Hace ya mucho tiempo que dejaron de ser niños. Son débiles. No pueden trabajar. Y ni siquiera se les permite trabajar; aunque pudieran no les dejarían.

Tenía un aire de tristeza infinita, cérea, gris. Su semblante traslucía una súplica. No sé cómo describirlo. Ahí estaba sentado ese anciano que de golpe había envejecido muchos años y que miraba implorante… No supe reconocer el objeto de su súplica.

No les van bien las cosas, prosiguió. ¿Le irían bien a usted si no se le permitiera trabajar? Y también todo lo demás les está prohibido a los judíos. Así las cosas, no puedo despertarlos cuando por fin han conseguido conciliar el sueño.

Volvió a recostarse en su asiento y cerró los ojos.

En el Vaticano es diferente, intervine yo en voz baja. Eso lo sabe usted bien. Allí esas normas no se aplican ni se aplicarán en el futuro. Allí estarán ustedes a salvo. Y los esperan.

Duermo poco, dijo Pollak, apenas un poco. Dormir debe de ser hermoso. ¿Cómo voy a despertarlos cuando el mundo en el que se despiertan es el que es?

No supe qué replicar. Permanecimos los dos en silencio hasta que finalmente, en lugar de levantarse e ir a buscar a su familia, retomó su historia.

Pollak deseaba hablar a toda costa de algunas personas, algo en lo que reparé porque de pronto se ponía a hablar de alguien. Para sorpresa mía, entre esas personas se hallaba el duque Juan Alberto de Mecklemburgo. Ese nombre no le dirá nada a usted. Gobernó durante un breve período el ducado de Mecklemburgo-Schwerin y posteriormente fue elegido regente del ducado de Brunswick. Rigió en territorios muy pequeños, razón por la cual proclamaba a los cuatro vientos la necesidad de ampliar al máximo el imperio colonial alemán. Fue presidente de honor del Partido Alemán de la Patria, el partido que fundó el golpista ultranacionalista Wolfgang Kapp. Nunca me habría imaginado que el duque Juan Alberto, dice K., estaría entre las personas a las que Pollak deseaba recordar, ni por él ni por mí. Y eso que el nombre ya lo había mencionado cuando dijo que al final de cada año agrupaba en fajos las cartas de aquellos que le resultaban especialmente queridos. En aquel momento nombró también al duque Juan Alberto. Habló con mucho respeto de él, incluso con un cariño que parece haber subsistido en su memoria durante décadas, con

independencia de las ideas del duque.

El duque era uno de aquellos que iban a Roma y que lo necesitaban. Pollak lo llamó su gran mecenas y podía decir sin duda que era también amigo suyo. Hasta le propuso al duque, cuando éste era regente en Brunswick, que mandara representar en el teatro de la corte la obra Goethe en Roma, que él mismo había traducido. Pero estalló la guerra.

Tras la abdicación de su sobrino, el duque regresó a vivir a Wiligrad, en un palacio a las afueras de Schwerin. Su construcción no quedó acabada hasta 1895. Juan Alberto quería esculturas romanas para el palacio y para el jardín, auténticas esculturas de la antigua Roma. También el duque, dijo Pollak, deseaba construirse su propia Roma. La antigua Roma estaba rodeada de villas, las casas de campo de quienes tenían voz en la capital. Una casa de campo al estilo de las villas, esto es, una mansión que, con su jardín cuajado de esculturas romanas, debía ser una señal visible desde lejos de que se estaba reconstruyendo una nueva Roma. El duque buscaba ayuda para tal fin. Por ese motivo acudió a mí, dijo Pollak.

Volvió a levantarse y pasó al lado de la mesa para dirigirse a la cómoda en cuyo tablero superior se hallaba su retrato de joven en terracota. Abrió uno de los cajones, extrajo un pequeño estuche de color lila que, tras abrirle la tapa, depositó encima de la mesa, enfrente de mí. Sobre un terciopelo de color púrpura destacaba una cruz roja y dorada de la Orden del Grifón colocada encima de una cinta amarilla brillante. En la seda de la cara interna de la tapa figuraba impresa una corona cerrada de color dorado, además de un nombre que no recuerdo, debajo ponía JOYERO DE LA CORTE DEL GRAN DUQUE y también SCHWERIN.

Me la entregó el duque en persona, dijo Pollak con un perceptible dejo de orgullo. Hablé largo y tendido con él sobre la situación de los judíos en Prusia. Alzó con ambas manos el pequeño estuche de color lila que contenía la medalla. Y el duque hablaba como un liberal. Éstas fueron las palabras exactas de Pollak: «como un liberal». Luego me habló de un viaje en coche de dos semanas en la primavera de 1906, a solas con el matrimonio ducal. Ese recuerdo parecía enorgullecerlo aún más que la medalla que sostenía en las manos. En las cuestas más empinadas, una yunta de bueyes tenía que tirar del automóvil, dijo Pollak, y a continuación: no creo que vengan a por mí.

Dejó el pequeño estuche con la medalla encima de la mesa, volvió a sentarse y estiró la espalda por completo.

Desde la caída de Mussolini corren todo tipo de rumores sobre las cosas que les suceden a los judíos en Roma, dijo Pollak. Constantemente llegan alertas a las comunidades judías; una de ellas sé a ciencia cierta que llegó a través de un mediador suizo, como dijeron por aquel entonces. No sucedió nada. Y el asunto del oro, ¿no nos protege acaso? Aquello habría sido de lo más absurdo. ¿Sabe usted a qué me refiero? A que Kappler, el jefe de seguridad de las SS, en lugar de arrestar o de llevarse a los judíos, envió un ultimátum a los líderes de la comunidad judía para que entregaran cincuenta kilos de oro en un plazo de treinta y seis horas. En caso contrario, habrían deportado hacia el este a doscientos judíos, doscientos, no dos mil. Gracias a la ayuda de los romanos se consiguió entregar puntualmente el oro. Ellos recibieron su oro. Y acusaron recibo de cada pieza entregada.

¿Y sabe usted también que el papa estaba dispuesto a conceder un crédito en caso de que no se hubiera reunido la cantidad de oro exigida, y que él mismo tenía preparados quince kilos de oro para los judíos? Así pues, el papa es el caballero protector de los judíos romanos, dijo Pollak, de todos los judíos romanos, añadió, no solamente de algunos individuos.

Se recostó. Su mirada se perdió en alguna parte de la sala. Tenía una mano en el regazo; la otra, encima de uno de los catálogos. En ningún otro momento estuve tan cerca de rendirme.

¿Conoce usted a Berenson? ¿Bernard Berenson?, me preguntó Pollak. También es marchante. Su nombre real es Bernhard Valvrojenski. Un Shylock de las imágenes se llamó a sí mismo una vez. Trató de explicar por qué los judíos siempre acaban quedándose aunque se los maltrate. No recuerdo ya la argumentación exacta, pero la historia contaba que un hombre, en una excursión a las laderas del Etna, se maravilló ante la fertilidad de aquella tierra prometida, pero los campesinos le informaron de que los cultivos quedaban calcinados una y otra vez por la acción de las coladas de lava. Cuando el hombre les preguntó por qué seguían cultivándolos, le respondieron que, cuando todo se calma de nuevo, los campos daban tantos frutos que cualquier desastre quedaba compensado.

En tiempos solía creer que Roma sólo era muy importante para mí, que era una terra benedetta sólo para mí, hasta que comprendí que Roma no es simplemente una ciudad en la que los arqueólogos y los marchantes sacan provecho como en ningún otro lugar y en la que el amante del arte vive el paraíso en la Tierra, una ciudad que convierte a emperadores, a reyes y a papas en lo que son, sino que Roma es

mucho más. Roma no es una ciudad sin más, Roma es una idea, un emblema de grandeza. Por esta razón, todos aquellos que se consideran grandes quieren pasar a la historia como fundadores de una nueva Roma, la Roma de su tiempo. Ese Hitler ni siquiera se conforma con eso: quiere ser el más grande de todos los tiempos. De todos los tiempos, ¿entiende usted?, eso significa de todos los tiempos que han sido y de todos los tiempos que están por venir, ¿no es cierto? Y ése es el sentido que tiene. La megalomanía suprema, la verdadera.

También Mussolini quería que lo festejaran por haber refundado Roma. Por eso comenzó a esculpir Roma a su imagen y semejanza. Mi museo cayó víctima de él. Mussolini tiene ahora su Roma, sólo que lo han destituido, encarcelado y restituido. Qué personaje más ridículo. Sic transit gloria mundi. Roma siempre ha sido eso también, ¿no es cierto?, no solamente la terra benedetta. Y ahora ese Hitler se está construyendo su Roma. La Roma más grande de todas, con un pabellón gigantesco, el más grande que haya habido nunca, según dicen en Berlín. Probablemente por ese motivo le es indiferente esta Roma.

Para fundar su Roma, Mussolini echó abajo todo lo que se le interponía en su camino. Todos los que quieren fundar Roma primero tienen que destruirla. Y si es la propia Roma la que estorba, hay que asolarla para su posterior refundación.

En su día hubo que arrasar Troya para que Eneas pudiera fundar Roma, la primera Roma. Los dioses querían una Roma. Estaban obcecados con la idea de ver a Eneas fundar Roma. Por eso hubo que echar abajo Troya. Ese objetivo no se consiguió sino al cabo de diez años de guerra cruel, tras años aparentemente interminables de absurdas carnicerías. Cuando una guerra dura tanto tiempo y cuando tantas familias sufren, uno se pregunta para qué, ¿no es cierto? Desde tiempos inmemoriales el hombre se ha preguntado para qué todo eso. Al final no fue la fuerza militar lo que decidió la guerra y lo que selló la ruina de Troya, tampoco la estrategia ni la táctica. El caballo fue el único que consiguió lo que legiones de jóvenes, a quienes nunca se les permitió ser otra cosa que jóvenes, no lograron con sus armas ni con sus estrategias militares.

Las cosas suelen ser diferentes de lo que suponemos. Y no digamos cuando los dioses están involucrados. ¿Quién entiende a los dioses? Incluso aquella artimaña estuvo a punto de fracasar porque un hombre arrojó su lanza contra aquel caballo de madera en el que estaban ocultos los guerreros griegos. Un hombre que intuyó que nada bueno podía haber en aquel regalo y que quiso mostrar lo que aquel équido

era en verdad, esto es, un arma mortífera, el ardid que concluiría en la ruina definitiva. El hombre que arrojó aquella lanza era Laocoonte, sacerdote de Poseidón, tal vez también de Apolo. Así consta en Virgilio. «Temo a los dánaos», dice Laocoonte según Virgilio. Desde entonces todos tememos los obsequios de los griegos. Aparte de Laocoonte, la vidente Casandra fue la única que advirtió del peligro que traía consigo el caballo. Pero nadie le prestó atención. Laocoonte, al arrojar su lanza, estuvo a punto de salvar Troya y de destruir la idea de Roma antes de que naciera siquiera.

Durante todo el tiempo que estuve con Pollak, dice K., me sorprendió que, exceptuando unas pocas alusiones llamativamente como de pasada, no hubiera hablado de Laocoonte. Ahora mencionaba ese nombre. Me planteé interrumpir a Pollak y abandonar la vivienda sin haber cumplido con mi cometido.

El grito es la expresión natural del dolor físico, dijo Pollak. Los guerreros heridos de Homero suelen caer al suelo profiriendo gritos. ¿Sabía usted que Homero no menciona a Laocoonte? Reflexioné mucho acerca de Laocoonte. Eso es lo que el destino tenía previsto para mí. Al mismo tiempo también medité largamente sobre las ideas de fundar y de destruir. Cuando, tras la victoria de Napoleón sobre Italia, París estaba abocada a convertirse en la nueva Roma, ¿qué mandó traer Napoleón de Roma, preguntó Pollak, para exhibirlo por las calles de París?

En París, por cierto, se perdió el brazo derecho que hicieron, en terracota, para el Laocoonte en 1532. Ya el rey Francisco I de Francia quiso poseer el Laocoonte a toda costa. Tras la batalla de Marignano, en 1515, el rey Francisco exigió ese grupo escultórico al papa. Pero éste no se lo entregó. El rey Francisco tuvo que darse por satisfecho con un bronce que sigue estando en Fontainebleau, en el apartamento privado de Napoleón. También Fontainebleau aspiraba a convertirse en una Roma, la más radiante de todas las residencias, la villa de todas la villas, a las puertas de la metrópolis de todas las metrópolis. Siempre aspiró a ser Roma o como Roma, según la última moda. Mire.

Pollak no tuvo que levantarse para sacar de la estantería un marco discretamente tumbado sobre una hilera de libros. Al sacarlo, se deslizó hasta la mesa un libro que al parecer estaba apoyado en el cuadro. Pollak no le prestó atención. Era un delgado volumen encuadernado en rústica. Escritos breves de Winckelmann sobre la Historia del arte de la Antigüedad. Con la descripción de Goethe sobre Winckelmann, publicado por Insel-Verlag, en Leipzig, 1913, leí en la cubierta. El libro había resbalado desde un sencillo marco de madera de color castaño oscuro, sin cristal por encima de la pintura. Estaba claro que no podía tratarse de un original.

K. coge el marco envuelto en papel marrón que está en el escritorio al lado de la Remington, entre monseñor y él. Desenvuelve el papel de estraza. Sale a la luz la imagen.

A mí me desconcertó, dice K. En un primer momento no estaba seguro de si esa borrosidad podría deberse al proceso de reproducción. Yo diría que el cuadro es romántico. Sin embargo, también es monumental y al mismo tiempo nebuloso, y puede que éstas no sean sensaciones contradictorias en absoluto. No soy experto en estos

temas. Y no conocía este cuadro.

En él puede verse una galería inmensa, descomunalmente grande, mucho más que ninguna de las que se han construido en la realidad, con columnas de mármol y una bóveda de cañón. La luz cae sobre la escena con rayos luminosos desde el lado derecho. Refractada por una hilera de columnas, esa luz ilumina una escultura de tamaño sobrenatural que, no obstante, en aquella gigantesca galería produce la impresión de ser pequeña. Hay unas personas agrupadas en torno a la escultura, espectadores. Son más pequeñas que la escultura en torno a la cual gira todo. Con sus vestimentas proporcionan un toque de color al cuadro, que se desvanece en los tonos castaños claros y marrones, excepto allí donde el sol, al colarse por la ventana, ilumina las superficies confiriéndoles un amarillo vivo que muda en un blanco deslumbrante muy por detrás, en el punto de fuga. La escultura está siendo izada desde las profundidades con la ayuda de un cabrestante. Son perceptibles los esfuerzos por sacar la pieza a la superficie. La escultura es el Laocoonte. En el instante en que, a la altura del suelo, la escultura emerge al resplandor dorado de los rayos de sol, el pintor fija su movimiento en el tiempo y, con él, su historia.

Pollak había girado el cuadro enmarcado de modo que yo pudiera verlo bien, dice K., que ahora hace exactamente lo mismo para monseñor.

El hallazgo de Laocoonte, dice monseñor.

Sí, eso es lo que también dijo Pollak. Pero no mencionó el nombre del pintor.

Hubert Robert, dice monseñor, y pregunta a K. si reconoce el lugar en el que el pintor francés ambientó la recuperación del grupo escultórico de Laocoonte. Se parece un poco a La escuela de Atenas, de Rafael, que hay en el Palacio Apostólico, pero en realidad es la Gran Galería del Louvre.

Por la mirada de K. no es posible colegir si la reconoce.

Es la famosa escena de enero de 1506, explica monseñor, cuando se sacó a Laocoonte y sus hijos de la bodega de unos viñedos cercanos al Coliseo. En realidad, el grupo escultórico estaba roto y faltaban los brazos derechos de los tres. Pero la pintura, igual que cualquier otro

arte, posee su propia verdad. Aquí, en la parte inferior derecha, prosigue monseñor, que al parecer conoce bien el cuadro, este hombre alto de la barba es Miguel Ángel. Dicen que lo envió allí el Santo Padre cuando le comunicaron el descubrimiento. Tiene usted razón, es un cuadro desconcertante, por lo menos cuando no estás familiarizado con el imaginario de la época en la que se pintó, es decir, con la pintura de finales del siglo XVIII y principios del XIX.

Así se imaginaban en el Romanticismo el momento en que se halló el Laocoonte, me dijo Pollak. Aquello fue durante el romanticismo francés, añadió, en los años en los que podía venir un Napoleón, apoderarse del país y cubrir el mundo de guerras. Primero la revolución, luego Napoleón, luego la guerra, dijo Pollak. Laocoonte tiende el brazo alzándolo con un talante heroico. En realidad, el brazo es excesivamente largo si lo observamos con atención. Y hay que mirar con mucha atención, y justo ahí. El escultor quiere que miremos cómo Laocoonte estira el brazo derecho alzado con aire sublime, heroico. No podía ser de otra manera, pensaban en aquella época, cualquier otra postura habría sido inimaginable. Lo monumental siempre ha fascinado a la gente, la ha atraído y al mismo tiempo la ha intimidado, lo monumental y la destrucción. La destrucción forma parte de lo monumental. Y, como sabemos eso, siempre vemos la destrucción a la vez que vemos lo monumental.

Por aquel entonces, en 1506, reconocieron de inmediato lo que habían hallado. Se sabía acerca del grupo de Laocoonte por la literatura. En Plinio ese grupo escultórico aparece descrito como una pieza de una elaboración especialmente primorosa. Opus omnibus et picturae et statuariae artis preferendum, dice. La traducción exacta de esta frase es objeto de disputa entre los entendidos, pero podemos suponer con buen criterio que encierra un elevado elogio. Informaron enseguida al papa. Como ya he mencionado, dicen que envió allí a Miguel Ángel junto con el arquitecto Giuliano Sangallo. Y ambos lo confirmaron: tenían el Laocoonte de nuevo.

En la imagen aparece iluminado como si fuera una deidad a pesar de que no es más que un sacerdote. ¿Sabe usted, me preguntó Pollak, por qué ese Laocoonte, la más famosa de todas las esculturas antiguas que muestra de una manera despiadada y voluptuosa cómo un sacerdote y sus hijos son cruelmente asesinados por dos serpientes –bueno, tal vez sobreviva uno de los hijos, pero no lo creo–, sabe usted por qué ese Laocoonte desempeñó un papel tan importante para Roma, para el arte y para el mundo, para el papa, para Francisco I, para Napoleón, para Mussolini? Porque todos siempre creyeron que se trataba de la fundación de Roma y, por tanto, de ellos mismos. Pero eso no es

cierto. Tal vez no sea cierto en absoluto.

Pollak se calló y comenzó de nuevo. Yo continuaba sentado en mi puesto de centinela, cada vez más perdido; lo escuchaba embelesado, fascinado, pero paulatinamente agotado también por la tensión, la preocupación y el desconcierto persistentes. Me prohibí mirar a la ventana.

Cuando estás frente a él, en el patio del Belvedere…

Pollak interrumpió la frase y adquirió de nuevo ese timbre declamatorio que yo ya conocía.

«La primera impresión que causan las estatuas bellas en una persona sensible es como la visión de ese mar abierto en el que se pierde nuestra mirada.»

Pollak tampoco dijo esta vez de quién era la cita.[3] En la basílica de Santa María en Aracoeli, continuó, está enterrado Felice de Fredis. Él fue quien encontró el Laocoonte. Recibió un hermoso sepulcro de mármol, justo a la izquierda del altar. La traducción de la inscripción de la lápida reza lo siguiente:

A FELICE DE FREDIS, QUE MERECE LA INMORTALIDAD POR SU VIRTUD Y POR HABER ENCONTRADO LA DIVINA ESTATUA DE LAOCOONTE, QUE, EXPUESTA EN EL VATICANO, CASI PARECE RESPIRAR.

Que casi parece respirar. Ante ti se planta, a tamaño natural, una pirámide de músculos. Si miras el mármol un buen rato, verás que comienza a moverse. Son movimientos lentos que causan una impresión grotesca. Te los imaginas en silencio, atenazados por unas serpientes que se retuercen y destruyen la vida, hasta llegar al grito desgarrador del padre, mortalmente herido. Son poses afectadas, típicas del helenismo tardío; el foco está puesto en la acción principal, como si fuera un cuadro o un relieve. Esa pirámide, aun estando en movimiento y gritando, conserva la forma.

La estatua estaba rota e incompleta, afirmó Pollak. Se reunieron sus partes y se añadieron otras. No sólo estaban arrancados de cuajo los brazos derechos, sino también las cabezas de las serpientes. Lo que vemos en la actualidad en el Vaticano no tiene por qué ser el

Laocoonte tal como fue. Es nuestro Laocoonte y no necesariamente el que vio Plinio. Si contemplamos todos los detalles con suma atención, no podemos decir con seguridad dónde estuvieron las cabezas y dónde las colas de las serpientes, o sea, dónde querían morder las serpientes. ¿O ya lo han hecho? «La serpiente no ha mordido, sino que está mordiendo», escribe Goethe.

La próxima vez mire usted a Laocoonte directamente a la cara. Entonces verá su indecible dolor. Y aquí, en el cuadro francés y romántico de El hallazgo de Laocoonte, ve usted los tres brazos derechos estirados, tanto del padre como de los hijos. Ahora bien, no los tienen estirados por orgullo, sino en lucha contra la muerte para protegerse de las serpientes. Es una muerte segura. Y hay una diferencia abismal entre luchar contra la muerte a secas o hacerlo contra una muerte segura. ¿Es eso noble?, preguntó Pollak. ¿Ingenuo? ¿Sereno? ¿Grande? ¿O es simple y llanamente cruel?

Qué castigo. Imagínese. El caballo de Troya se introduce rodando en la ciudad. Una artimaña inteligente, ¿no es cierto? Si hubiera salido mal, la historia habría sido muy diferente. Troya habría continuado existiendo. Roma no se habría fundado. Y Laocoonte y sus hijos habrían vivido. Pero no era eso lo que querían los dioses. La diosa Atenea, sobre todo ella, quería a toda costa que existiera Roma. Quería que la fundara Eneas. Virgilio relata la historia de Laocoonte en la Eneida porque fundar Roma es fundamental para el destino de Eneas. Y entonces aparece ese sacerdote. Tiene un presentimiento. Sabemos que es un presentimiento certero, que ese artilugio que está entrando sobre ruedas significa la ruina de la ciudad. Eso es literatura. Es algo que únicamente la literatura es capaz de hacer, ¿no es cierto? El pintor no lo puede hacer ni tampoco el escultor. Se trata de un cambio en la perspectiva que sólo conocen los poetas. Con Laocoonte estamos en medio de Troya, intramuros. Hace un momento estábamos con el caballo todavía a las puertas de la ciudad; ahora estamos dentro. Y Laocoonte arroja su lanza contra la madera. Eso indigna a Atenea. Era su plan, y Laocoonte estaba a punto de desbaratarlo. Nunca hay que provocar a los dioses ni a las diosas. Su cólera es imprevisible. Atenea envía a las serpientes para asesinar al sacerdote Laocoonte y a sus hijos, o sea, al padre y a su progenie.

Al padre y a su progenie, repitió Pollak. Venganza. Castigo. Expiación, dijo a continuación. ¿Culpa? La ruina mortal de toda una familia, casi, de un padre y sus dos hijos, absolutamente inocentes. ¿Dónde está la madre?

Las serpientes, prosiguió, se acercan, agresivas y céleres, y matan

insidiosamente. Una vez que te abrazan, estás acabado. Las serpientes estranguladoras inmovilizan a sus víctimas; a continuación las asfixian lentamente antes de engullirlas comenzando por la cabeza.

No creo, dijo Pollak, que ésa sea la historia. Así figura en la obra de Virgilio, pero, a mi entender, ésa no era la historia que tenía en mente el trío de escultores, Agesandro, Polidoro y Atenodoro de Rodas, cuando esculpieron en el mármol ese silencioso y espeluznante grito que resuena desde hace quinientos años en el patio del Belvedere. En mi opinión, se trata de una historia distinta. Al fin y al cabo, suele haber una historia diferente a la que uno cuenta porque se la han contado, ese relato que uno repite sin cesar hasta que alguien lo escribe y otros lo copian una y otra vez hasta que sólo permanece esa versión. Ésa es, entonces, la verdad. Seguro que usted únicamente conoce el relato de Virgilio.

Pollak comenzó a declamar de nuevo, entonando con grandilocuencia, con un énfasis ligeramente afectado. Era el pasaje correspondiente de la Eneida. Y era obvio que había recitado con mucha frecuencia ese pasaje. Lo tenía asimilado hasta la médula.

Para sorpresa de K., monseñor comienza a recitar el pasaje del que le habla K. También se lo sabe de memoria, en alemán.

Al instante otro objeto más terrible

se nos presenta que la vista espanta,

y a todos asaltando de improviso

la turbación al corazón derrama.

Viérase de repente que aparecen,

estando el mar en su profunda calma,

que nadando se parten desde Ténedos

(de horror me lleno al referirlo) y que andan

sus círculos rodando sobre el Ponto

dos enormes serpientes, y elevaban
sus cuellos y sus crestas sanguinosas.

A todos nos domina el terror frío,
pero a los monstruos que no espanta nada,
a Laocoonte derechos se encaminan
y en torno a sus dos hijos se enlazan.

Y sus cuerpos furiosas oprimían
y delicados miembros despedazan
con mordidas crueles. Laooconte volando,
de sus hijos al ver tan gran desgracia,
presuroso se lanza a su socorro;
mas entonces raudas también asaltan
del sacerdote el cuerpo, y dobles nudos
le ciñen con cerúleas escamas.
Y lanza al cielo horribles alaridos;
cual del altar salvado un toro brama.

Vivamente las gentes se conmueven
y poseídos de terror exclaman
que Laooconte recibido había
de su profanación la justa paga [4]

Sí, dice K. cuando se da cuenta de que monseñor no ha efectuado una pausa retórica, sino que ha terminado su recitado. Sí, Pollak citó justo esos versos.

He acortado ligeramente ese pasaje, como tal vez habrá notado usted, dice monseñor. Tiene que saber que Laocoonte es una de mis grandes pasiones desde hace mucho tiempo. Siempre que pasaba una larga temporada en el Vaticano, entre dos misiones en el extranjero, por ejemplo, me ocupaba de Laocoonte, de su historia y de los últimos estudios sobre el tema. Quería comprender esta obra, al menos ésta. Sin embargo, hay muchas cuestiones que todavía no se han aclarado y que se plantean una y otra vez. Creo que conozco todo lo que se ha escrito sobre Laocoonte, también todo lo que se ha publicado en alemán, esto sobre todo. Pollak y yo siempre intercambiábamos informaciones sobre el Laocoonte, principalmente a través de Winckelmann y luego, de nuevo gracias a Pollak, también a través de Goethe. Ustedes, los alemanes, tienen una visión completamente distinta del Laocoonte a la que tenemos nosotros, los italianos. Goethe, Winckelmann y Ludwig Pollak, dice monseñor, despertaron mi interés por el Laocoonte en alemán, por el Laocoonte alemán. A esto se debe que me sepa de memoria los pasajes correspondientes de la Eneida no sólo en latín y en italiano, sino también en alemán. Desde que los judíos romanos se hallan en peligro, tengo preparadas unas habitaciones para la familia Pollak. Él lo sabe. Siempre me he asegurado de que lo sepa.

Después de acabar el recitado, Pollak repitió estos dos versos, dice K.: «Vivamente las gentes se conmueven | y poseídos de terror exclaman». ¿Cómo es posible que todas las épocas, siguió diciendo Pollak, consigan cometer atrocidades aún mayores que las de las épocas precedentes? Esto es algo que nadie ha podido imaginar a lo largo de la historia. ¿Acaso podíamos imaginárnoslo?, preguntó.

Pero no era él, dijo Pollak entonces. El silencio anterior confirió a esta frase una gravedad casi inquietante, como si su eco murmurara por la descomunal galería del cuadro que teníamos ante nosotros. Ése no es el Laocoonte que nos muestran aquí, no es el del brazo derecho levantado, tal como ellos –el papa, Lessing, Winckelmann, incluso Goethe– se lo imaginaron porque así les habría gustado. No erraron, no; no se trató de un error. Se dejaron confundir por el ojo que ve. Ésta es la formulación correcta. Y es algo más.

De nuevo se puso a declamar. Ese pasaje me resultaba conocido. Antes

de ir a la casa de Pollak lo había leído en un catálogo que me había traído a Roma. Así pues, esta vez sabía que era de Goethe.

Una vez más, monseñor sorprende a K. poniéndose a recitar:

Para captar con nitidez la intención del Laocoonte, deberá usted situarse frente a él a la debida distancia, con los ojos cerrados. Ábralos y ciérrelos de inmediato: verá todo el mármol en movimiento y, antes de volver a mirar el grupo escultórico, temerá que éste haya cambiado. Yo describiría esta escultura como un rayo congelado, una ola petrificada en el instante en que rompe en la orilla. El efecto será el mismo si contempla el grupo escultórico de noche con una antorcha.

De nuevo monseñor cita el pasaje que mejor viene al caso.

Pollak, según me contó, siempre había tratado de aclarar por qué incluso Goethe, el más sabio de todos, así lo llamó, por qué ni siquiera él vio el brazo. Pero tampoco sabía que el brazo existiera, dijo. Nadie lo sabía. Ni yo tampoco, hasta que lo tuve ante mí.

Ninguno de ellos escribió sobre lo que veía, sino sobre lo que pensaba. Y, cuando uno piensa mucho en lo que quiere, eso es precisamente lo que acaba viendo. En cuanto alguien pone por escrito esos pensamientos, todo el mundo ve lo que él piensa. Ésa es la esencia de la literatura, regida por una ley completamente distinta a la de las artes plásticas. Para todos ellos fue una suerte que el brazo derecho estuviera arrancado, arrancado y desaparecido. A muchas esculturas de la Antigüedad les falta el brazo derecho, que, en la mayoría de los casos, es el miembro más expuesto, ya que expresa el sentido de la escultura. El brazo derecho decide. Sobre todo, en el Laocoonte. No sobre la vida y la muerte, pues a Laocoonte le aguarda una muerte segura. Pero la manera de enfrentarse a la serpiente, lo que hace con ella y ella con él, eso lo decide el brazo derecho, o sea, decide si ese hombre abocado a la muerte es al final un héroe o si tal vez nunca lo fue y no es sino un mero ser humano, posiblemente incluso deplorable, una víctima.

El brazo derecho alberga la verdad. Puede que esto suene descabellado, pero es así. Por eso fue tan emocionante verlo allí tirado

entre otros pedazos de mármol. Comprendí en el acto que era el brazo de Laocoonte. Si no hubiera pasado por allí casualmente, lo más probable sería que el brazo hubiera desaparecido de nuevo y que jamás hubiera sido objeto de preocupación ni para el arte ni para la historia. Pero, como lo vi, dijo Pollak, existe; ahí está el brazo de Pollak.

Estaba en el Esquilino, en via Labicana, a escasos centenares de metros del lugar en el que encontraron el grupo escultórico en 1506. El scalpellino dijo que acababan de entregarle el brazo, encontrado en via Labicana, pero que no tenía más datos sobre su procedencia. Un musculoso brazo derecho masculino hecho de mármol, con un bíceps acentuado. El brazo de un atleta, de un atleta a punto de morir, como me quedó claro de inmediato. Sobre el bíceps, una protuberancia. Enseguida comprendí que se trataba de un trozo de la serpiente mortífera que se deslizaba por un brazo liso. Compré la pieza sin titubear para protegerla de una ruina segura. Así fue como regresó al mundo. El verdadero brazo derecho de Laocoonte volvía a estar allí. Y no está alzado al cielo en gesto sublime; está doblado, casi retorcido. El héroe no es ningún héroe. No es mi culpa. No fui yo quien cinceló el brazo. Solamente lo encontré. Y lo reconocí.

Entre mis primeros éxitos como marchante figuran algunas piezas que ahora están en la colección de esculturas de Dresde. Para su transporte desmonté los jarrones más grandes en fragmentos. Se lo cuento para que entienda usted que yo estaba entrenado tal vez mejor que nadie en el manejo de fragmentos. Y, también, porque Winckelmann escribió en Dresde su célebre texto sobre el Laocoonte, no en Roma. Noble sencillez, callada grandeza. Ahora bien, cuando Winckelmann lo escribió, lo que contemplaba era una reproducción a escala reducida.

Ahí está el Laocoonte, esa obra colosal, inmensa, que con su grito de tremendo y sobrehumano dolor no puede sino conmover en lo más hondo a cualquiera que se coloque, a ser posible súbitamente, frente a ella. Y Winckelmann está sentado frente a una pequeña reproducción que tiene en su escritorio en Dresde. Allí se te ocurren otras ideas. De haberse encontrado en el patio del Belvedere, no se le habría pasado por la mente esa noble sencillez, y no digamos nada de la callada grandeza. Puede que ésas sean también ideas grandes, a su manera, pero siguen siendo las ideas que uno tiene ante una reproducción de reducido tamaño. No es la idea del Laocoonte, es la idea de Winckelmann. Él la escribió, todos la leyeron y la encontraron tan bella que dijeron, sí, eso es, tiene que ser así. Y desde entonces así ha sido. Desde entonces todos tenemos esa idea en nuestras cabezas como si fuera la verdad. Cuando uno está frente a una escultura antigua piensa:

¡Noble sencillez! ¡Callada grandeza!

Así como las profundidades del mar permanecen en calma por muy embravecida que se muestre su superficie, de igual manera la expresión de las figuras griegas muestra un alma grande y sosegada a pesar de las pasiones.

No obstante, es otra la frase de Winckelmann que suele venirme al pensamiento, dijo Pollak:

Laocoonte sufre, pero sufre como el Filoctetes de Sófocles: su desgracia nos llega al alma, pero anhelamos la entereza de ese gran hombre para poder soportar la desgracia.

El Laocoonte de Winckelmann no grita: suspira. Ahora bien, en una desgracia real no se suspira. Se grita. Y eso es lo que hace Laocoonte.

Yo estaba impresionado, dice K., y también atónito por aquel inesperado estallido de energía. Me encontraba allí sentado, escuchando atentamente a aquel anciano que, desde su butaca, soltaba una verdad tras otra sobre Laocoonte, como si él mismo fuera una deidad antigua o uno de esos papas del Renacimiento que se hacían retratar acomodados en suntuosos asientos. ¿No hay también un retrato así de Julio II, el papa que mandó exhibir el Laocoonte en el Belvedere?

Monseñor asiente con la cabeza. Y añade que justo fue Julio II para quien Rafael pintó, en el Palacio Apostólico, el fresco La escuela de Atenas, que a él le recuerda el fondo del cuadro de Hubert Robert.

Pollak habló también de Julio, dice K.

El papa Julio II estaba precisamente a punto de fundar una nueva Roma con el espíritu de la antigua cuando encontraron el Laocoonte. En el preciso momento en que manda construir el primer edificio al estilo de esa nueva Roma, un gran palacio, la Villa Belvedere del Vaticano, la primera villa romana del Renacimiento, nada menos que entonces aparece el Laocoonte, sólo que sin su brazo derecho. El papa Julio II comprendió al instante cuán valioso era el tesoro que había caído en sus manos, en realidad no en las suyas, pues más bien –Pollak

pidió disculpas por emplear esta expresión– lo había robado. En el Belvedere colocó al Laocoonte al lado de Apolo y pudo decir entonces, eh, mirad acá, aquí he fundado una Roma nueva de veras. Y yo soy el nuevo Julio, el césar de Roma y del mundo.

Pollak puso la mano derecha sobre El hallazgo de Laocoonte, de Hubert Robert.

Danzaron alrededor de Laocoonte y sus hijos como si fuera el becerro de oro. Primero los renacentistas; luego, Winckelmann, Lessing, Goethe. Entre los primeros y estos últimos, Laocoonte estuvo escondido en un cobertizo de madera. ¿Lo supieron éstos? Era una desnudez excesiva para el Vaticano. Pero, al igual que fue una suerte que faltara el brazo derecho, también lo fue que el Laocoonte permaneciera prácticamente invisible durante tantos años. De ese modo cada cual podía modelarse la figura y el brazo y la imagen de Laocoonte a su antojo. Cuando lo guardaron en el cobertizo, fue al Cristo de la Pasión a quien quisieron ver en Laocoonte. Ahora bien, y le hago esta pregunta a usted: ante un Cristo colgado en la cruz, ¿se le habría ocurrido a Winckelmann la idea de la noble sencillez y de la callada grandeza? Intentos no faltaron. Existe un crucifijo de marfil, que el escultor barroco Georg Patel hizo en tres versiones diferentes, en el que Jesús muestra los rasgos de Laocoonte. Con el Laocoonte puede uno hacer casi de todo. Laocoonte y sus hijos no es una escultura: es, igual que Roma, una idea. Y el brazo derecho, mi brazo, destruyó esa idea.

El papa Julio II murió antes de que estuviera terminado su Belvedere; el arquitecto Bramante, también. Sin embargo, Laocoonte estaba otra vez completo según su manera de ver las cosas. Encargaron a grandes artistas de su tiempo que esculpieran lo que estaba roto, las cabezas de las serpientes, los tres brazos derechos. Cincelaron brazos nuevos. ¿Y qué hace un humano con su brazo derecho? Lo extiende hacia arriba en actitud heroica. No podían concebir que alguien creara una escultura gigantesca, un hombre fuerte y bello, y que a la postre no fuera un héroe.

Una cosa es encontrar y otra distinta reconocer. Enseguida vi que aquél sólo podía ser el brazo de Laocoonte. Ahora lo llaman el brazo de Pollak. De esta manera se me recordará en la posteridad, como un brazo roto. Tal vez debería escribirse alguna vez la historia de la humanidad como la historia de los brazos derechos.

Me permitieron examinar a fondo la escultura en presencia de Bartolomeo Nogara, el director de los museos pontificios, el hombre

que más adelante me ayudaría como nadie. Me encaramé a la estatua, palpé aquel precioso cuerpo con las manos; aquel frío mármol liso fue, para alguien como yo, una sensación inimaginable, trepidante de una manera apenas descriptible. Ni hablar de ex uno lapide. Eso era lo que siempre se había dicho, que el grupo escultórico se había esculpido en una sola pieza de mármol. Pero sólo en apariencia. Ocultaron las junturas por detrás de los enroscamientos de las serpientes. Posiblemente la obra parezca más virtuosa si se la presenta diciendo que está esculpida a partir de un solo bloque. Comprendí que ya en tiempos antiguos debió de rompérsele el brazo derecho y que se lo volvieron a colocar. Y, por detrás del pedestal, vi uno de los brazos que realizaron en el Renacimiento, con dos serpientes enroscadas a él. Una visión grotesca. La parte trasera del pedestal es donde mejor puede estar ese brazo.

Lo guardé un año entero en mi casa, en mi dormitorio. Pasé un año con aquel brazo. No sabía muy bien cómo proceder. Y no quería volver a separarme de él enseguida. Ya presentía que aquel fragmento de mármol, que entonces no conocía nadie más que yo, haría que se tambaleara el mundo. Se lo enseñé a unas poquísimas personas, en primer lugar, a Nogara, como es natural. Y un día llegó el momento, no puedo decirle por qué precisamente aquel día ni qué mosca me picó, tomé el brazo, me lo puse al hombro y lo llevé al Vaticano a pie, atravesando el centro histórico de la ciudad. De camino me fue pesando cada vez más. Y los conservadores del Vaticano, que todavía no sabían nada acerca del brazo, no podían salir de su asombro.

Intento imaginarme, dice K., a Pollak caminando con el brazo de mármol al hombro por el centro de Roma. La gente se volvería a mirarlo al pasar. ¿Tomaría el corso Vittorio Emanuele? ¿O pasaría al lado de la escalinata de la piazza di Spagna y atravesó el ponte Cavour?

No publiqué nada sobre el brazo sino tres años después, en 1906. Era el año de la gran conmemoración, el cuarto centenario del hallazgo del Laocoonte. Apenas unas pocas páginas con el sencillo título de El brazo derecho de Laocoonte. Acto seguido me asediaron los periodistas. Me preguntaron por qué había regalado el brazo al Vaticano. ¿Qué habría debido hacer si no?, les pregunté yo a mi vez. ¿Regatear un precio por una pieza que con tanta claridad está donde tiene que estar? Eso no sería comercio: sería extorsión por dinero. Esa fue mi respuesta. Comerciar es encontrar a la persona idónea para una pieza o buscar la pieza idónea para alguien. Siempre fui un comerciante. No me dejaron ser otra cosa.

En aquel entonces, entre el día del aniversario de Winckelmann, el 9 de diciembre, hasta el de la fundación de Roma, el 21 de abril, cada dos sábados había jornadas de conferencias en el Instituto Arqueológico Alemán. En una de ellas hablé sobre el brazo de Laocoonte. Los miembros numerarios del Instituto estaban sentados en torno a la mesa; detrás estaban los miembros corresponsales y, más allá, los demás oyentes. Reinaba un tono cordial, de completa confianza, alejado de la malevolencia avivada artificialmente que se propagaría más adelante y que desde entonces lo envenena todo. Te tenían por quien eras. Nadie te preguntaba por tu origen ni por tu ascendencia.

Me nombraron miembro numerario del Instituto Arqueológico Alemán y recibí la medalla de caballero comendador de la Orden Pontificia de San Gregorio Magno. El brazo, sin que yo interviniera para nada, causó mucho revuelo, sobre todo en Alemania. Incluso hubo corresponsales que vinieron a nuestra casa y me pidieron fotografías del grupo restaurado. Ni siquiera yo las había visto. Hoy por hoy todavía no le han restituido el brazo.

Llegó el momento de volver a encajar el brazo en su hombro. Fue un momento culminante, pero también decepcionante, pues comprendí que el miembro que había encontrado, si bien era sin ningún género de duda el brazo auténtico de Laocoonte, no pertenecía, sin embargo, al grupo escultórico que se halla en el Vaticano. Constaté junto a la estatua que el brazo era demasiado pequeño, no mucho pero aun así era demasiado pequeño. Además, la superficie del mármol era distinta, el color tampoco era el mismo. Así pues, el fragmento que había encontrado debía de pertenecer a una reproducción de menor tamaño, una novena parte más pequeña para ser exactos. El sentimiento de la decepción nunca es tan amargo como cuando desemboca en euforia, pues de todos modos se trata de una reproducción de aquella misma época, eso es seguro. Y el mensaje que transmite el brazo de la copia no difiere del que transmite el original, que, dicho sea de paso, aún no se ha encontrado. Sin embargo, para las personas como yo, todo original posee un aura que nunca podrá alcanzar siquiera la reproducción de mayor calidad, ni tampoco la más antigua, ni la más hermosa.

La cara de Laocoonte expresa un sufrimiento extremo. Es comprensible que los sacerdotes vaticanos de la Contrarreforma vieran en ella al Cristo de la Pasión. El cuerpo tensado al máximo, el semblante desfigurado, ahí hay alguien que con el mayor de los dolores se rebela contra su destino. Pero uno no se rebela contra su destino.

Y ni siquiera sabemos a qué Laocoonte representa ni qué historia de Laocoonte nos cuenta la escultura, porque hay otra versión. Y no es tan heroica. Es más sencilla, más humana, y es la verdadera. Estoy convencido de que ésta es la que tenían en mente los tres escultores de Rodas cuando tallaron el Laocoonte en piedra, no la de Virgilio.

Según esta otra versión, las serpientes se le echaron al cuello a Laocoonte porque éste había estado divirtiéndose con su mujer en el altar. Como sacerdote no debería haber engendrado a ningún hijo. Sin embargo, hizo caso omiso, algo que los dioses le perdonaron, pero no así la profanación del altar. Ésta significó su muerte y la de sus hijos. Una muerte cruel para un sacerdote, un infame final, absurdo, nada heroico. De ahí el brazo doblado. La serpiente ya lo ha vencido hace un buen rato. La cara demudada por el dolor muestra el sufrimiento de un hombre sacrílego y sentenciado, no la lucha de un héroe valiente. Esa representación pretendía que los espectadores se deleitaran con aquel cruel sufrimiento o tal vez sintieran espanto. Pero Laocoonte no es un héroe; en él nada hay de noble, de grandeza. Quizá sencillez. Y, en el silencio, un grito estremecedor.

A pesar de que el brazo es una mera reproducción, ésa es la historia de Laocoonte. El brazo alzado es monumental, sublime y falso. El brazo que no se estirará nunca más, mi brazo, el brazo de un hombre perdido, ése es el verdadero.

La mirada de Pollak recorrió la sala hasta alcanzar la ventana; yo la seguí con la mía. Si no quería correr el riesgo de sumirme en la oscuridad, tenía que partir enseguida, incluso sin los Pollak. Mientras que a través de la ventana yo veía sobre todo una negrura creciente, él parecía pensar en la ciudad sobre la que ésta se abatía.

Hace mucho tiempo que las serpientes marinas se extendieron por Roma, dijo Pollak. Son imprevisibles. Lo estrangulan a uno hasta que ya no puede respirar; a otro lo muerden y se complacen en saborearlo mientras perece. Estamos mucho más seguros si no salimos, si sencillamente nos quedamos aquí. ¿Qué van a hacer con un anciano como yo? Aun así, la serpiente vence. Eso es lo que nos enseña Laocoonte. El ser humano no gana contra las serpientes que le envían los dioses, no en este mundo.

Pollak se volvió hacia mí, me miró a los ojos. Tienes que dar cuenta de tus actos, dijo. Sobre todo, cuando llega el fin. Tienes que contar. Tienes que escribir. Tienes que procurar que subsista el recuerdo para que otros puedan recordar cuando tú ya no puedas. De lo contrario te olvidarán y, contigo, todo aquello que alguna vez fue importante para ti. Entonces todo habrá sido en vano. Por este motivo siempre escribí en mi diario. Cuando llevas un diario, las cosas se desvanecen de una manera diferente. En él están los acontecimientos tal como fueron, si bien año tras año van perdiendo color. Sin embargo, el diario preserva incluso el momento en el que escribes sobre tales hechos. Ése es el comienzo de la memoria.

La llegada de Mussolini a Roma. Un día para el recuerdo donde los haya. En mi memoria de aquel día siempre aparece primero mi propia imagen, sentado a la mesa y escribiendo. Eso fue en octubre de 1922. Por la mañana. La gente saluda a Mussolini como si fuera un rey, escribí. Todas las tiendas cerradas. Las calles llenas de fascistas cantando. Entonces se produjo la confraternización de los fascistas con los nacionalistas. El nombramiento de Mussolini como presidente del Gobierno. Desfiles y manifestaciones en toda la ciudad. Los nacionalistas, con camisas azules, en la escalinata de la piazza di Spagna; gente por todas partes. Esas imágenes están guardadas en el diario. Por ello las conservo tan vívidas en mi cabeza.

Una vez, y esto figura también en el diario, me presentaron a Mussolini en una recepción de la embajada checoslovaca. Tuvo algunas palabras de reconocimiento para mi catálogo de bronces italianos de la colección Barsanti, que acababa de publicarse. Su cabeza recordaba a la de Napoleón; de estatura era tirando a bajo. De ojos extraños, incluso horribles. Se le veía en la cara lo incómoda que le resultaba aquella compañía.

Noviembre del 23, alzamiento de Hitler en Múnich, la víspera del golpe de Estado. También escribí en mi diario sobre eso, algo en lo que he pensado cada día de estos últimos años. Hitler derroca el Gobierno. ¡Comienzo de la guerra civil con Dios sabe qué final!, escribí entre signos de admiración. Por aquel entonces, algo que me ha llamado la atención al releer el diario, comencé a emplear signos de admiración en grandes cantidades, muchísimos más que anteriormente. Tengo una manía al escribir, ya sea una carta, ya sea en mi diario. En cuanto concluyo un pensamiento, pongo un punto y una raya a continuación. Hasta entonces sólo en muy raras ocasiones ponía signos de admiración. Éstos desplazaron a la combinación de

punto y raya. Y eso que el signo de admiración es también una combinación de un punto y de una raya… sólo que vertical, no horizontal. Y, cuando en la actualidad leo mi diario y veo eso, pienso que el punto junto con la raya horizontal es la transición a algo nuevo. El signo de admiración es siempre un final.

Pollak se levantó, se dirigió a la habitación contigua y también esta vez se apoyó en la jamba. Regresó con tres libros finos, por fuera encuadernados con tela, y por dentro, con un cartón veteado, todos ellos de distintos colores y formatos ligeramente diferentes. Volvió a sentarse, extrajo las gafas de la funda, se acercó el volumen superior, del que sobresalían algunas hojas intercaladas. Abrió el delgado libro por una página al azar, según me pareció ver. Cogió el volumen siguiente. En la cara interna de la cubierta pude reconocer un exlibris, EX LIBRIS LUDOVICI POLLAK, enmarcado por un ribete floral; en los laterales, unos angelotes: uno sosteniendo un libro abierto; el otro, una escultura antigua. Pollak pasó algunas páginas. Vi una caligrafía dinámica con enérgicos trazos altos y bajos. En aquellas hojas de papel no pautado, las líneas se torcían siempre hacia arriba al llegar al final.

Agosto del 29. Pollak señaló con el dedo la página abierta. Mi esposa y yo estábamos en Zúrich, en el congreso sionista. Se puso las gafas. En los rostros, gran seriedad, leyó en voz alta, también fanatismo. Al mismo tiempo tiene lugar en Zúrich el primer congreso de la Agencia Judía para la Tierra de Israel. La primera vez en dos mil años que se reúnen los judíos de todo el mundo, una fecha realmente histórica, leyó. Alzó la vista. Nos habíamos quedado sin entradas para la sesión en la gran sala de congresos de la Tonhalle, pero al día siguiente, continuó leyendo, entramos. Una impresión conmovedora. Judíos de todo el mundo, Chaim Weizmann y Louis Marshall de presidentes. Clausura de las jornadas en la gran sala de congresos de la Tonhalle. Los representantes de los países firmaron el acta constitucional entre sonoros vítores y aplausos.

Ese mismo mes, leyó Pollak, la Agencia sufrió un duro revés a causa de las terribles masacres de judíos en Palestina perpetradas por los árabes. Casi quinientos judíos fueron asesinados brutalmente. Un comienzo raro para la fundación de la Agencia Judía para la Tierra de Israel. Fue como un comentario a la masacre de cristianos en Damasco en los años sesenta a manos de los drusos. Y a la gran debilidad del Gobierno británico. Ya en aquella época, añadió Pollak.

Entonces aumentó la violencia. Llegaron los asesinatos instigados por los hitlerianos. El canciller Dollfuss, asesinado en Viena por los nazis. Indignación internacional contra la Alemania de Hitler, que pagó a los

asesinos. Pero ¿de qué sirvió?

Hojeó uno de los volúmenes de su diario. Muerte de Hindenburg. Uno tiene la sensación, leyó en voz alta, de que con él se hubiera ido el último vestigio de la antigua Alemania. Hitler se proclama presidente. Todo es posible hoy en día.

Como sabe, Hitler ha puesto por escrito lo que piensa. Y yo lo he leído. Leí de cabo a rabo Mi lucha. El odio de Hitler contra el judaísmo es patológico. Los judíos tienen la culpa de todo. Y, de repente, no, no fue de repente sino poco a poco, me fui volviendo cada vez más judío y, además, en un grado que no había alcanzado nunca. Al comienzo estaba la sombra del gueto de Praga. Mis padres se esforzaron mucho y después yo mismo seguí con gran tesón su ejemplo. Se me permitió tener una formación alemana, y vine a Roma. Y al final está otra vez el gueto.

Como antídoto leí a Werfel, a Kisch, a Roth, a Wassermann, a Feuchtwanger, a Meyrink, tan sólo a judíos. Job es un libro muy emocionante y está escrito con suma sencillez. Después, Juden in Ketten [Judíos encadenados], de Joseph Delmont, una historia rusa de la época de los zares. Y Le Juif errant est arrivé [Ha llegado el judío errante], de Albert Londres, un libro conmovedor. De pronto, todos esos libros hablaban de mí. Kafka; Los hermanos Oppermann, de Feuchtwanger: Jews without Money [Judíos sin dinero], de Michael Gold. También leí escritos históricos, la historia de los judíos en Austria, en Rusia y en Roma. Entonces empecé yo mismo a escribir mis memorias: la infancia, Praga, el gueto, Roma, el amplio y ancho mundo. Ludwig Curtius me decía siempre que tenía que ponerme a escribir mi vida, con numerosas notas para arqueólogos, marchantes y coleccionistas, pues de lo contrario se echaría todo a perder. El título estaba ya decidido: Memorias de un coleccionista romano y amante del arte.

Comencé a escribir en el verano de 1933, con Hitler ya en el poder. Si uno se pone a escribir su vida en el 33, no lo hace sobre las colecciones romanas, no, sino sobre las pequeñas y oscuras habitaciones del gueto de Praga. Escribía página tras página, volví a leer a Werfel y a Meyrink para recordar cómo eran las cosas en la vieja Austria. Parecía que había pasado una eternidad desde entonces. Olvidamos con demasiada rapidez, ¿no es cierto? Y cuando recordamos, la mayoría de las veces lo hacemos junto a otras personas. O leyendo nuestro diario.

Entonces me puse a tachar casi todo, sin contemplaciones, y me senté

de nuevo, era el 9 de noviembre de 1933, todavía me acuerdo de la fecha. El título era otro. Cum ira et cum studio. Un ajuste general de cuentas con mis adversarios.

En estos últimos años, con sus muchos días aciagos, entablé amistad con el gran rabino de Roma. Se llama David Prato. Con él hablaba siempre sobre la historia de los judíos. En aquellas conversaciones me quedaron muchas cosas claras. Y me convertí en otra persona, para los demás y también para mí mismo. Cuando me encontraba con antiguos conocidos, algo que cada vez era más raro, las cosas ya no eran ahora como antes. Por ejemplo, antes solía verme con el excelentísimo Diego von Bergen, el embajador alemán en la Santa Sede, y hablábamos mucho, respetuosamente. De la noche a la mañana, von Bergen empezó a mostrarse desconcertado cuando nos topábamos en cualquier lugar. No era el único, por supuesto, pero siempre es el primero que se me pasa por la cabeza cuando pienso en mi paulatina desaparición de Roma, en el modo en que mi presencia dejó de percibirse en las casas, en las calles y en las plazas. En los libros acabaron también por no citarme. Todo por miedo a los hitlerianos. Me borraron. Es un proceso muy simple.

Los italianos están libres de fanatismo. También por eso siempre he pensado que Roma es la terra benedetta. No podía imaginarme que aquí las personas se volverían antisemitas, fanáticos tan llenos de odio como los alemanes. Mussolini es diferente, o al menos lo era. ¿Se acuerda usted de lo que dijo Mussolini cuando los hitlerianos asesinaron a Dollfuss?

En 1932 me encontré con el famoso biógrafo Emil Ludwig durante una recepción. Después leí sus conversaciones con Mussolini. Ese libro está escrito con un estilo realmente brillante. Hace honor a ambos. Me proporcionó un concepto muy distinto de Mussolini. Criticaba enérgicamente las acciones contra los judíos en Alemania. Y luego cambió. Comenzó con artículos contra los sionistas. Después, se fue acercando cada vez más a Alemania. Y ahora los alemanes tienen su Roma.

Y finalmente, el manifesto. El manifesto del razzismo italiano. 1938. Párrafo uno: «Las razas humanas existen». Párrafo dos: «Hay grandes razas y pequeñas razas». Párrafo seis: «Ahora hay una raza italiana pura. Ha llegado el momento de que los italianos se declaren abiertamente racistas». Párrafo nueve: «Los judíos no pertenecen a la raza italiana».

Por aquel entonces ya sólo me quedaba un cargo: era el mero director

honorario del Museo Barracco. No me quitaron ese cargo, pero sí me quitaron el museo.

Pollak echó mano de uno de los volúmenes del diario y pasó algunas páginas que estaban escritas sin apenas espacios en blanco. Aquí, dijo girando la libreta de modo que yo pudiera ver bien lo que había escrito.

Mire usted, signos de admiración por todas partes. Abril del 33, un acto de Hitler en la Biblioteca Hertziana. En la Hertziana, imagínese usted, nada menos que allí. En aquellas semanas y meses empleé muchísimos signos de admiración, dos, tres seguidos, a veces incluso cuatro, igual que las estrellitas de los monumentos en la guía Baedecker. Cuanto más cruel, cuanto más inimaginable, tantos más signos de admiración. Mire usted aquí. Göring estuvo presente. Göring en el cumpleaños de Hitler. Signo de admiración. En la Biblioteca Hertziana. Signo de admiración. En la biblioteca fundada por la judía Henriette Hertz. Cuatro signos de admiración. En la entrada colgaba la bandera con la cruz gamada junto a la bandera imperial y la italiana. Dos signos de admiración. En la casa que la señorita Hertz y la señora Mond regalaron a la Sociedad Kaiser Wilhelm. Otro signo de admiración más. Ironía de la historia universal. Otro signo de admiración más. Qué amargura. Otro más.

En 1940 quitaron el nombre de «Hertziana». Desde entonces se llama Instituto Alemán de Cultura de la Sociedad Kaiser Wilhelm en el Palazzo Zuccari.

Un profundo desprecio se manifestó en la voz de Pollak, que poco a poco se hacía más débil.

El busto de la generosa fundadora desapareció de su nicho. En muchos aspectos, la señorita Hertz siempre me ha recordado a su tocaya berlinesa, Henriette Herz, amiga de Ludwig Börne y de Rahel Varnhagen von Ense. También la señorita Hertz de aquí sucumbió a la benéfica enfermedad romana del coleccionismo. Así la he denominado yo siempre. En poco tiempo transformó el Palazzo Zuccari en un museo. Entre sus antigüedades, hay algunos retratos romanos muy buenos de la primera época imperial, un retrato en bronce de Calígula, por ejemplo, pero sobre todo una cabeza de gran importancia para la historia del arte, que en la bibliografía sobre arqueología es conocida como cabeza hertziana. La cabeza de Hertz y el brazo de Pollak: así es como los judíos nos hemos atrincherado en la arqueología romana.

K. se detiene. Mientras estoy contando todo esto, dice, hay un pensamiento del que no puedo librarme…

Monseñor levanta la vista con interés, arruga el ceño y alienta con la mirada a K. a que pronuncie ese pensamiento sin falta.

¿No es cierto, pregunta K., que la aparición de este otro brazo, el brazo de Pollak, no sólo tiene unas consecuencias inmensas para la comprensión de la estatua del Laocoonte, sino en general para la imagen que tenemos del mundo antiguo y para nuestros ideales, y que esas consecuencias son mucho más drásticas o, mejor dicho, tendrían que ser mucho más drásticas de lo que son las correcciones que desde entonces se han efectuado en esa imagen? ¿Y no podría ser diferente esto si el brazo no lo hubiera encontrado un marchante, sino un catedrático de universidad que no fuera judío?…

La mirada de monseñor se ensombrece; el ceño fruncido permanece. No entra al trapo del comentario de K. Éste, en vez de desarrollar ese pensamiento, retoma su relato, el relato de Pollak sobre Henriette Hertz.

En los últimos años de su vida, sólo tenía sesenta y seis años cuando murió, en 1913, la señorita Hertz encargó al profesor Ernst Steinmann, de quien era amiga, que creara una biblioteca sobre historia del arte en las salas de la planta baja del palacio. La Hertziana venía a llenar un vacío dentro de la red bibliotecaria de Roma. En su testamento, Henriette Hertz donó a la ciudad de Roma las pinturas, y a la Sociedad Kaiser Wilhelm de Berlín, el palacio con la biblioteca.

Un buen día sustituyeron a Steinmann como director de la Hertziana por un tal doctor Hoppenstedt. Al poco Steinmann murió. La política en Alemania le asestó el golpe mortal, dijo Pollak en voz baja y con un dejo de ternura, pero con determinación. Las cenizas de Steinmann fueron enterradas entre su esposa Olga y su amiga Henriette Hertz en el cementerio, junto a la pirámide Cestia, en una pequeña urna marmórea de la antigua Roma, cuyo valor histórico-artístico había yo certificado a petición expresa de Steinmann y para gran alegría suya.

Se le quebró ligeramente la voz.

Yo fui el primer visitante y también el lector más fiel de la Biblioteca Hertziana, prosiguió. Y entonces…

En lugar de completar la frase, Pollak retiró de uno de los volúmenes de su diario unas hojas dobladas que sobresalían de su interior. Eran tres textos mecanografiados o tal vez copias con papel carbón, algo

que de entrada no pude distinguir bien.

Mire, dijo Pollak, voy a leerle algo. La voz amagó ahora con quebrársele del todo. Tres cartas, dijo en bajito. Tal vez hubiera lágrimas. Dos dirigidas a mí y una mía; he conservado la copia con papel carbón junto con las cartas.

Volvió a ponerse las gafas y comenzó a leer. La primera carta, la fina hoja le tembló en las manos, lleva la fecha del 5 de abril de 1935.

Pollak leyó con una voz apenas audible:

Estimado doctor Pollak:

Se nos ha vuelto a comunicar, esta vez por una vía muy directa, que continúa usted empeñado en difundir rumores desfavorables sobre la Biblioteca Hertziana. Y, en concreto, se dice que usted ha contado que Steinmann murió con el corazón roto porque se le impuso un sucesor que él no deseaba.

Si bien al principio me pareció que le resultaría más fácil leer en voz alta que recordar con sus propias palabras, enseguida quedó claro que estaba en exceso emocionado, o triste, o también cansado, y que no podría leer ese texto cuyo final conocía a la perfección:

Dado el gran interés que usted tiene por los asuntos relativos a la contratación de personal en Roma, sin duda querrá saber cómo se procedió en realidad en este asunto, es decir, que yo me decidí a viajar a Roma porque mi amigo Steinmann me rogó en repetidas ocasiones y con absoluta premura que me convirtiera en su sucesor, de modo que en el comportamiento que usted muestra únicamente puedo ver una intención deliberada de perjudicarnos a mí y al Instituto que se me ha confiado. Al parecer, usted considera compatible con esa conducta no sólo continuar valiéndose de la hospitalidad de nuestro Instituto, sino incluso dirigirme unas frases cordiales cuando me ve.

Entonces se le quebró la voz por completo. Por favor, dijo entre débiles susurros, lea usted mismo. Me tendió las hojas de la carta que había comenzado a leer. Leí:

Me resulta incomprensible, y además no me interesa, lo que haya

motivado esa hostilidad hacia mí, pero tal vez entienda usted que después de tales sucesos le ruegue que deje de visitar esta nuestra casa. Como es natural, me encargaré también de que su comportamiento sea lo más conocido posible en los círculos alemanes e italianos de aquí.

L. BRUHNS

Estimado profesor:

En el ayuntamiento de Lubeca figura la siguiente inscripción: ES DE JUSTICIA ESCUCHAR A LAS DOS PARTES, NO SÓLO A QUIEN ACUSA. Como usted ha faltado a esta regla, le comunico lo siguiente:

Es cierto que yo dije que Steinmann había muerto con el corazón roto. Ahora bien, ésta es la opinión de muchas personas tanto de aquí como de fuera.

Es de todo punto falso e inexacto que yo haya dicho que se le impusiera a usted como su sucesor. En las conversaciones sobre la muerte de Steinmann nunca mencioné su nombre de la manera que usted afirma o que le han informado a usted, sino que siempre he dicho que su nombramiento (de cuyos preliminares acabo de enterarme por usted, al igual que tampoco supe de la enfermedad de Steinmann hasta noviembre, etcétera.) significaba un rayo de esperanza en la reorganización de la Hertziana, ya que usted era de carácter distinguido y noble, por lo que todos los amigos de la Biblioteca Hertziana debíamos felicitarnos por que usted fuera el sucesor de Steinmann.

Quien le haya contado lo contrario no ha hecho más que mentir y tergiversar este asunto. Se escapa a mi entendimiento si ese miserable lo ha hecho por malicia, por ignorancia, por un malentendido o por intereses de índole muy diferente. Si supiera de quién se trata, podría extraer mis propias conclusiones.

Nunca he tenido, ni tengo en la actualidad, el menor motivo de hostilidad por usted. Apenas he tenido ocasión de intercambiar unas

pocas y fugaces frases con usted en las dos o tres ocasiones en las que nos hemos encontrado y, precisamente anteayer, unas horas antes de recibir su misiva, me disponía a remitirle un librito mío. ¿Se hace algo así con las personas a las que uno considera enemigas?

He tomado buena nota de que me haya proscrito la entrada en la Hertziana y el Palazzo Zuccari, que hace treinta y cinco años que frecuento y en el que, he de decir, fui de utilidad a muchas personas. Su prohibición no me ha tomado en absoluto por sorpresa, sino todo lo contrario, pues considero un privilegio que, en lugar de hacerme la vida imposible de golpe, lo haga poquito a poco, lo cual seguramente se debe a mis sesenta y siete años. Así pues, de hecho me hace usted un favor, pues no era sino por pura costumbre por lo que iba allí de vez en cuando a pesar de que desde hace dos años ha cambiado por completo la atmósfera reinante.

Si quiere airear mi conducta entre los círculos alemanes e italianos, tal como me amenaza en su misiva, no puedo más que decirle que me hace un buen favor con ello. No soy alemán, sino checoslovaco y me es del todo indiferente lo que algunos ambientes alemanes piensen de mí. En los círculos influyentes italianos, yo y mis hijos, de veinticinco y de treinta y cinco años, naturalizados en Roma y que se sienten italianos con pasión y entusiasmo, procuraremos que se sepa cómo se trata a un hombre de edad provecta, un estudioso de reconocido prestigio, el visitante más antiguo y bien recibido de la Hertziana, sólo por unas meras habladurías sin fundamento, sin comprobar primero su veracidad. Y lo haremos principalmente para cumplir el deseo de algunos jóvenes funcionarios que asimismo han recibido un trato amable por mi parte.

DR. LUDWIG POLLAK

Estimado doctor Pollak:

En respuesta a su carta del 8 del corriente, que recién obra en mi poder, sólo querría decirle lo siguiente: no puede hablar usted de intención alguna de hacerle la vida imposible en la Biblioteca Hertziana, intención que, como usted dice, existe desde hace ya mucho tiempo entre sus trabajadores. Ahora, igual que siempre, continuamos permitiendo con agrado el acceso a nuestra biblioteca a todo amante e investigador del arte, independientemente de su

nacionalidad o de su raza, pero asimismo estamos decididos a defendernos de las difamaciones que recibimos una y otra vez a través de innumerables canales.

Tomo buena nota de que no se refiere a mí cuando habla del sucesor que, según usted, le rompió el corazón a Steinmann, pero me gustaría señalar que mi colega, el director del otro departamento, no es el culpable de que eso ocurriera. Aduzco al respecto que Steinmann, en su último testamento, redactado apenas una semana antes de su ictus, también dejó un legado para el doctor Hoppenstedt, de lo que, de la manera más espontánea, se desprende que era amigo suyo.

Por la presente querría dar por concluidas de una vez por todas estas discusiones tan poco edificantes, pero quiero subrayar una vez más que procederé con todos los medios a mi alcance contra esos interminables rumores maliciosos que dañan gravemente a la Biblioteca Hertziana.

BRUHNS

¿Irán a por otros después de mí, o en lugar de mí, si no voy con usted?, preguntó Pollak en voz baja en cuanto levanté la cabeza tras la lectura de la última de las tres cartas.

No tenía autoridad para responder a esa pregunta. Tampoco tenía respuesta.

¿No debemos aceptar el destino que se nos ha dado?, preguntó.

Seguí callado, ya que no sabía qué decir.

¿Aun tratándose del destino de un pueblo, de tu pueblo?

Entonces me quedó claro que lo había perdido.

¿No debe uno salvar su vida, la suya y la de los suyos, si se presenta la ocasión?, aventuré yo a mi vez con prudencia y también en voz baja.

Ése fue mi último acto de rebelión. Fue como si alguien me retirara el suelo bajo los pies.

¿Cuál es el camino que nos deparará el Señor?, dijo Pollak, y añadió a continuación: pero no van a venir. No mañana.

La cara de K. da una impresión de abatimiento. En el escritorio, al lado de la Remington y de la pila de folios en blanco para la máquina de escribir, están El hallazgo de Laocoonte de Hubert Robert, así como las tres cartas que K. había leído la víspera en el Palazzo Odescalchi y que monseñor acaba de leer en estos momentos. Pollak quiso a toda costa que K. se las llevara. Monseñor pide permiso para quedárselas y poder enseñárselas al director Nogara y al cardenal.

Yo ya me había puesto de pie, recuerda K., Pollak también, cuando cogió el marco y me lo puso en las manos, seguido de las cartas. Se lo ruego, por favor, llévese esto, me dijo. No pregunté ni por qué, ni para quién; agarré los papeles y el marco, me despedí, ni siquiera sé con qué palabras, y salí de la vivienda. Enseguida encontré el automóvil y al conductor. Íbamos a toda velocidad. Todavía no era noche cerrada como parecía desde el interior de la vivienda. Rezo para poder olvidar en algún momento los sentimientos que se apoderaron de mí durante el trayecto a través de Roma, envuelta en un silencio fantasmal, despojada ya de su color. El coche no era, por cierto, un Mercedes.

Nada más llegar al Vaticano, me apresuré para llegar a mi habitación y me tendí en la cama sin desnudarme. Me era imposible conciliar el sueño. Volví a levantarme y me puse a buscar en los libros que tengo a mi disposición aquí, en el Vaticano, algunos de los pasajes que había citado Pollak durante la conversación. Luego volví a echarme. La conversación, con todos sus detalles, me rondaba la cabeza sin cesar. No podía dejar de darle vueltas continuamente, una y otra vez, con todas sus ramificaciones, con todos sus saltos, un bucle que, alimentándose a sí mismo, desterraba los demás pensamientos y, cada vez que alcanzaba el final, volvía al principio con una renovada esperanza.

No sé decir cómo pasé ese día. Debí de quedarme dormido en algún momento. En un estado entre el sueño y el trance, fui tan ajeno al paso de la noche a la mañana como al transcurso de hoy, día fatal, hasta que a primera hora de la tarde ha mandado usted que fueran a buscarme. No hacía más que despertarme sobresaltado en mitad de esas cabezadas de oscuros sueños. Entonces volvía por los fueros el recuerdo. Una vez me desperté del sueño gritando fuerte, convencido de que estaba paralizado. Tenía las extremidades dormidas. Cuando usted mandó que fueran a buscarme, me mudé de ropa, cogí las cartas y el cuadro, y me vine para acá.

Monseñor, para sorpresa de K., demuestra estar bien informado sobre

lo que ha ocurrido en Roma durante el día y sigue ocurriendo. Dannecker ha programado adrede la operación en sabbat, explica monseñor. Él mismo estaba al mando. Las unidades policiales de las SS cercaron en primer lugar el gueto después de concentrarse y desfilar en silencio. La redada propiamente dicha comenzó a eso de las cinco y media de la mañana. Acordonaron el gueto y a continuación peinaron calle tras calle. No se tuvo la menor consideración con nadie, ni siquiera con las madres con hijos recién nacidos, ni tampoco con los niños, los enfermos o los ancianos. Al mismo tiempo se efectuaban detenciones por toda la ciudad. Los escuadrones de arresto recorrieron Roma hasta el mediodía, dirección tras dirección hasta completar la lista de Dannecker. La redada se dio por concluida a eso de las dos de la tarde. Fueron arrestadas más de mil personas. Se dice que Dannecker se mostró insatisfecho porque se había imaginado una cifra mayor. A esas personas las condujeron como animales al teatro de Marcelo, donde se dispuso un espacio para poder agruparlas. Parece ser que desde allí se transportó en camiones a los detenidos hasta el Collegio Militare, en la otra orilla del Tíber. No está claro lo que les sucederá.

K. no pregunta de dónde ha obtenido monseñor todas esas informaciones ni tampoco si el papa ha hecho algún intento de intervención. Pero, aun sin que K. formule la pregunta, monseñor explica que previamente se ha procurado impedir la redada. De Stahel, comandante de la ciudad, dicen que, cuando, le informaron de la presencia de un destacamento preparatorio de las SS en Roma para tal fin, sondeó al embajador alemán en el Vaticano, Ernst von Weizsäcker para pedirle ayuda diplomática. Por lo visto envió a un oficial de su Estado Mayor con una petición por escrito dirigida a Weizsäcker para que el embajador tomara medidas, a través del ministerio de Asuntos Exteriores, contra la redada planeada. Weizsäcker lo despachó con una negativa: no podía hacer nada en ese asunto.

Un inmenso y profundo silencio se apoderó de la sala. Monseñor coloca al lado del cuadro las cartas que acaba de leer, bien apiladas, y encima de ellas pone la copia en papel carbón con la respuesta de Pollak. Se acerca una vez más el cuadro y contempla El hallazgo de Laocoonte, de Hubert Robert.

Pollak insistió en que me llevara no solamente las cartas, sino también el cuadro, dice K.

Monseñor se inclina hacia delante y echa la cabeza a un lado. Alzando el cuadro, lo gira con cuidado en diferentes direcciones y parece

menos interesado en la reproducción que en el interior de la moldura, en la fina línea en que la pintura roza el marco. Coge un abrecartas del cubilete de cuero viejo que está encima de la mesa, junto a la máquina de escribir, lo pone en la esquina superior izquierda del marco, sigue la moldura por la cara interna, primero hacia la derecha, luego hacia abajo, después a la izquierda y de vuelta hacia arriba. Ese diligente movimiento va acompañado del delicado sonido del papel al rasgarse. Monseñor extrae con sumo cuidado la reproducción del cuadro de Hubert Robert. Al parecer ha visto, o tal vez meramente lo ha intuido, que debajo puede haber algo más. Se trata de otra reproducción. La imagen es en extremo perturbadora.

Unos cuerpos delgados y desnudos, en poses antinaturales, como contorsionados, se retuercen en el suelo frente a las puertas de una ciudad antigua bajo una dramática bóveda celeste de aspecto apocalíptico. Tanto el cielo como los personajes están desvaídos y envueltos en sombras. Las nubes presentan tonos azulados; los cuerpos, unos tonos grises salpicados de púrpura. No hay estructura, no hay equilibrio, ningún centro, ninguna perspectiva, ninguna armonía. Todo está como asolado, incluido el color. Los escasos vislumbres de marrón, amarillo y verde dan la impresión de ser simples matices del gris. A primera vista se podría creer que se trata de la representación de unos extraños ejercicios gimnásticos. Sin embargo, lo que uno de los personajes desnudos, un muchacho, sujeta con las manos, y que parece un aro, es en realidad una serpiente que se retuerce. Por el suelo se desliza otra serpiente. Un segundo muchacho parece estar ya muerto. Y, de un momento a otro, la serpiente que repta por el suelo le morderá la cabeza al personaje situado en el centro del cuadro, un anciano en torno al cual se agrupan todos los demás. En el margen derecho del cuadro hay un hombre y una mujer, también desnudos, y que contemplan esa cruel actividad como si fuera un espectáculo entretenido.

El Greco, dice monseñor, el Laocoonte de el Greco. Es el único cuadro que este extraño pintor dedicó a una materia mítica. Y elige nada menos que la muerte de Laocoonte, una escena muy importante para el Renacimiento. El Greco, explica monseñor, estuvo en Roma, así que vio el Laocoonte. Tal vez eligió deliberadamente este tema para negar el Renacimiento destruyendo, disolviendo y descomponiendo la arquitectura perfectamente armoniosa del grupo escultórico del Laocoonte. En lugar de eso, celebra el caos allí donde ha imperado una armonía perfecta. ¿Ve usted el caballo que trota al fondo, en dirección a las murallas de la ciudad? Tal vez sea el caballo de Troya, dice monseñor. Por cierto, la ciudad del fondo es Toledo, la ciudad natal del pintor. El Greco pintó este cuadro justo cien años después del

espectacular hallazgo de la escultura de Laocoonte. Pero corrían otros tiempos. Este artista ya no bebió de las ideas del Renacimiento. Esa fase en el arte se denomina manierismo, un movimiento que, aun queriendo dejar atrás el Renacimiento, no sabía cómo progresar. De ese modo sus seguidores prepararon el terreno para el Barroco. Sin embargo, su principal objetivo era acabar con el formalismo del Renacimiento, con su grandioso, magnífico y armonioso código de reglas.

Ni siquiera el padre y los hijos parecen ya tener ninguna relación en este atroz cuadro, ni siquiera en el momento de su cruel muerte, una muerte que, tal como la representó el Greco, no crea el efecto de ser muy cruel, sino más bien grotesca. Podría tratarse también de una redención. Unas figuras vejadas ante un fondo lúgubre; no obstante, la escena parece más extravagante que grave, como si fuera un entrenamiento físico que se ha salido de madre. Un hijo está ya muerto; el otro, probablemente también, y Laocoonte está simplemente ahí tumbado. Estos del lado derecho, explica monseñor, podrían ser Apolo y Artemisa, un dios y una diosa que contemplan la escena. Y aquí tal vez haya otro personaje, ¿lo ve? Se distingue una tercera cabeza y una pierna de más. ¿De quién podría tratarse? Un cuadro horripilante, concluye monseñor con un gesto de total repugnancia. El fin. El caos y la incertidumbre son lo único que queda. Un cuadro monstruoso, dice, y tenía que representar a Laocoonte.

Monseñor vuelve a ladear ligeramente la cabeza. De nuevo, con la mirada curiosa de quien está investigando algo, contempla el borde interior del marco. Otra vez vuelve a señalarlo con el abrecartas, que ha sostenido en la mano todo este rato. El sonido del papel al rasgarse resulta ahora un poco más suave. Sacar del marco la pintura parece procurar cierta satisfacción a monseñor.

Monseñor mira a K. brevemente a los ojos antes de extraer del marco el Laocoonte del Greco. Debajo hay algo que a primera vista semeja un papel cualquiera, pero, al examinar con mayor atención sus llamativos contornos, se distinguen seis franjas casi de igual tamaño, todas terminadas más o menos en punta; a todas luces, ese trozo de papel no se ha cortado, sino que se ha arrancado de alguna parte.

Un trozo de papel viejo, dice monseñor, muy viejo según parece. Posiblemente se trate de un documento, el fragmento de un documento histórico. ¿Y no es similar a una estrella?, pregunta monseñor extrañado. Es casi como una estrella de David, ¿no le parece?

Ése, dice K., es el fragmento de la antigua Torá de la sinagoga de Praga. ¿Sabía usted que las estrellas de David servían en la Edad Media de talismán contra el peligro? Yo, dice K., no lo sabía hasta que Pollak me lo contó.

Precisamente, replica monseñor. De su respuesta no se puede inferir si para él es una información nueva. Vuelve a colocar las dos reproducciones sobre el documento antiguo, se pone en pie, coge las tres cartas y el marco, que envuelve con el papel de estraza. Llegados al umbral, cede el paso a K.

Si Pollak hubiera venido, dice monseñor con la puerta ya abierta, a través de la cual se filtra en la salita la clara luz del pasillo, habríamos podido decirle, por cierto, que su brazo es el brazo auténtico. Ernesto Vergara Caffarelli lleva dos años trabajando en una nueva reconstrucción del grupo escultórico del Laocoonte. Ya ha presentado sus primeras conclusiones, pero todavía no están publicadas. Caffarelli ha averiguado por qué el mármol del brazo muestra una superficie diferente al de la estatua: se debe a que el grupo escultórico y el brazo roto han estado almacenados durante mucho tiempo de manera distinta y luego su limpieza y su tratamiento también fueron diferentes. El brazo se ha conservado peor. Así de simple es la explicación. Por otro lado, la superficie de la escultura cambiaba cada vez que se retiraban los moldes de vaciado. Caffarelli ha establecido la postura del brazo recurriendo a diversos análisis anatómicos de los músculos, así como a estudios experimentales sobre el movimiento humano. El hecho de que el brazo parezca pequeño en comparación con el resto del cuerpo hay que atribuirlo al deseo de crear un efecto de perspectiva. Probablemente nunca existió una reproducción antigua.

El tren parte de Roma Tiburtina el lunes, 18 de octubre, a las dos y cinco de la tarde. En los dieciocho vagones de mercancías, hay hacinadas mil veintidós personas con edades comprendidas entre un día y noventa años. De ellas sobrevivirán dieciséis. Durante la redada arrestan a mil doscientas noventa y cinco personas y las conducen al Collegio Militare, situado en la via della Lungara, a orillas del Tíber. Ponen en libertad a algunos de los detenidos, la mayoría de los cuales son los denominados medio judíos o judíos que viven en los llamados matrimonios mixtos. Se rumorea que también entonces se hizo un intento por salvar a Ludwig Pollak. No hay pruebas de esto. Se dice que, para interceder por Pollak, el cardenal Eugène Tisserant se dirigió directamente a Heinrich Himmler, quien ordenó detener el tren en Varese. Tampoco existen pruebas de esto. Tras la deportación deja de haber datos fehacientes relativos a Ludwig Pollak y a su familia. El viaje dura hasta el anochecer del 23 de octubre. Josef Mengele está en la rampa de Auschwitz y selecciona a ciento ochenta y cuatro personas a las que considera aptas para el trabajo. A las demás las transportan en camiones a la cercana Birkenau y las meten en la cámara de gas.

El comendador Dr. Ludwig Pollak, residente en la piazza dei Santi Apostoli, 88, fue arrestado y deportado el pasado sábado, día 16 del corriente, junto con su esposa y sus dos hijos (cuatro personas, todas con achaques). El arresto y la deportación se deben a su pertenencia a la raza judía, tal como se me comunicó en el Collegio Militare. Dado que se trata de una orden general que puede ser revocada y objeto de una revisión, el que suscribe ruega a las altas autoridades alemanas que hagan una excepción con el comendador Pollak y con su familia. El comendador Pollak reside en Roma desde hace casi cincuenta años y jamás ha estado afiliado a ninguna agrupación política. Siempre se ha consagrado, de la manera más honesta y honorable, al oficio de anticuario y al mismo tiempo ha contribuido con notable éxito al avance de las diferentes ramas de la arqueología. Su reputación académica y su apellido están vinculados a publicaciones de gran prestigio y hace muchos años incluso fue nombrado miembro honorífico del Instituto Arqueológico Alemán. Desde siempre ha tenido muy buena relación con el director y con los representantes del Museo Nacional Romano. Se granjeó el respeto de los Museos Vaticanos donando dos importantes hallazgos realizados con sus propios medios:

un brazo que muy probablemente pertenece al famoso grupo escultórico del Laocoonte y con el cual el grupo fue reintegrado recientemente en la colección de yesos de la Universidad de Roma;

un cáliz funerario paleocristiano que fue robado hace setenta años de la biblioteca del Vaticano. Él lo descubrió, lo reconoció y se lo devolvió al papa Pío X, quien poco después le concedió la medalla de oro al Mérito Especial.

Por ello es muy natural que el abajo firmante, que conoce todas estas circunstancias y tiene un vínculo de amistad con Pollak desde hace más de cuarenta años, se interese por su caso y solicite que él y sus tres familiares sean devueltos a su hogar.

PROFESOR BARTOLOMEO NOGARA

22-X-1943

Agradecimientos y fuentes

La primera vez que reparé con atención en la historia de Ludwig Pollak (1868-1943) fue en la novela Sepia (2012), de Helga Schütz. El hecho de que la impresión persistente que me causó se convirtiera en un libro debo agradecérselo tanto a Andrea Wildgruber como a Susanne Schüssler. Agradezco a Orietta Rossini y al Museo Barracco de Roma el acceso a la biblioteca y al archivo de Ludwig Pollak; doy las gracias por las conversaciones, indicaciones y advertencias a Arnold Nesselrath, además de a Margarete Guldan, Eva Ehninger, Isabella von Treskow, Pauline Schimmelpenninck, Christiane Nesselrath, Boris Hars-Tschachotin, Steffen Gommel, Susanne Muth y Enrico Brissa. Agradezco a Diethelm Kaiser su meticulosa ayuda en la génesis de este texto. Mi agradecimiento va dirigido también a Claudia Valeri y a Giandomenico Spinola, de los Museos Vaticanos; a Valeria Capobianco y a Ortwin Dalli, del Instituto Arqueológico Alemán de Roma; al Archivo de Goethe y de Schiller en Weimar y a los Archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores en Berlín.

Gran parte de las memorias biográficas de Ludwig Pollak contenidas en este texto de ficción están basadas en sus archivos y diarios, conservados en el Museo Barracco de Roma; en la transcripción comentada de los diarios debida a Margarete Guldan (Die Tagebücher von Ludwig Pollak. Kennerschaft und Kunsthandel in Rom. 1893-1934, Wien 1988 [Los diarios de Ludwig Pollak. Conocimiento y comercio con objetos de arte en Roma. 1893-1934, publicados en Viena en 1988]); en el volumen editado asimismo por Margarete Guldan, Römische Memoiren: Künstler, Kunstliebhaber und Gelehrte 1893-1943, [Memorias romanas: artistas, amantes del arte y eruditos 1893-1943, publicadas en Roma en 1994], así como en cartas inéditas de diferentes archivos, sobre todo en el Archivo del Instituto Arqueológico Alemán de Roma y el Archivo de Goethe y de Schiller en Weimar. Las cartas de las páginas 141-145 están citadas siguiendo a Margarete Guldan, Die Tagebücher von Ludwig Pollak. Kennerschaft und Kunsthandel in Roma. 1893-1934; la carta de las páginas 157-158 procede de la edición de Orietta Rossini Ludwig Pollak. Archaeologist and Art Dealer, Prague 1868 - Auschwitz 1943, publicada en Roma en 2019. La traducción de esta carta es mía. [El traductor al español parte a su vez de esta traducción.]

Los datos sobre las cifras de los deportados (1022 o bien 1035) y de los seleccionados en Auschwitz (184 o bien 196) varían dependiendo de la fuente.

HANS VON TROTHA

Enero de 2021

1 Zigeuner significa «gitano» en alemán. [Todas las notas son del traductor.]

2 Pollak emplea el nombre alemán de la calle, que en checo se llama Na příkopě. Ambas denominaciones significan literalmente «en el foso».

3 La frase procede de la obra de Winckelmann, Historia del arte de la Antigüedad.

4 Pasajes con algunos saltos del segundo libro de la Eneida de Virgilio. Traducción en verso endecasílabo de Graciliano Afonso. Las Palmas de Gran Canaria, Imprenta de M. Collina, 1854.